

Miguel Ángel Alonso Pulido

La Cosmonave Perdida



Lectulandia

«—NO LO ENTIENDES, LEONARDO —DIJO, HABLANDO CON DIFICULTAD—. HABÉIS CABREADO A LA COSMONAVE».

La Unión Galáctica de Planetas vive en paz; su órgano de gobierno, el Gran Consejo, gobierna la galaxia y la protege a través de las dos organizaciones bajo su mando: el Cuerpo, que ejerce la justicia y la ejecuta, y la Legión, que explora el universo en busca de nuevas fronteras. Pero cuando el contrabandista Chaka Gutionov encuentra una gigantesca cosmonave de cientos de años de antigüedad, una extraña alianza se forma para resolver el misterio de su aparición, incluyendo al antiguo consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, que guarda un terrible secreto: hace cuarenta y tres años, estuvo dentro de esa cosmonave y apenas pudo escapar con vida.

A medida que se adentran en las profundidades de la cosmonave, descubren que no ha reaparecido por casualidad y que todas las razas de la galaxia se encuentran en grave peligro. Los roces entre los miembros de la expedición se recrudecen mientras intentan buscar respuestas. ¿Pero qué pueden hacer cuando encuentran a un superviviente de la primera expedición de hace cuatro décadas? ¿Podrán escapar con vida o caerán presos de la extraña fuerza que busca retenerlos dentro de la nave? ¿Estarán dispuestos a hacer el sacrificio definitivo?

Lectulandia

Miguel Ángel Alonso Pulido

La cosmonave perdida

ePub r1.0

Titivillus 26.11.2018

Título original: *La cosmonave perdida*
Miguel Ángel Alonso Pulido, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A Maritza, por apoyarme en cada momento del camino. TAM.

Nota del autor

El universo de ciencia ficción creado por Miguel Ángel abarca una serie creciente de novelas y relatos que muchas veces tienen lugar simultáneamente, por lo que para los lectores que se adentran por primera vez en su obra, puede ser necesaria una guía de lectura.

Aunque la mayoría de las historias aquí nombradas puede leerse de forma independiente y en el orden que al lector le parezca, hacerlo de manera ordenada permitirá disfrutar al máximo de su lectura.

Ciclo de la Unión

- *El encuentro*
- *La cosmonave perdida*
- *Un frescor inconfundible*
- *Código negro*
- *Traición en el Gran Consejo (La amenaza treyana 1)*
- *Proyecto Armagedón (La amenaza treyana 2)*
- *Asalto en Kanar III*
- *Prisioneros del futuro (La amenaza treyana 3)*
- *La guerra del ayer (La amenaza treyana 4)*

1. Procedimiento de arbitraje

Chaka Gutionov respiró hondo. Alrededor de la mesa de juego, una variada mezcla de seres humanos y alienígenas le observaba expectante. En su mano derecha, dos dados de diez caras rodaban y giraban entre sus dedos. Había más de diez millones de créditos sobre la mesa, entre monedas, fajos de billetes, piedras preciosas y el título de propiedad de su cosmonave, el *Bribón*.

La verdad es que ni él mismo se había esperado una noche como aquella. Había llegado a la Estación Espacial Delta con el único propósito de reponer combustible, hacer una revisión completa de los motores de su cosmonave y partir lo antes posible en dirección a Taurus III. Sus contactos le habían informado que en aquel planeta se pagaba a muy buen precio el vino voclano, y tenía sus bodegas llenas con cuatro mil botellas compradas a precio de coste en Vocla; la operación era redonda y cumplía al pie de la letra la primera ley del comerciante libre: *Compra barato, vende caro*.

Pero la estación de combustible se encontraba llena y tardarían al menos una hora en dejar el *Bribón* listo. Tenía la opción de marcharse y perder semanas con sus transformadores Temzil a plena potencia convirtiendo el hidrógeno capturado por sus colectores. Chaka ni se lo planteó; por una vez, tenía suficientes créditos para aprovisionar el *Bribón*, y eso era lo que pensaba hacer. Podía esperar, así que se dio una vuelta por la Delta. Solo para estirar las piernas, nada más. Quizás comer algo.

De alguna manera que no lograba entender, había terminado en el casino de la estación. La legislación de las estaciones espaciales era muy permisiva con el juego y en aquellos casinos te podías jugar absolutamente todo, sin límite. Los ediles y pretores del Cuerpo solían hacer la vista gorda, ya que de esta forma tenían concentrado todo el juego ilegal en un sitio concreto, en vez de disperso por cien planetas. De cualquier forma, ya que estaba allí, Chaka había decidido echar una partidita.

La partidita se había complicado un poco cuando tuvo que cubrir la apuesta en la mesa con el *Bribón*, pero Chaka lo tenía todo controlado.

O eso pensaba.

Exhaló el aire despacio y soltó los dados. Estos volaron sobre la mesa, rebotando contra la tabla que los frenó y cayendo sobre el fieltro rojo.

En la parte superior de cada dado, un cero.

Abrió los brazos en señal de triunfo y varios espontáneos y espontáneas se abrazaron a él, confiando en poder sacar tajada del triunfador. Pero el triunfador solo pensaba en largarse.

Recogió rápidamente todas sus ganancias, metiéndoselas en los bolsillos y repartiendo algunos créditos entre su nuevo séquito. En cuanto vio que un jefe de sala

se acercaba, comenzó a caminar hacia la salida. Solo empezó a correr cuando le vio coger los dados.

Dos guardias de seguridad kundianos se pusieron frente a él. Nadie había dicho nada, pero aquellos mutantes musculosos conocían su oficio y sabían que si un ganador sale corriendo, por algo será. Incapaz de detener su carrera, Chaka se lanzó al suelo y se deslizó por entre los dos. Cuando se agacharon para intentar cogerlo, sus cabezas chocaron entre ellas con un golpe sordo.

Chaka se levantó y corrió hacia la salida. Miró hacia atrás y vio al jefe de sala vociferando a los kundianos, que se tambaleaban mareados. No tardarían mucho en recuperarse y una distracción no le vendría nada mal. Sacó la cinta de los fajos de billetes que había cogido de la mesa y los lanzó al aire.

En pocos segundos, se desató el caos absoluto, con todos los jugadores de la sala corriendo a por los billetes que revoloteaban libres y sin dueño. Chaka no miró atrás y corrió hasta el turboascensor que le llevaría al nivel de la estación de combustible.

Había calculado los tiempos a la perfección. El llenado de combustible había finalizado y para agilizar los trámites, Chaka pagó el doble del precio estipulado. Mientras el encargado comprobaba emocionado los créditos, Chaka subió a su cosmonave y arrancó el motor de impulso. Fuera ya de su campo de visión, el jefe de sala gritaba que no abrieran las compuertas, pero ya era tarde.

En cuanto estuvo a la suficiente distancia de la Delta, Chaka dejó que su ordenador de astrogación calculara la ruta y activó el motor Kirby-Schwartz para poder continuar con su viaje hasta Taurus III. Solo cuando se encontró en el limbo al que acceden las cosmonaves cuando alcanzan velocidad hiperlumínica, se permitió relajarse y sonrió. De su manga salieron un par de dados de diez caras, los originales, no los trucados que había utilizado en su último tiro.

Después de seis horas de viaje a velocidad hiperlumínica, Chaka comprobó en el ordenador su ruta. El motor KS estaba funcionando a factor 3, por lo que tardaría un par de días en llegar al sistema tauriano. Contento por la marcha del viaje, estiró los brazos y realizó varias series de ejercicios; ya eran una segunda naturaleza cuando se encontraba a bordo del *Bribón*. No había mucho más que hacer en los veinte metros cuadrados habitables de una cosmonave individual para mantenerse en forma, y los abdominales y flexiones le ayudaban a relajarse.

De repente, las luces de la cabina se tornaron rojas y la nave salió del espacio hiperlumínico. Chaka dejó sus ejercicios al instante y se sentó en la silla del piloto, para revisar las lecturas del ordenador. Se encontraba en un cuadrante indeterminado de la ruta estelar PA-402 y el ordenador había saltado al espacio normal al detectar una masa desconocida en su camino.

No puede ser, pensó Chaka. Aquella ruta era muy poco frecuentada y de cualquier manera, los circuitos de proximidad instalados en toda cosmonave habrían evitado el choque. Cuando dos cosmonaves se encuentran a cierta distancia, bien en espacio

normal o hiperlumínico, sus circuitos de proximidad se informan mutuamente de la posición y modifican la trayectoria para evitar una colisión. Si el circuito no había funcionado, tendría que ser algún cuerpo estelar. ¿Un planeta errante, quizá?

—Ordenador, quiero un escaneo del espacio cercano, 360 grados, hasta 15 kilómetros, cualquier objeto mayor que el *Bribón*.

El ordenador comenzó la tarea asignada, mientras Chaka se levantaba de la silla y retomaba sus ejercicios. Era muy fácil abandonarse y caer en la obesidad cuando pasas la mayor parte de tu vida en una cosmonave, y Chaka no quería acabar como alguno de sus colegas de profesión, que vivían en gravedad cero y eran incapaces de salir de sus cosmonaves.

La pantalla de su consola se iluminó, mostrando los datos del escaneo. Un único objeto había aparecido, y con unas dimensiones bastante considerables: casi mil quinientos metros de largo, y otros cien de ancho y de alto. Según los sensores del *Bribón*, el objeto estaba compuesto mayoritariamente de aleaciones de metales pesados, así que debía ser una cosmonave... Chaka paró en seco sus ejercicios. ¿Una cosmonave de ese tamaño? Hacía cientos de años que no se fabricaba ninguna en este sector de la galaxia, prácticamente desde los primeros colonizadores, que trajeron los motores KS. La superioridad de la tecnología hiperlumínica Kirby-Schwartz había hecho que las gigantescas cosmonaves anteriores a la colonización quedaran obsoletas de la noche a la mañana. Aquellos monstruos terminaron desguazados en su inmensa mayoría y Chaka no conocía que quedara ninguno en activo o conservado en algún museo espacial.

—Ordenador, dame visual del objeto.

La pantalla se llenó con la negrura del espacio tachonado de estrellas. Una forma rectangular aún más negra se movía lentamente en el centro de la pantalla.

—Ordenador, amplía y mejora imagen. Quiero ver qué es eso.

El ordenador de la nave cumplió las instrucciones, ampliando la imagen de la forma rectangular y aumentando artificialmente el brillo de la imagen para poder distinguir los detalles de la misma. En cuanto pudo distinguir lo que había en la pantalla, alzó los brazos con los puños apretados en señal de alegría mientras gritaba «¡Sí!». Aquello que se veía en la pantalla era una cosmonave de antes de la colonización, una cosmonave que había estado perdida durante cientos, quizá miles de años.

Y era toda suya.

Apenas hacía 24 horas estándar que la había descubierto y Chaka no se cansaba de mirar la cosmonave. El *Bribón* era un modelo individual de los más grandes, de más de treinta metros de largo, pero no era más que una mota al lado de aquella enormidad. Incluso las cosmonaves de combate más grandes que había visto no alcanzaban el tamaño de aquel coloso, construido antes de que se conocieran los fundamentos de los motores KS. Al no disponer de motores hiperlumínicos, aquella

nave se había desplazado a través de las vastas distancias estelares mediante motores de impulso de gran tamaño, seguramente alimentados por algún tipo de combustible atómico. Si no conocían los motores KS, Chaka dudaba que la civilización constructora hubiera podido desarrollar los transformadores Temzil, o su equivalente, viéndose limitados al uso de la fusión nuclear de metales pesados.

Era la explicación más sencilla para el hecho de que una quinta parte de la extensión de la cosmonave estuviera dedicada exclusivamente a los motores, tal y como podía apreciarse desde el exterior. El resto de la cosmonave seguramente estaría dedicado a zonas habitables, jardines hidropónicos y los almacenes necesarios para una nave de ese tamaño, junto a otras secciones cuyo significado escapaba a su imaginación. Su ordenador de a bordo seguía recopilando datos de la sonda que había mandado a la cosmonave y cada nueva sala le dejaba maravillado e intrigado. ¿Qué sentido tenía una habitación llena de agua, ahora congelada, que no estaba conectada a ningún sistema de reparto interior? Hasta ahora la cosmonave solo había dejado preguntas, pero ninguna respuesta.

Un piloto comenzó a iluminarse intermitentemente en el panel de control; estaba recibiendo una transmisión. Conectó el sistema de comunicaciones por hiperonda. La cabeza de un zor-huano apareció en pantalla, con sus colmillos moviéndose rítmicamente mientras dos de sus ocho extremidades los limpiaban. Chaka ya había tratado con otros aracnoides de su raza y creía que ese gesto indicaba excitación; o quizás fuera aburrimiento, no estaba seguro.

—Aquí Chaka Gutionov, comandante de la cosmonave *Bribón*. ¿Con quién hablo?

—Saluciones, Chaka Gutionov. Soy Tenok Pol, edil del Cuerpo en el sector 4182. Nuestros sistemas han recogido el aviso de hallazgo de cosmonave a la deriva mandado por su ordenador. ¿Esto es así? ¿Ha encontrado usted un objeto de esas características?

—Si no lo hubiera hecho no estaríamos hablando, créame. —Chaka mantuvo su rostro impassible; de ninguna manera quería dar una excusa a aquel edil para que revisara su historial.

—Tan solo sigo el procedimiento, Chaka Gutionov; debo comprobar con el emisor del hallazgo que efectivamente lo ha realizado. Es muy importante seguir las regulaciones y más cuando estamos hablando de una cosmonave a la deriva. Supongo que usted está al corriente de la legislación al respecto.

—Vagamente... lo que me interesa es poder reclamar la propiedad de la cosmonave por derecho de hallazgo y poder resolver todos los trámites lo antes posible.

—No se apesure Chaka Gutionov, el procedimiento no es tan simple. Según el último Reglamento de la Unión Galáctica de Planetas en materia de auxilios, salvamentos, remolques, hallazgos y extracciones espaciales, la propiedad de la cosmonave no puede otorgarse hasta que se haya comprobado de manera fehaciente

su abandono por un representante del Cuerpo. Asimismo, las autoridades del planeta habitado más cercano deben dar probaciones suficientes de que no hay pretendientes a la propiedad de dicha cosmonave, para lo cual tienen un plazo de siete días estándar desde el momento de la petición. Existen otros cinco requisitos legales antes de la concesión de la custodia, pero estos dos son los más importantes. ¿Ha comprendido, Chaka Gutionov? Por favor, verbalice su respuesta. No quisiera malinterpretar esas inclinaciones de cabeza que hacen ustedes los humanoides.

Chaka se pasó la mano por la cabeza rapada y respiró hondo antes de contestar.

—Sí, he comprendido.

—Perfecto. En ese caso, y para que conste, voy a comenzar con la tramitación. Ordenador, transcribe: «Expediente X-164.286.48.123-J de hallazgo de cosmonave a la deriva por parte del comandante de la cosmonave *Bribón* Chaka Gutionov, número de identificación...». Ordenador, detén transcripción. ¿Su número de identificación y ocupación por favor?

—439.85.974M-Delta. Soy... comerciante libre.

—Muchas gracias. Ordenador, transcribe: «Número de identificación 439.85.974M-Delta, de ocupación comerciante libre. Este expediente será tramitado por el edil del Cuerpo en el sector galáctico 4182 Tenok Pol, número de...».

—¿Es necesario todo esto, Tenok, no puedes hacer como todo el mundo y que tu ordenador procese el expediente?

—Ordenador, detén transcripción. —De nuevo, el zor-huano usó dos de sus extremidades para limpiar sus colmillos mientras hablaba—. No haga más interrupciones, Chaka Gutionov. Puede que se haya encontrado con otros miembros del Cuerpo a los que no les importe hacer infracciones del reglamento pero yo no soy uno de esos. La directiva del Cuerpo número 872.234.86, en su artículo 39.A indica que corresponde al representante del Cuerpo el trámite del expediente de hallazgo.

—Pero no hay necesidad de dictarle al ordenador, seguro que tiene las plantillas de todos los expedientes en memoria...

—Como acabo de decirle, Chaka Gutionov, la directiva del Cuerpo indica que corresponde al representante del cuerpo el trámite del expediente, no que corresponda al ordenador del representante del Cuerpo. Ahora, si no va a hacer más interrupciones...

—Está bien. —Chaka puso los ojos en blanco—. ¿Es necesario que lo escuche mientras dicta?

—Ahora que lo pregunta, sí. Esa misma directiva especifica que el aspirante al hallazgo debe estar presente en el momento del trámite para dar fe de la exactitud de los hechos sucedidos. En caso contrario, deberá esperar hasta que pueda desplazarme a la zona del hallazgo, Chaka Gutionov.

—¡Pero si esto no es más que un simple expediente de hallazgo! ¿No hay manera de acelerar el proceso?

—No hay manera Chaka Gutionov, porque toda manera que no se encuentre contemplada en las regulaciones no tiene cabida para Tenok Pol. ¿Podemos continuar?

—Continúe, por favor. —Chaka apretó los dientes y se forzó a sonreír, mientras sacaba una lata fría de grog de su despensa personal. Si tenía que tratar con un maniático del reglamento, necesitaba un trago.

—Muchas gracias Chaka Gutionov. Ordenador, transcribe: «Tenok Pol, número de identificación 114.987.78X-Beta, siguiendo el procedimiento establecido en...».

La alarma del sensor de colisión interrumpió el discurso del zor-huano, y Chaka miró incrédulo su panel, con la lata aún a medio abrir. Solo había sonado otras dos veces desde que Chaka poseía el *Bribón* y siempre había indicado problemas. Aunque pareciera imposible, una cosmonave se acercaba a él y el circuito de proximidad no había actuado. La gran cosmonave que había encontrado era demasiado antigua para incorporar ese circuito, y le parecía imposible que hubiera una gemela, así que tenía que ser alguien que hubiera manipulado el circuito de su cosmonave. Eso no era nada fácil, Chaka lo sabía por experiencia. Terminó de abrir su grog y bebió un largo trago antes de pedir al ordenador un nuevo escaneo del espacio alrededor del *Bribón*, en esta ocasión mediante el teclado de su consola de mando, pues no quería alertar a Tenok.

—Chaka Gutionov ¿qué es lo que ocurre? ¿Qué está pasando?

—Es solo un aviso rutinario Tenok, pero será mejor que lo revise por si acaso se convierte en algo más serio. En cuanto acabe te llamo de nuevo y solucionamos el asunto de mi hallazgo.

—Esto es un procedimiento totalmente irregular, Chaka Gutionov. Creo que debería...

—¡No te oigo Tenok Pol! ¡Creo que estamos atravesando una zona de alta radiación! ¡Te pierdo!

Chaka cortó la llamada con el representante del Cuerpo y no pudo evitar una sonrisa de satisfacción de oreja a oreja. Ya lidiaría con Tenok más tarde, ahora tenía que averiguar a qué se enfrentaba. Examinó su pantalla, en la que se apareció una proyección en tres dimensiones del espacio circundante, en cuyo centro se encontraba un pequeño punto que representaba al *Bribón*; a sus once, una reconstrucción esquemática de la gigantesca cosmonave pre-colonización empequeñecía a la suya propia, pero lo que le puso en alerta fue el pequeño punto parpadeante que se aproximaba desde sus cinco. Los datos que proyectaba en pantalla indicaban que era una cosmonave individual; un rápido chequeo en la base de datos le indicó que pertenecía a la Autarquía Jikka, uno de los poderes locales en el sector.

De nuevo, se activó el piloto intermitente de aviso de transmisión. Los parámetros de hiperonda de esta llamada eran distintos de los de Tenok Pol, y Chaka supuso que corresponderían a la nave de la Autarquía. Repasó mentalmente lo que recordaba de ellos. Eran una potencia bastante aislada y prácticamente autosuficiente, que apenas

dominaba un puñado de sistemas estelares en un territorio de apenas diez años-luz. Los colonizadores que habían entrado en contacto con la Autarquía se encontraron con un ambiente muy hostil, y se había llegado a hablar de instaurar una zona de exclusión, hasta el momento en pudieran convivir con el resto de razas de la galaxia.

Pero el más pequeño de los sistemas estelares sigue siendo un lugar enorme, y en poco tiempo hubo contrabandistas que encontraron huecos y oportunidades de venta en una civilización sin experiencia en los viajes interestelares. El propio Chaka conocía a algunos de ellos y cuando había planeado su viaje, llegó a plantearse visitar algún planeta de la Autarquía, pero, al final, lo descartó. Aunque la Autarquía había sido aceptada entre las civilizaciones del Consejo por la vía de los hechos, descubrir que el cosmos estaba lleno de seres sentientes no había variado su forma de ser ni un ápice, y la inmensa mayoría de sus ciudadanos nacía, vivía y moría en el mismo sistema estelar. Para Chaka, eso significaba tener que lidiar con una civilización de provincianos. Conectó el sistema de comunicaciones y contestó:

—Soy Chaka Gutionov, comandante de la cosmonave *Bribón*. —Chaka se levantó de la silla y gesticuló en dirección a la pantalla, en la que aparecía una mujer humana, recia y musculosa, con un corte de pelo militar—. ¿Quién es usted y por qué no tiene activo su circuito de proximidad?

—Saludos, comandante Gutionov. Soy Innis Sofka, exploradora de la Autarquía Jikka en misión de recuperación de una antigua cosmonave, de la cual se encuentra usted demasiado cerca. Retírese de inmediato, esa cosmonave es de nuestra propiedad. Y mi circuito de proximidad debe estar... averiado.

—No vaya tan rápido, exploradora Sofka. Nos encontramos en espacio libre, dentro de la ruta estelar PA-402, así que no tiene usted derecho a exigirme nada de nada, y esa cosmonave que reclama es mía por derecho de hallazgo. Tampoco habría estado de más que respetase un poco las normas de etiqueta y hubiese anunciado su presencia antes. ¿Sabe que podría haber atacado a su cosmonave por aparecer de esa forma y que la Ley estaría de mi lado? Entiendo que en la Autarquía hagan las cosas a su manera, pero no estamos en la Autarquía.

La mujer abrió los ojos asombrada y se quedó con la boca abierta; claramente, no estaba acostumbrada a que la hablaran así. Pero en pocos segundos recuperó la compostura y reasumió su gesto serio.

—Creo que no me ha entendido. Soy Innis Sofka. No solo soy una exploradora espacial, con todos los privilegios que conlleva; soy la hija del Gran Regente Pidytes Sofka, el hombre más poderoso de la Autarquía ¡y no estoy acostumbrada a que me traten de este modo! ¡Así que cumpla con mi orden y aléjese de mi cosmonave!

Ahora fue el turno de Chaka de abrir los ojos asombrado durante unos segundos, antes de romper a reír. Si aquella mujer musculosa pensaba que le iba a impresionar con rangos y títulos de un pequeño imperio estelar, estaba más que equivocada. Cuando miró de nuevo el rostro de aquella mujer y cómo sus mejillas se estaban encendiendo, volvió a reírse y ahora a carcajada limpia. Su propia risa le impedía

escuchar bien los exabruptos de la exploradora Sofka, así que cortó la llamada y se sentó sujetándose el estómago, que ya le dolía de tanto reír. Cuando logró calmarse, se limpió las lágrimas de los ojos y volvió a abrir el canal.

—¡... causa de guerra! Jamás nadie se ha reído en la cara de la hija del Gran Regente y aunque sea lo último que haga, esto no quedará impune. Ha hecho usted una poderosa enemiga hoy, Gutionov, no será el primero que subestima el poder de la Autarquía.

—Tranquilícese Sofka. —El ataque de risa había serenado a Chaka y ya no veía la necesidad de provocar a aquella mujer, y menos cuando, por una vez, la ley le daba la razón—. Le pido disculpas por esta... por haberme reído... por haberle faltado al respeto. Nada más lejos de mi intención ofender a un representante de la Autarquía, y creo que deberíamos hablar esto como personas civilizadas. Estoy convencido de que se podrá llegar a un acuerdo, aunque no sé si será satisfactorio para ambas partes.

—¡La única manera de satisfacerme será cuando se aleje de mi cosmonave!

—En eso no voy a poder satisfacerla porque la legislación estelar me concede el derecho de hallazgo. Yo he sido quien ha encontrado esa cosmonave y nada de lo que diga o haga puede cambiar ese hecho. Comprendo que en la Autarquía están acostumbrados a manejar sus propios asuntos, pero esa cosmonave estaba a la deriva en espacio libre y ninguna de sus leyes se aplica aquí.

—Eso habrá que verlo. El Cuerpo tiene que decidir sobre el asunto, Gutionov; no crea que me engaña, en la Autarquía no estamos tan atrasados como parece pensar.

—Cierto, pero mi derecho de hallazgo es inapelable, y no pienso renunciar a él.

—Es consciente de que esto significa guerra...

—Soy consciente de que esto es como mucho un problema legal que, insisto, podemos discutir como personas civilizadas. —Chaka bajó el tono de voz, intentando calmar los ánimos—. Yo tengo una posición y usted tiene otra; uno de los dos está equivocado, no hay más. Creo que a la Autarquía no le interesa entrar en guerra por una simple cosmonave.

—No es una simple cosmonave, ¡es una cosmonave-arca! Cuando desarrollamos la tecnología para salir de nuestro planeta, estas cosmonaves fueron las que permitieron nuestra expansión. ¡Es un descubrimiento histórico, un pedazo de historia de mi pueblo!

—Muy bien, acepto que tiene un gran valor simbólico para la Autarquía, pero eso no cambia nada con respecto a mi derecho de hallazgo —dijo Chaka.

—Veremos qué derecho prevalece sobre el otro. Antes de iniciar esta conversación, me puse en contacto con el Cuerpo para que certificara la propiedad de la Autarquía sobre esa cosmonave. Ellos me darán la razón.

—Podría haber empezado por ahí y nos habríamos ahorrado todo este malentendido, exploradora Sofka.

—No hay ningún malentendido: usted no tiene derecho sobre esa cosmonave, pero si necesita que sea el Cuerpo quien se lo diga, así será. Precisamente están

contactando conmigo; prepárese para abandonar el área, Gutionov.

La pantalla se dividió en dos y a la exploradora se sumó un rostro aracnoide que Chaka ya conocía.

—Soy la exploradora Innis Sofka de la Autarquía Jikka. Dígale a este... a este ser que esa cosmonave de ahí fuera pertenece a la Autarquía.

—Saluciones, Innis Sofka, soy Tenok Pol, edil del Cuerpo en el sector. Disculpe, pero debemos respetar el procedimiento antes de que pueda certificar nada. Ha remitido un aviso de hallazgo de cosmonave a la deriva que está en conflicto con un aviso mandado con anterioridad. ¿Esto es así? ¿Ha encontrado usted un objeto de esas características?

Chaka tomó de nuevo su lata de grog, que ya se había calentado y echó otro trago. Iba a ser una jornada muy larga.

Leonardo Sonnenborn-Rico caminó despacio los pocos metros que le quedaban hasta su meta. El sol del atardecer calentaba sus huesos y la caminata hasta la cima del monte Amberg había resultado vigorizante, como siempre. El mes que viene cumpliría setenta años, pero aún se mantenía en forma. Finalmente, llegó al mirador situado cerca de la cumbre y acarició su barba canosa mientras observaba el valle a sus pies, bajo la luz del ocaso. Podía distinguir perfectamente el recorrido del río Zyana entre la vegetación del fondo del valle, y unos cientos de metros más arriba, los terrenos de su granja, en la que algunas luces comenzaban ya a encenderse. En apenas una hora, cuando el sol se pusiera definitivamente, las luces de los invernaderos estarían totalmente iluminadas para garantizar el correcto desarrollo de las cepas y él ya habría regresado, justo a tiempo para dar el último repaso a los cultivos antes de la cena. Pero aún no, todavía podía disfrutar de la brisa y de la vista, imaginando que nada había pasado y que Hortensia estaría esperándole cuando llegara. Se sentó en un banco que quedaba a la sombra y suspiró. Más de cinco años habían pasado ya, pero seguía echándola de menos y amándola como el primer día...

Una pequeña vibración en su muñeca le despertó de su ensoñación: era su transmisor de pulsera con una alerta de llamada, pero no reconoció el ritmo de la vibración en un primer momento. No correspondía a sus hijos o sus empleados y no fue hasta que miró la pequeña pantalla que vio la identidad de quien le llamaba y lo recordó. Era un código que no había recibido en años, prácticamente desde que Hortensia falleció, y correspondía a la vicesecretaria de su grupo estelar en el Gran Consejo. Leonardo Sonnenborn-Rico había sido muchas cosas en su vida: comerciante, legionario, explorador, granjero, amante, padre, abuelo, viudo y —no la más importante, pero sí la de más renombre— miembro del Gran Consejo, el foro de decisión de la Unión Galáctica de Planetas con el que las civilizaciones del universo conocido intentaban poner orden en los problemas de mil millones de mundos. Aunque ya se había retirado, uno era consejero de por vida, y no era extraño que se requiriese la ayuda de antiguos miembros para ciertas situaciones.

¿Qué ha ocurrido para que me llame Silvana después de tanto tiempo?, pensó. Bueno, solo había una forma de averiguarlo; aceptó la llamada y su transmisor de pulsera proyectó la imagen de su interlocutora a la altura de sus ojos, recibiendo la señal desde el transmisor de hiperonda situado en su granja.

—¡Leonardo! ¿Cómo estás, viejo amigo? —Los años no habían pasado apenas por Silvana Prescott, y su pelo seguía siendo igual de rubio que cuando era joven, pero sí pudo detectar unas cuantas arrugas que antes no había en su rostro. *Todos nos hacemos viejos.*

—No tan bien como tú, Silvana; podría jurar que estás más joven ahora que cuando dejé mi escaño. —Sonrió mientras hablaba, contento de volver a verla—. Pero no creo que me hayas llamado para intercambiar frivolidades o ver cuántas canas hay en mi barba, ¿qué es lo que ocurre? ¿Qué necesita de mí el Gran Consejo?

—No has cambiado nada Leonardo, siempre directo al grano, sin una mínima concesión a la etiqueta. —La proyección también sonrió—. Vuelve al Consejo, necesitamos más como tú; la mayoría de los nuevos consejeros están más preocupados por el protocolo y elaborar informes que por solucionar problemas reales.

—Eso es porque nosotros les dejamos solucionados los problemas más importantes, amiga mía. Y espero que no tengan que enfrentarse a decisiones como las que tuvimos que tomar.

—Cierto, no creo que esta generación de consejeros o la galaxia estén preparadas para otra Guerra de Liberación. Pero dejemos el pasado y ocupémonos del presente. —Silvana se puso seria—. Hay una situación en la que podríamos usar tu ayuda, Leonardo. Ha habido un conflicto de derechos de hallazgo en la ruta estelar PA-402; un tal Chaka Gutionov, un contrabandista de poca monta, ha encontrado una cosmonave a la deriva y se ha generado un conflicto diplomático con el poder local, la Autarquía Jikka. Hay un edil del Cuerpo ocupándose del asunto, pero no parece que se pueda alcanzar un acuerdo pronto. —La consejera hizo un gesto de desdén con la mano—. Si no se soluciona, más pronto que tarde el conflicto pasará de ese edil a algún pretor y terminará llegando al cónsul Zabala. Eso no es aceptable bajo ningún concepto.

—¿Y qué quieres que haga? Estoy retirado y ya no me interesan las disputas entre el Cuerpo y la Legión para aumentar su cuota de poder en el Consejo. Además, no soy ningún experto en derecho espacial y es la primera vez que oigo hablar de esa Autarquía. Seguro que alguno de tus jóvenes consejeros puede solucionar el conflicto. De hecho, la solución es fácil, dale la nave a una de las partes y compensa a la otra con una cantidad obscena de créditos. Solía funcionar en nuestros tiempos.

—No es algo tan simple Leonardo. —La consejera se mordió el labio inferior—. Creo que esa cosmonave es la *Ambición de Melaru*.

—Es... es imposible. Desapareció hace décadas y nunca se la ha vuelto a ver. ¿Por qué iba a aparecer ahora?

—Nadie lo sabe, pero los datos que me han llegado no dejan mucho espacio para la duda: o es la *Ambición* o es una copia prácticamente exacta. Los informes de nuestra expedición están archivados desde hace tiempo, y a nadie le importa ya lo que pasó, excepto a nosotros.

Leonardo se puso de pie y su transmisor ajustó la proyección para que siguiera delante de su rostro, aunque ya no estaba mirándola. Los recuerdos de la *Ambición de Melaru* estaban ahora en primer plano en su imaginación.

—¿Por qué me cuentas esto, Silvana? Durante veinticinco años buscamos algún rastro de esa cosmonave y nunca encontramos nada. Después, conseguimos un escaño de consejeros dentro de la cuota de la Legión, y diez años de búsqueda no dieron ningún fruto. Tú continuaste en el Gran Consejo y yo volví a la vida privada. ¿Por qué acudes a mí?

—Por dos sencillas razones, viejo amigo. Estás muy cerca del sector donde ha aparecido la *Ambición*; a velocidad hiperlumínica podrías estar mañana mismo enfrente de esa cosmonave. Yo... no puedo ir. —Su voz se quebró por un instante—. Mi ausencia causaría más daño que bien; el equilibrio en el Gran Consejo es precario, como bien sabes.

—Eso lo entiendo. —Silvana, siempre tan práctica—. ¿Y el segundo motivo?

—La Legión no abandona a los suyos.

Aquel lema de la Legión trajo muchos recuerdos a Leonardo. Junto a Silvana, había servido en la Legión durante años y fue en esa época cuando visitó por primera vez la *Ambición*. Comprendió que desde que había oído de nuevo el nombre de *Ambición de Melaru*, tenía decidido lo que iba a hacer. Puedes abandonar el Gran Consejo, pero la Legión se lleva en la sangre.

—Estoy dispuesto, consejera. La Legión no abandona a los suyos.

Leonardo observó por el ventanal como la cosmonave de Tenok Pol se acoplaba a la suya; con la llegada del representante del Cuerpo, ya no había impedimentos para realizar la reunión en la que, teóricamente, se decidiría la propiedad del coloso cuya popa llenaba más de la mitad de su visión. Las últimas 24 horas habían sido bastante ajetreadas con la preparación para el viaje; el trayecto hasta la estación orbital donde se encontraba la *Antares*, la cosmonave que le concedía el Gran Consejo para esta misión, a instancia de Silvana; el viaje hasta el cuadrante donde se encontraba la *Ambición* y los encuentros con Chaka Gutionov e Innis Sofka, que habían sido lo bastante emocionantes como para que se preguntara varias veces qué hacía allí un viejo granjero como él. Pero entonces miraba al exterior y la *Ambición de Melaru* respondía sin palabras a su pregunta. Estaba allí por aquellos que ya no podían estar.

Apartó esos pensamientos de su mente y se concentró en su próxima tarea. Había tenido tiempo para formular un plan y la *Antares* disponía de todos los aparatos que necesitaba para ejecutarlo. Pero lo primero que tenía que hacer era conseguir que todos aquellos seres a bordo se marcharan y le dejaran solo. Pensaban que, como

miembro del Consejo, había llegado a aquella zona del espacio para solucionar el conflicto de propiedad de la nave y parte de ello era verdad; como cualquier otro consejero, tenía la capacidad legal para dictar sentencia sobre muchas cuestiones, incluyendo disputas como aquella. La presencia de un edil del Cuerpo como Tenok Pol serviría para dar fe de su decisión y ejecutarla si fuera el caso. Pero si su plan funcionaba, no habría necesidad de ninguna sentencia.

Un piloto verde se encendió encima de la compuerta, indicando que el sello de vacío entre las dos cosmonaves se había establecido. Leonardo accionó el mando de apertura y esta se abrió lateralmente sin que nada indicara que hace unos segundos estaba en contacto con el vacío del espacio. Un tubo de conexión de diez metros de largo unía ambas cosmonaves y Leonardo vio como al extremo se abría otra compuerta, por la que apareció el zor-huano, que se desplazó sobre sus ocho extremidades hasta llegar a donde él se encontraba.

—Saluciones, soy Tenok Pol, edil del Cuerpo en el sector 4182. Supongo que es usted el consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, es un placer conocerle. —Tenok inclinó su cefalotórax.

—Lo mismo digo Tenok Pol, bienvenido a la *Antares*. Entre, por favor, lo estaba esperando.

Leonardo se hizo a un lado, permitiendo que el aracnoide entrara y pudiera estirar sus patas, que alcanzaban los dos metros de longitud. Pasar por el tubo de conexión no suponía ningún problema para él, pero era como si un humano de metro setenta se metiera por un hueco de metro y medio. A pesar de sus años como legionario primero y consejero después, Leonardo nunca había sido bueno interpretando las expresiones de razas alienígenas, por lo que supuso que la que mostraba en ese preciso instante Tenok Pol era de plena satisfacción por poder estirarse.

—Debo disculparme por mi tardanza, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico. No tenía intención de desplazarme hasta este cuadrante para poner solución al juicio de derecho sobre la cosmonave hallada en él, así que cuando recibí la llamada de mi pretor jefe, tardé más de lo que debía en preparar mi transporte. Mi más sentida disculpación. —Inclinó de nuevo su cefalotórax—. Si hubiese sabido que un consejero se ocuparía del asunto, habría realizado mis preparaciones mucho antes.

—No se preocupe, Tenok Pol. Yo mismo he tenido que preparar este viaje con muy poco tiempo de aviso. Lo importante es que ya estamos todos y podemos abordar el asunto que nos trae aquí. —Señaló por la ventana a la gigantesca cosmonave.

—Me encuentro totalmente de acuerdo. ¿Podemos principiar la reunión ya? ¿Se encuentran Innis Sofka y Chaka Gutionov a bordo?

—Sí, los recogí cuando llegué al cuadrante. ¿No quiere descansar antes un poco?

—Agradecimientos, pero no. Me encuentro descansado y deseante de poner solución al conflicto que nos ocupa. Mi pueblo tiene una frase para estos casos: «Los huevos deben ser incubados sin importar las ocupaciones».

Leonardo sonrió mientras caminaba hacia el espacio común donde tendría lugar la reunión, seguido por Tenok Pol. El aracnoide le siguió a través del pasillo principal de la nave, usando tan solo cuatro de sus extremidades para acompañar su ritmo al del consejero. Si estuvieran en un espacio abierto y se desplazase sobre las ocho, ni el corredor humano más veloz podría alcanzarle; espacios cerrados como el de las cosmonaves de diseño humano no eran del agrado de los zor-huanos. Pero si el edil del Cuerpo se encontraba molesto al encoger sus patas para seguir a Leonardo a través de las puertas, no dijo nada. Finalmente, llegaron a la sala de mando, en la que Chaka Gutionov se encontraba sentado en el sillón del capitán con los pies estirados e Innis Sofka contemplaba el espacio a través de la cúpula visora. Leonardo se dio cuenta al momento de la tensión en la sala; aquellos dos no se llevaban nada bien y solo la diplomacia, y la firme creencia en que tenían razón, evitaba que se lanzaran al cuello del otro. No era el mejor de los escenarios para llevar a cabo un procedimiento de arbitraje, pero si todo marchaba de acuerdo a su plan, ninguno de los dos tendría ya un trofeo que reclamar.

—Saluciones, Innis Sofka y Chaka Gutionov. Es un placer poder contemplarlos en persona. —Tenok Pol inclinó su cefalotórax dos veces, una ante cada uno de ellos—. Confío en que encontremos una resolución satisfactoria para todos a su disputa.

—No existe ninguna disputa —dijo Innis—. Esa cosmonave es propiedad de la Autarquía Jikka.

—No vayas tan deprisa guapita —contestó Chaka—. Yo la encontré primero y no pienso dejar que me robes mis beneficios.

—Por favor. —Leonardo levantó las manos para intentar apaciguar los ánimos—. Vamos a intentar solucionar esto de una forma civilizada. La Unión tiene el mayor interés en solventar el conflicto de manera pacífica, y no me cabe duda de que con diálogo y respeto a la legislación estelar podremos conseguirlo.

—Es todo muy simple: yo me topé con esa cosmonave y la ley es clara en cuanto al derecho de hallazgo. Cuanto antes empecemos, antes podré pensar qué hago con ella.

—¡Nunca! —Innis dio un par de pasos en dirección a Chaka, pero se detuvo en cuanto Tenok Pol se interpuso entre ambos; el miembro del Cuerpo había leído la situación tan bien como Leonardo—. ¡Te mataré antes de permitir que ocurra eso, maldito indolente!

—Haya calma y sosiego, Innis Sofka. Como edil del Cuerpo, estoy entrenado en las formas de combate y aniquilación de más de veinte especies sentientes. —Tenok Pol estiro sus extremidades y contempló a Innis desde arriba; la exploradora de la Autarquía retrocedió un paso—. Se me ha comandado que esta reunión de arbitraje discurra dentro de los parámetros legales establecidos y cualquier acción que implique violencia será abortada de inmediato. ¿Me he expresado en términos inteligibles?

La exploradora inclinó la cabeza.

—Consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, ¿podría confirmarme si eso es un asentimiento? No quisiera errar en mis interpretaciones.

—Sí, Tenok, Sofka le ha entendido. Creo que ya podemos comenzar.

Leonardo se sentó en la silla del copiloto y tecleó su código del Consejo en la consola de mando. El ordenador de la nave se encargaría de grabar el arbitraje y al finalizar la enviaría automáticamente vía transmisor de hiperonda a los archivos del Gran Consejo, donde quedaría almacenada en sus registros. Lo que los demás no sabían es que la decisión estaba tomada de antemano y que esta reunión era tan solo una pantomima. Silvana le había dado plenos poderes para resolver el misterio de la *Ambición de Melaru* y eso era lo que iba a hacer.

—Para que quede constancia en el registro, doy por comenzado el proceso de arbitraje sobre el hallazgo de una cosmonave a la deriva en el sector 4182. Preside el consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, número de identificación... ahh, ordenador, introduce los números de identificación de todos los presentes y redacta la introducción, después le daré el visto bueno. —Se dirigió a los demás—. Prescindamos de las formalidades, todos sabemos por qué estamos aquí. Ahora lo que quiero es escuchar las razones de las dos partes en disputa. ¿Gutionov?

—Me parece bien que vayamos al grano, así que no me extenderé demasiado, viejo. Hace sesenta horas estándar, viajaba por la ruta estelar PA-402 hacia Taurus III para comerciar, después de hacer una parada para repostar en la Estación Espacial Delta. —Chaka se esforzó por no parecer sospechoso—. El ordenador puede insertar aquí todos los detalles técnicos de mi ruta. No hubo ninguna novedad hasta llegar a este cuadrante, en el que el ordenador de mi cosmonave me hizo saltar al espacio normal, por la presencia de la cosmonave que tenemos ahí fuera. Tras cambiar mi ruta para evitar el choque, me coloqué a una distancia segura de ese gigante y lancé una sonda de exploración. También transmití por hiperonda el hallazgo e inicié el proceso legal para reclamar su propiedad. Poco menos de un día estándar después, recibí la llamada del edil del Cuerpo Tenok Pol, nuestro amigo aracnoide aquí presente, con el que estaba formalizando el hallazgo cuando apareció Doña Alegre, con su circuito de proximidad desactivado. —Innis no dijo nada, pero la mirada helada que lanzó a Chaka dejaba bien claras sus intenciones—. Tuvimos una conversación bastante agria, hasta que Tenok se sumó a la conversación. Doña Alegre había intentado reclamar el hallazgo para sí, pero llegaba tarde.

—Muchas gracias, Gutionov. ¿Qué ocurrió después, Tenok Pol? —preguntó Leonardo.

—Apenas había terminado mi salutación cuando Innis Sofka lanzó una cascada de palabras sobre mí, reclamando la apropiación de la cosmonave hallada en el sector 4182. Después de intentar dialogar en varias ocasiones sin éxito, permanecí en silencio hasta que acabara, pensando que tal locuacidad verbalizadora podía ser una característica de su subespecie humanoide. Cuando Innis Sofka produjo la finalización de su disertación, intenté explicar el procedimiento regulado por la

Unión, pero sus continuas interrupciones hicieron que tuviera que reiniciar mi discurso varias veces. Chaka Gutionov se incorporó a la discusión, sumando una nueva fuente de interrupciones al procedimiento. Fue entonces cuando hice validez de mi condición de miembro del Cuerpo y cambié el estado de la conexión a unidireccional, conmigo emitiendo y ellos recibiendo. Con eso conseguí culminar mis explicaciones del procedimiento, aunque desistí de iniciarlo, pues quedaba claro que ninguno de los dos sentientes estaba dispuesto a ceder. Decidí emplazarlos a una futura conexión y realicé una solicitud de ayuda a mi pretor jefe. A las doce horas de la solicitud, me comunicaron que un consejero vendría a establecer un procedimiento de arbitraje y que era mi ocupación, como edil del Cuerpo en el sector, acudir para asegurar la realización del procedimiento. Hice rápidamente las preparaciones necesarias en mi cosmonave y viajé a estas coordenadas. Eso es lo que experimenté. No puedo dar verificación de ningún otro hecho.

—Gracias Tenok Pol. —Leonardo se levantó y se dirigió a Innis—. Exploradora Innis Sofka, me gustaría conocer sus motivos para reclamar la propiedad de la cosmonave. Soy consciente de la importancia y poder de la Autarquía, pero no estamos en su territorio, como usted bien sabe. Como exploradora que es, está acostumbrada a tratar con otros pueblos y otras especies y, francamente, me ha sorprendido el arrebato de furia de hace un momento. Así no va a conseguir nada; la mejor forma de que esto pueda terminar con una solución satisfactoria para todos es que me explique por qué esa cosmonave es tan importante para su pueblo. Y puede empezar explicando por qué tenía desactivado su circuito de proximidad.

Innis se giró y quedó mirando al consejero, que le sostuvo la mirada. Leonardo pudo ver la furia en los ojos de la exploradora durante unos instantes, antes de que ella cerrara los ojos y respirara hondo. Cuando volvió a abrirlos, su rostro se había convertido en una máscara que disimulaba sus emociones.

—Está bien, consejero. Escuchen mi historia y comprenderán por qué esa cosmonave debe volver a la Autarquía. Nosotros no somos uno de los grandes imperios, nuestro territorio se limita a una docena de sistemas estelares con menos de cincuenta planetas habitados, y somos felices en nuestro pequeño rincón del universo. Nos costó mucho llegar a donde estamos ahora, pues la mayor parte de la exploración estelar realizada por mi pueblo fue antes de que tuviéramos conocimiento de la tecnología hiperlumínica. La colonización de nuestro territorio fue mediante grandes cosmonaves-arca, en las que miles de colonos se sometían a hibernación durante años para alcanzar su destino a velocidad sub-luz.

—Que deliciosamente primitivo —dijo Chaka.

—¡Cállese Gutionov o me encargará de que no pueda volver a transportar contrabando! No intente ponerme a prueba, este es mi único aviso. —Leonardo habló con su voz de mando, ese tono imperativo que no admite respuesta y que no había usado en años; eso y la amenaza no velada hicieron que Chaka guardara silencio—. Le pido disculpas, Sofka, continúe, por favor.

—Gracias consejero. —Innis retomó sus palabras y se concentró en Leonardo, ignorando por completo a Chaka—. Las cosmonaves-arca fueron el mayor logro de mi pueblo y aunque ahora todas nuestras naves usan motores KS, se las recuerda con veneración. Tres de ellas siguen en órbita en torno a los planetas que colonizaron, como testamento del coraje de aquellos que vivieron antes de nosotros. Pero hubo una cosmonave que nunca llegó a su destino, la *XT-9761*. Cuando la Autarquía consiguió la propulsión hiperlumínica, se viajó al planeta que debía haber sido colonizado por ella y descubrimos que seguía siendo un planeta virgen. Se colonizó en nombre de la Autarquía y como homenaje a aquellos que no pudieron conseguirlo. La historia de la *XT-9761* se convirtió en leyenda entre mi gente, una de la que nos sentimos orgullosos. Hace más de trescientos años que partió y nunca se supo que había pasado con ella, hasta ahora.

»Como exploradora, es mi deber patrullar y vigilar las zonas limítrofes de la Autarquía. En más de una ocasión me he encontrado con contrabandistas y piratas que intentan aprovecharse de mi pueblo, considerándonos primitivos. Es por eso por lo que mi circuito de proximidad estaba desactivado. Me da la ventaja necesaria para poder ocuparme de ellos. No somos tan atrasados como creen.

—Eso es una actividad altamente irregular, Innis Sofka —dijo Tenok.

—No pretendo justificarme, solo digo las cosas como son. Cuando patrullaba este cuadrante detecté dos señales, que correspondían a la *XT-9761* y la nave de Gutionov. Mi ordenador reconoció la cosmonave-arca y actué como creí conveniente para hacerme con ella. —Innis señaló por la ventana—. ¡Esa cosmonave es la *XT-9761* y solo la Autarquía Jikka tiene derecho sobre ella!

Durante unos instantes, Leonardo pensó sobre esa nueva información. Si la cosmonave que él solo conocía como *Ambición de Melaru* era esa *XT-9761* de la que hablaba la exploradora, eso significaba que en algún lugar de los archivos de la Autarquía estarían sus planos originales y las características de su construcción, y esos datos podrían ser muy útiles. Su plan original contemplaba «solucionar» el procedimiento de arbitraje emplazando a Chaka e Innis a que lo esperasen mientras él mismo revisaba la cosmonave para poder llegar a una decisión, y si fuese necesario, que Tenok Pol los retuviera. Tener los planos le ayudaría mucho, así que tendría que improvisar alguna manera de conseguirlos sin que la exploradora se diera cuenta de su importancia.

—Sofka, si es cierto que esa cosmonave es la *XT-9761* que usted proclama, la Autarquía Jikka tendría la propiedad de la misma. —Chaka hizo ademán de empezar a hablar, pero paró en cuanto Leonardo lo miró—. Pero aun así, Gutionov tendría derecho a una compensación por el hallazgo. Por tanto, el primer punto que debemos solucionar es la identidad de la cosmonave.

Cuando Leonardo terminó, Chaka alzó la mano, como un niño pidiendo la palabra en clase, y el consejero le indicó con un gesto que hablara.

—Tengo que decir que lo de la compensación me ha sonado muy bien, así que voy a colaborar. Una de mis sondas lleva casi dos días explorando el interior y exterior de la cosmonave, y no tendré problema en compartir lo que haya descubierto si sirve para garantizar mi beneficio.

—Muchas gracias. Ordenador, conéctate con la cosmonave de Gutionov y accede a los archivos de esa sonda.

—Consejero —dijo Innis—, si con ello podemos acelerar el proceso y que la *XT-9761* vuelva a dónde pertenece, puedo habilitar el acceso a los documentos históricos que prueban la reclamación de la Autarquía. Cuanto antes regrese a espacio de la Autarquía y pierda de vista a ese... indolente, será mejor. El solo hecho de estar en la misma cosmonave que él me repugna.

—¡Oye, guapita, que a mí tampoco me gusta tu compañía!

—Haya paz y sosiego. —Interrumpió Tenok Pol—. La realización del proceso de arbitraje está siguiendo un curso propicio, que no debe sufrir interrupciones a causa de su disgustación mutua. El mejor curso de actuación para ambos ustedes es colaborar y no articular palabras innecesariamente.

Innis cerró los ojos y respiró hondo de nuevo. Aunque le costara admitirlo, el aracnoide tenía razón; no ganaría nada dejándose llevar por sus emociones, y lo sabía. Por eso, finalmente, dejó de lado lo que sentía y se acercó a una consola de comunicación para abrir un canal con su cosmonave y poder acceder a la información que iba a compartir.

Leonardo sonrió y acarició su barba. El mismo hecho de que alguien de la Autarquía quisiera compartir información ya demostraba a Leonardo la importancia que Innis concedía a aquella cosmonave. Tenok Pol tenía razón en otro asunto: todo estaba yendo incluso mejor de lo que esperaba Leonardo y eso empezaba a preocuparle. Conseguir los planos originales y las observaciones recientes de una sonda era un golpe de suerte tan bueno que le costaba creerlo. En su experiencia, cada vez que las cosas iban bien significaba que en cualquier momento podían torcerse y acabar en desastre. ¿Acaso no era eso lo que había pasado en la *Ambición* más de cuarenta años atrás? Pero no le haría ningún bien recordarlo ahora, así que se concentró en la tarea que tenía enfrente. Era vital conseguir toda información que pudiera servirle en su segunda visita a aquella cosmonave.

—Ya he abierto el canal, consejero. Su ordenador puede acceder a la información relativa a la *XT-9761* del banco de datos de mi nave.

—Perfecto, exploradora. Ordenador, vuelca todos los datos que haya disponibles en el canal abierto con la cosmonave autarca. Y muestra en pantalla los archivos de la sonda.

La cúpula visora se opacó, convirtiéndose en una pantalla en la que apareció un modelo tridimensional de la cosmonave en disputa. A medida que giraba y mostraba toda su superficie, diferentes puntos en pantalla indicaban los lugares de interés encontrados por la sonda en su exterior: paneles solares para cuando la cosmonave

entrara en órbita, antenas de comunicaciones... El trabajo de la sonda robotizada había sido realmente minucioso; Leonardo deseó que aquella tecnología hubiera estado disponible hace cuatro décadas, pero de nada servía lamentarse.

—Después de mapear el exterior, la sonda determinó que había dos puntos óptimos para el acceso. —Chaka se levantó y se acercó a la pantalla, señalando con el dedo—. En esta zona hay una escotilla de acceso con lo que parecen ser unos controles ubicados en el exterior; por su tamaño, imagino que pertenecerá a algún tipo de hangar para cosmonaves más pequeñas. Seguro que una nave de este tamaño dispone de otras menores, aunque sea solo para operar en el exterior. —Chaka miró a su alrededor esperando que alguien le felicitara por su deducción; cuando vio que nadie decía nada, siguió hablando—. Aun así lo descarté porque en el segundo punto, situado aquí —la proyección tridimensional giró, mostrando la parte inferior de la nave y lo que parecía un agujero en el casco—, ya había un modo de acceso para la sonda. Algún meteorito habrá chocado con la cosmonave en todos estos siglos en el espacio, así que ¿por qué no aprovechar el trabajo del papá azar?

La proyección tridimensional encogió y se colocó a la derecha de la pantalla, apareciendo en la izquierda una visión subjetiva de la sonda penetrando por el agujero, grabada por su cámara incorporada. En cuanto entró en la cosmonave, la pantalla se ennegreció con la oscuridad más absoluta, disipada poco después por el haz de luz proyectado por la sonda. Ante los ojos de todos apareció un cuarto lleno de contenedores esparcidos en el suelo, que seguramente habrían sido arrastrados por la descompresión explosiva generada al perforarse el casco. La sonda giró, mostrando los detalles de la estancia y el caos generado al escaparse la atmósfera de la cosmonave al vacío del espacio, como si una mano enfurecida hubiera tirado todo por los suelos y lanzado las cosas por el agujero. El grosor del casco había frenado al cuerpo estelar que hubiera chocado con la cosmonave, y la energía liberada por el impacto había desintegrado al meteorito y causado los destrozos que podían ver. En la pared situada enfrente del casco destrozado, una puerta abierta conducía al interior de la cosmonave. La sonda se desplazó al interior, propulsada por su motor de impulso, entrando en un largo pasillo con varias puertas cerradas visibles en la zona iluminada por su foco.

Leonardo se dio cuenta de repente de que estaba conteniendo la respiración y exhaló aire en silencio. Aquella zona no era la que había visitado hace cuatro décadas, pero el diseño del pasillo le resultaba familiar; definitivamente, si no era la *Ambición de Melaru*, aquella cosmonave era su hermana gemela. Chaka se había vuelto a sentar en la silla del capitán y observaba la grabación con aire despreocupado, con las manos detrás de la cabeza. Innis se había acercado a la pantalla, donde estudiaba cada nueva imagen de la sonda con detenimiento y Leonardo se sorprendió al ver como la seria expresión de la exploradora se había transformado en una sonrisa, la primera que veía en su cara desde que llegó. Finalmente, Tenok Pol permanecía en el centro de la sala, con sus ojos facetados fijos

en la pantalla y su cuerpo inmóvil, firmemente apoyado sobre todas sus extremidades.

—Imagino que usted ya ha visto las imágenes, Gutionov —dijo Leonardo—. ¿Hay algo destacable en la exploración?

—Depende de lo que entienda por destacable. He visto habitaciones que claramente eran laboratorios o almacenes y otras que no tengo ni idea de qué son. Esa nave es un laberinto, parece mucho más grande por dentro que por fuera. La sonda ha mapeado su camino a través de los diferentes niveles, aprovechando escotillas abiertas, conductos de ventilación y cualquier hueco por el que pudiera pasar. La monitoricé durante unas horas y luego la dejé en automático.

—¿Podemos ver dónde está en estos momentos? —La exploradora ni se despegó de la pantalla para preguntar, su concentración era evidente para todos.

—Ordenador —dijo Leonardo— accede al canal directo de la sonda y ponlo en pantalla.

La imagen cambió, mostrando ahora una gran habitación rectangular en la que había varios bancos de asientos dispuestos en filas paralelas. La sonda se desplazaba lentamente por el centro de la sala moviendo el haz de luz de izquierda a derecha para reconocer sus alrededores. Finalmente, el foco se paró sobre un estrado situado al final de la sala y un mural en la pared, representando un ser angelical con sus brazos alzados al cielo y un halo amarillo en torno a su cabeza.

—Alabado sea Hanu —murmuró Innis.

—No me lo puedo creer. ¿Qué tipo de civilización metería una iglesia en una nave espacial? —preguntó Chaka.

—Muchas culturas del universo hacen de la religión un aspecto importante de sus vidas —contestó Leonardo—, y la Autarquía Jikka es una de ellas. El Culto de Hanu lleva siglos establecido en su cultura y entra dentro de la lógica que una cosmonave tan grande como una cosmonave-arca disponga de un lugar destinado a sus ceremonias.

—Muchos de los voluntarios que partían en aquellas cosmonaves-arca eran gente profundamente religiosa —dijo Innis, con las manos devotamente cruzadas en su pecho mientras observaba la pantalla—. Hanu nos enseña que todos provenimos de las estrellas y que viajar entre ellas es como volver por un momento a la Madre Galaxia que nos ha engendrado a todos. Casi todos los exploradores que nos movemos entre planetas somos seguidores de Hanu, igual que nuestros antepasados pioneros.

—Y hay algo más. —Los ojos de Leonardo brillaron por un momento—. Si la sonda está en la iglesia, centro de culto o como queramos llamarlo... no creo que haya más de uno. ¡Ordenador! Coteja la información obtenida de la cosmonave autarca con el mapa trazado por la sonda, partiendo de la habitación en la que se encuentra ahora mismo. Busca los planos originales y superponlos.

En apenas unos segundos, una nueva proyección de la cosmonave con muchos más detalles apareció encima de la proyección generada por la sonda. Ambas se superpusieron, y todas las zonas que originalmente estaban a oscuras o con apenas unos trazos se llenaron de indicaciones. La proyección se centró en la posición actual de la sonda y generó un mapa tridimensional detallado de las habitaciones y pasillos de alrededor.

—Excelente razonamiento, Leonardo Sonnenborn-Rico. Gracias a su inspiración podremos orientarnos en las interioridades de la cosmonave. Felicidades.

—Gracias Tenok. —Leonardo sonrió, disponer de los planos facilitaría mucho su trabajo, aunque su sonrisa se congeló cuando el aracnoide continuó hablando.

—Asimismo, es mi creencia que se ha probado la identidad de la cosmonave. O es la *XT-9761* o un facsímil, algo hartamente improbable. Por tanto, el proceso de arbitraje ha llegado a su terminación y únicamente habrá que dilucidar las circunstancias de la compensación de Chaka Gutionov.

—Amén a eso, Tenok. —Chaka junto sus manos y las frotó—. Estoy dispuesto incluso a pedir disculpas a Doña Alegre; todo sea por la paz galáctica, la recuperación de un trozo de historia y los créditos que van a entrar en mi cuenta.

—No estoy de acuerdo en la forma de sus palabras Gutionov, pero sí en el fondo —dijo Innis—. Estoy segura de que podremos alcanzar un acuerdo razonable...

—¡No vayan tan deprisa! —Todos se giraron y miraron a Leonardo, que se había puesto en pie—. Este proceso de arbitraje sigue abierto y aún no hay motivos para cerrarlo. No hay pruebas concluyentes de que esa de ahí fuera sea la *XT-9761*.

Durante unos momentos, el silencio reinó en la sala, mientras intentaban asimilar las palabras del consejero. Finalmente, fue Tenok Pol quien habló.

—Me encuentro en un estado de confusión. ¿No es acaso una probación de veracidad la concordancia de los planos facilitados por la exploradora Innis Sofka con el trazado elaborado por la sonda? Es más, ambas partes están dispuestas a llegar a una concordancia de posiciones, una finalización para la que ambos hemos sido convocados. Necesitaríamos una explicación de sus razonamientos, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico.

Leonardo permaneció de pie, pensando cómo podría salir de aquella situación. No había previsto que se pudiera probar la identidad de la cosmonave tan rápido y menos aún que hubiera sido él quien lo provocara. Un fallo de novato: nunca muestres tus cartas antes de tiempo. Definitivamente, el retiro no le había sentado nada bien. Ahora, ninguno de los presentes aceptaría una expedición en solitario a la nave sin una explicación razonable. Podría hacer valer su autoridad como consejero, pero ni Tenok Pol, ni Chaka ni, sobre todo, Innis lo aceptarían y lo que tenía que haber sido una operación discreta se convertiría en un circo cuando elevaran sus quejas al Consejo. No, aquello no era aceptable bajo ningún concepto.

—¿Consejero? ¿Le ha ocurrido algo a su sistema vocalizador, se encuentra usted en óptimo estado físico?

Leonardo se dio cuenta de que sus opciones se habían reducido súbitamente a una: solo podía contar la verdad.

—Sí Tenok, me encuentro bien. —Se sentó en la silla del copiloto de nuevo y apoyó la cabeza en su mano; de repente se sintió demasiado viejo—. Ordenador, interrumpe la grabación, ya no hará falta. Redactaremos el informe del proceso de arbitraje *a posteriori*, ahora vamos a hablar de esa cosmonave de ahí fuera. Amigos, esa cosmonave puede que sea la *XT-9761*, pero yo la conozco con otro nombre diferente, el de *Ambición de Melaru*. Hace cuarenta y tres años, estuve dentro de esa cosmonave y solo dos de los cinco miembros del equipo de salida pudimos escapar de allí con vida. Mi misión aquí no es arbitrar nada, sino averiguar por qué esa cosmonave ha vuelto a aparecer después de que viera con mis propios ojos cómo se desintegraba.

2. Hace cuarenta y tres años...

—Ya te lo digo yo, Leonardo; esta cosmonave es la que nos va a hacer famosos a todos. Ya puedo ver las holonoticias: «Y ahora conectamos con Melaru Tabua, teniente de la Legión en la nave *Estrella Fugaz*, que junto al oficial científico Leonardo Sonnenborn-Rico han encontrado una cosmonave de origen desconocido y dimensiones gigantescas...».

—¿No te olvidas de alguien, Melaru? No creo que el comandante Vanth quiera darte todo el mérito.

—Eso son pequeños detalles, amigo. Nosotros estábamos de guardia cuando esa cosa apareció en nuestros sensores, así que técnicamente nosotros la hemos descubierto.

Leonardo sonrió; Melaru Tabua, con su metro noventa y su cara de niño travieso, era posiblemente el tipo más soñador con el que se había topado en sus años de servicio en la Legión. Tenía la capacidad de hacer que todos a su alrededor le acompañaran en sus sueños, incapaces de resistirse a su amplia sonrisa y buen humor. Prueba de ello era que la capitana Silvana Prescott, a apenas tres pasos de ellos, ni se había molestado en corregirlo. Tampoco es que Melaru hubiera podido ocultarse en aquella lanzadera, atestada con un equipo de salida de cinco personas: ellos tres, la ayudante de Leonardo, Sonia Pukacz, de pelo negro y mirada inteligente, y el oficial de seguridad Gale Zatorski, cuya complexión delgada ocultaba unos músculos de acero. Y al fin y al cabo, Melaru tenía razón. Ellos eran los oficiales de servicio de mayor rango en el turno en que aquella cosmonave había aparecido aparentemente de la nada, así que quizás no estuviera tan desencaminado en sus fantasías.

Después de informar al comandante Vanth, el severo legionario al mando de la *Estrella Fugaz*, Leonardo se ofreció voluntario para comandar un equipo de salida; como oficial científico, una cosmonave como aquella, de diseño desconocido y que no respondía a ninguna señal, era un objeto que deseaba investigar a toda costa. Por supuesto, Melaru se sumó, argumentando que la importancia del primer contacto con una nave de estas características precisaba de un legionario de alto rango en la expedición. Vanth estuvo de acuerdo y puso a su segunda al mando, la capitana Prescott, al frente del equipo. Como legionario de mayor rango, el comandante Vanth no podía abandonar la nave para una misión de exploración, aunque todos sabían que lo haría si pudiera.

La lanzadera de la *Estrella Fugaz* siguió aproximándose hacia la enorme cosmonave, que llenaba por completo el espacio delante de ellos. Habían acordado que la nave permanecería a una distancia segura mientras ellos realizaban el primer contacto, y que solicitarían ayuda de ser necesario. Leonardo se concentró en las lecturas que tenía en pantalla: ni los escáneres realizados desde la *Estrella Fugaz* ni

los sensores de la lanzadera indicaban señales de vida o actividad a bordo de aquella cosmonave, como si estuviese muerta y abandonada. Pero incluso aunque fuese así, seguiría siendo un descubrimiento de primera categoría y él sería uno de los primeros en estudiarlo.

—Capitana, nos encontramos a ochocientos metros de distancia —dijo Gale.

—Mantén la distancia, Zatorski. Vamos a intentar buscar un modo de entrar.

Quienes no estaban mirando por la pantalla levantaron la vista de sus consolas en cuanto la lanzadera se estabilizó. El vacío estrellado del espacio había desaparecido, tapado por completo por aquella mole, de la que ya podían empezar a apreciar detalles. Al observarla tan de cerca, Leonardo confirmó sus primeras impresiones: los motores de aquella cosmonave no podían ser de propulsión hiperlumínica, eran demasiado grandes; y si no usaban la tecnología KS, significaba que eran muy antiguos. Centenares de años de antigüedad, incluso.

—¿Qué es eso?

Sonia señaló en su pantalla una zona concreta de la imagen transmitida por las cámaras de la lanzadera. Con un par de ajustes, amplió la zona y todos pudieron ver lo que parecía ser una escotilla de acceso individual de unos dos metros de largo por dos de ancho.

—Bien visto, Pukacz —dijo la capitana Prescott—. Caballeros, parece que hemos encontrado la forma de entrar en esa cosmonave —se dirigió a la pantalla y habló al comandante Vanth, que había estado observando hasta entonces—. Comandante, solicito permiso para abordar la cosmonave desconocida.

—Permiso concedido, capitana Prescott. Buena suerte en la exploración.

—Gracias señor, le informaremos lo más pronto posible.

—Recibido, capitana.

La *Estrella Fugaz* cortó la comunicación y Prescott se dirigió al resto del equipo de salida.

—Muy bien legionarios, vamos a hacer nuestro trabajo.

—Capitana —dijo Melaru—, lejos de mi intención querer estropear el momento, pero no me parece adecuado fijar la lanzadera directamente a esa escotilla que ha descubierto Sonia. Creo que será más seguro anclar los ganchos magnéticos a una distancia prudencial y acercarnos en los exotrajés.

—Estoy de acuerdo Tabua, no quiero que si algo pasa, la lanzadera salga dañada, por mucho que podamos pedir socorro a la *Estrella Fugaz*. Zatorski, busca un lugar seguro para anclarnos.

—A sus órdenes, capitana.

Manejando con habilidad los controles, Gale acercó la lanzadera a la gigantesca cosmonave; ni siquiera la *Estrella Fugaz*, que era una nave de exploración de las más grandes de su clase, podía compararse con aquel coloso, al menos dos veces más grande. Una vez que estuvo colocada a distancia de anclaje, el oficial de seguridad activó los ganchos magnéticos y cuatro cables salieron disparados del lateral de la

lanzadera, fijándose al casco y anclándolos firmemente a la cosmonave. Prescott se levantó de su silla y cogió el casco de su exotraje.

—Aquí estamos, muchachos; poneos los cascos y preparaos para salir. Vamos a intentar entrar en esa cosa.

Leonardo tomó el casco; al igual que el resto del equipo de salida, tenía puesto el exotraje para actividad extravehicular, que le permitiría sobrevivir en el vacío del espacio. Una vez que sellara el casco, el traje proporcionaría calor y oxígeno a su cuerpo durante catorce horas más o menos, dependiendo de la actividad física que realizara. También le serviría para poder comunicarse con sus compañeros y, a través de un *pad* portátil incorporado en su antebrazo izquierdo, podría trabajar mejor con los datos que le proporcionaría su sensor portátil. Se colocó el casco y escuchó el familiar sonido de aspiración indicando que el interior del exotraje había quedado aislado. Pulsó la secuencia en el controlador de su pecho para transmitir una pequeña corriente eléctrica que activó las nanofibras del traje. Estas se adhirieron a su cuerpo, convirtiéndose en una segunda piel liviana y flexible, pero lo suficientemente resistente para aguantar el vacío y protegerle de la radiación. El resto del equipo de salida estaba haciendo lo mismo y Melaru ya había entrado en la cabina de despresurización para acceder a la parte de la lanzadera sin atmósfera ni gravedad artificial, donde se encontraba la compuerta por la que saldrían al exterior.

Mientras esperaba su turno para entrar en la cámara, observó como Melaru abría la compuerta; ante él, veinte metros de cable de los ganchos magnéticos unían la lanzadera con la cosmonave, como una cuerda tendida entre ambas naves. Agarrándose al cable, Melaru comenzó a «trepar» por el mismo con las manos, si se podía llamar trepar cuando no había fuerza de gravedad. Cuando llegó al final de la cuerda, giró sobre sí mismo y posó los pies sobre la cosmonave, fijando las suelas de su exotraje. Durante unos minutos, examinó sus alrededores.

—Todo despejado por aquí, capitana —dijo Melaru—. No veo ninguna actividad en la superficie del casco y mis sensores no detectan nada extraño en el interior; no hay ningún pico de energía ni nada que muestre algún tipo de reacción a nuestra presencia. Tiene luz verde, jefa.

—Muy bien Tabua. Vamos allá, yo iré en primer lugar; Sonnenborn, Pukacz, luego vosotros. Zatorski, que la lanzadera quede bien sellada antes de que bajen.

En pocos minutos, el resto del equipo de salida estaba junto a Melaru en el casco de la cosmonave. Leonardo estaba desplegando su sensor portátil, bastante más avanzado que el que había usado Melaru en su escáner inicial, para detectar cualquier lectura de energía fuera de lo común. Tampoco encontró nada que indicara que aquella cosmonave respondía de alguna forma a los cinco pasajeros extra y así se lo indicó a Prescott con un gesto negativo.

La capitana comenzó a andar hacia la escotilla que habían detectado y todos la siguieron, manteniendo una distancia segura entre sí; así, si alguna medida de defensa automática se activase, no afectaría a los cinco a la vez. Cuando llegó a la compuerta,

Leonardo comenzó a examinar el mecanismo de apertura mientras los demás vigilaban a su alrededor.

—No parece complicado, capitana —dijo después de completar su examen—. El único mando visible es la rueda de apertura en la propia escotilla. Por el tamaño de esta compuerta deduzco que quien construyera esta nave era una raza de nuestro mismo tamaño. No puedo conjeturar lo que encontraremos al otro lado, pero si está diseñada para cruzar por ella, la escotilla no debería conducirnos a un lugar peligroso.

—Bueno, no hemos llegado hasta aquí para quedarnos en la puerta ¿verdad? Teniente, abra la escotilla.

Melaru se agachó y agarró la rueda con las dos manos e hizo fuerza para girarla en el sentido de las agujas del reloj. No logró que se moviera ni un milímetro, así que procedió a hacerlo en el sentido contrario y después de un momento, la rueda giró un poco. Gale se acercó y agarró la rueda empujando al mismo tiempo, y entre los dos lograron que la rueda comenzara a girar con fluidez. Melaru siguió dándole vueltas hasta que llegó a su tope, pero la escotilla seguía cerrada y su rostro mostraba su perplejidad.

—Pruebe a tirar ahora hacia usted, señor —dijo Sonia.

Siguiendo las indicaciones de su compañera, Melaru tiró de la escotilla hacia él, y esta se abrió limpiamente. Gale apuntaba con su láser de mano, preparado para cualquier eventualidad. La capitana Prescott se puso en cuclillas frente a la apertura; los focos de la lanzadera la iluminaban, pero el interior de la cosmonave quedaba sumido en la más absoluta oscuridad. Encendió la luz frontal de su casco y parte de las sombras más allá de la compuerta desaparecieron, mostrando una habitación vacía que terminaba en otra escotilla cerrada, similar a la que acababan de abrir.

—¿Qué tenemos aquí? Sonnenborn, Pukacz, dadme una respuesta.

El oficial científico y su ayudante se arremolinaron en torno a la escotilla. Todos los miembros del equipo de salida habían imitado a la capitana y las luces de sus cascos se movían por la habitación, creando caprichosos patrones con sus movimientos de cabeza.

—Detecto diminutas trazas de aire respirable saliendo al espacio, capitana; quizás no hubiera mucho ahí dentro, pero si encontramos zonas todavía presurizadas, no deberíamos tener problema, es compatible con nuestra fisiología —dijo Leonardo.

—Esto debe de ser una cabina de despresurización —añadió Sonia—. Aquella compuerta es exactamente igual a esta que acabamos de abrir y tiene todo el sentido suponer que en una cosmonave de este tamaño necesiten actividades extravehiculares; para no comprometer la atmósfera del interior, es imprescindible una cabina preparada para despresurizarse cuando sea necesario, y esta sala tiene pinta de ser eso. Miren allí.

Sonia movió su cabeza, de modo que el haz de luz de su casco enfocó algo que, a pesar de los caracteres alienígenas escritos en él, todos reconocieron como un armario.

—Si no es ahí donde guardan sus trajes espaciales, mi madre es zor-huana —dijo Melaru.

—No perdamos más tiempo. Melaru, haz los honores —ordenó Prescott.

—A sus órdenes, capitana.

Melaru se impulsó por el hueco de la escotilla con los pies por delante y cayó lentamente hasta el otro lado de la sala, llevado por su inercia. En cuanto tocó el suelo, flexionó las piernas para absorber el impacto y se puso de pie. Por encima de él, vio los rostros de los demás miembros del equipo de salida, igual que si estuviera en el fondo de un pozo. La capitana Prescott y Gale apuntaban con sus láseres de mano, atentos a cualquier movimiento imprevisto, pero nada se movió en aquella habitación ante la llegada del primer ocupante en posiblemente cientos de años.

—Todo despejado, capitana. Adelante.

Prescott fue la primera en seguir a Melaru. Gale y Leonardo se lanzaron después y Sonia quedó sentada con sus pies en la entrada, observando a sus compañeros descender hasta Melaru, que probaba la rueda de apertura de la otra escotilla, pero esta se resistía a sus esfuerzos. Gale acudió en su ayuda, pero tampoco fueron capaces de moverla. Ni siquiera cuando la capitana y Leonardo sumaron sus fuerzas lograron moverla ni un milímetro.

—Sería gracioso que hubiéramos encontrado esta cosmonave y nos quedáramos en la puerta —dijo Gale.

—¡Sonia! —dijo Melaru—. ¿Por qué no bajas aquí y nos echas una mano?

—Lo siento, teniente, pero creo que no; tengo una teoría y si es cierta, habéis estado perdiendo el tiempo con esa compuerta.

—¿A qué te refieres, Sonia?

—Pues que si esto es una cámara de descompresión, es imposible que os deje abrir esa compuerta mientras esta esté abierta.

—Pero eso significaría que los sistemas de la cosmonave siguen funcionando —dijo Leonardo—. Recuerda la ruta que ha debido seguir, Sonia; ninguna de nuestras fuentes de energía podría mantener un sistema activo durante cientos de años.

—Solo hay una forma de averiguarlo ¿no? —Sonia agarró la escotilla y la levantó hacia sí, para después dejarse caer por la compuerta sin soltarla, cerrándola por completo; afianzó sus pies en las paredes de alrededor y giró la rueda en el sentido de las agujas del reloj para sellar la cámara y después habló a sus compañeros al otro lado de la habitación—. Prueba ahora, Melaru.

Este comenzó a manipular la escotilla, pero se paró por completo cuando las luces del techo se encendieron, llenando la habitación de luz blanca; los cristales fotocromáticos de los cascos reaccionaron instantáneamente, para evitar que quedaran cegados por el aumento repentino de luz. El sonido de un gas entrando en la sala indicó que ya no estaban en el vacío del espacio y, al mismo tiempo, notaron como la gravedad artificial comenzaba a surtir efecto y les impulsaba a la pared que

estaba a su espalda, que en realidad era el suelo, donde apoyaron los pies para quedar de pie. Leonardo revisó su sensor portátil antes de dirigirse a Prescott.

—Es como predije, capitana. Según mis lecturas, este aire es perfectamente respirable, pero no aconsejo que nos quitemos los cascos. No conocemos nada de la especie que lo respiraba y los riesgos de contaminación biológica siguen ahí, aunque este aire esté procesado y reciclado.

—Respirar aire alienígena no está en mi lista de prioridades, Sonnenborn, al menos mientras tenga el mío propio. —Prescott levantó su brazo, que notaba extrañamente pesado—. ¿Cuánta gravedad tenemos? Siento como si mis brazos pesaran el doble.

—No anda desencaminada, capitana. La gravedad artificial de este lugar es de 1,36 g, un poco más de la que tenemos nosotros, así que es normal que nos sintamos más pesados. —Leonardo revisó su sensor de nuevo y los datos que mostraba en su *pad*—. En estas circunstancias, lo mejor es limitar los esfuerzos físicos; estamos pesando entre veinticinco y treinta kilos más. Podemos aguantarlo sin problemas, pero cualquier cosa que hagamos supondrá un esfuerzo mayor que de costumbre.

—Ya habéis oído a Sonnenborn, muchachos. Actuad con precaución y no os esforcéis de más. Ahora, continuemos explorando esta cosmonave.

Melaru puso de nuevo sus manos en la escotilla y giró la rueda, que esta vez no opuso ninguna resistencia. Abrió la compuerta y se echó rápidamente a un lado, mientras Gale apuntaba con su láser de mano... a nada. Un simple pasillo de acceso partía de aquella habitación, y por él caminaron, pendientes de todo lo que los rodeaba. Sus funciones dentro del equipo de salida estaban claras: mientras Leonardo y Sonia examinaban sus sensores en busca de cualquier señal, Melaru y Gale estaban pendientes de cualquier posible eventualidad, con sus láseres de mano siempre preparados. La capitana Prescott alternaba entre ambas funciones, y como líder de la expedición era la encargada de decidir por un camino u otro en cuanto llegaban a una bifurcación.

A medida que se adentraban en las entrañas de la cosmonave, pasaron de hablar en voz alta a hacerlo en susurros y más tarde a guardar silencio. El hecho de caminar por una cosmonave tan enorme y no encontrar ninguna señal de vida era algo que ponía nervioso a Leonardo. Para que sistemas tan esenciales como la gravedad artificial, el soporte de vida y la iluminación funcionasen después de tanto tiempo, debían recibir algún tipo de mantenimiento y reparación. Si eran automáticos, significaba que aquella nave había sido hecha para durar siglos y Leonardo no conocía ninguna raza en la galaxia que hubiera desarrollado una tecnología tan perdurable.

Cada nueva habitación o pasillo que recorrían seguía sin darles ninguna pista de posibles ocupantes. Encontraron estancias de todo tipo y módulos individuales deshabitados, como si los tripulantes hubieran recogido y limpiado a fondo antes de

desaparecer. Cuanto más caminaban, más parecía bajar el ánimo del grupo. El silencio pesaba sobre todos, el silencio de una nave fantasma y sin tripulación, y ninguno se atrevía a romperlo, hasta que Melaru habló.

—Leo, como yo detecté primero la cosmonave, tengo derecho a ponerle nombre ¿verdad?

Lo absurdo de la sugerencia de Melaru arrancó una sonrisa en los rostros del equipo de salida.

—¿No te parece que eres un poco ambicioso, Tabua? —preguntó Prescott—. Lo próximo que querrás será mi puesto.

—Tranquila, capitana, que todavía queda mucho para eso. Pero sí soy ambicioso ¿para qué negarlo? De hecho me gusta como nombre para esta cosmonave. —Dio un par de palmadas en la pared—. Yo te bautizo *Ambición de Melaru*.

—Me aseguraré de que quede registrado, Melaru. —Bromeó Leonardo—. Como no tendremos apenas papeleo por este hallazgo, ¿qué más da añadir un poco más?

—¡Así me gusta, Leo! Sabía que podía contar con tu apoyo, y no te preocupes, que la próxima cosmonave que encuentre te dejaré que le pongas tú el nombre.

La respuesta de Leonardo murió en su boca cuando las luces oscilaron y parpadearon. Los cinco expedicionarios se quedaron inmóviles esperando a que aquel fenómeno parase; al cabo de unos segundos, las luces volvieron a la normalidad.

—Sonnenborn, Pukacz ¿qué es lo que ha ocurrido aquí?

—La iluminación de la nave ha fluctuado durante unos pocos segundos, capitana. No he notado ninguna variación en la gravedad artificial y mis instrumentos tampoco muestran cambios en la atmósfera, así que debe ser un fallo localizado del sistema de luces —contestó Leonardo.

—No me gustaría quedarme aquí dentro a oscuras, capitana —dijo Melaru—. Aunque llevo buena cuenta de los desvíos que hemos hecho, una cosa es hacerlo con toda la iluminación y otra guiándonos solo con los focos de nuestros cascos. Podríamos pasar una eternidad aquí si nos equivocamos en un giro.

—Soy consciente de ello, teniente —dijo Prescott—. Contéstame, Sonnenborn ¿es seguro que continuemos o debemos dar la vuelta ya?

—Un segundo, capitana. —Leonardo confirmó una vez más los registros que aparecían en su *pad* antes de contestar—. No sé si tendrá relación, pero la fluctuación en las luces fue seguida por un pulso de radiación gamma, calculo que unos cinco niveles por debajo nuestro... con una intensidad de casi 600 rads —dijo, notando cómo temblaba su voz.

—No me jodas, Leo —exclamó Melaru.

A ninguno de los miembros del equipo de salida se le escapaba la gravedad de la situación. Con 600 rads, todavía se encontraban dentro de los límites de seguridad que podían soportar los exotrajés, pero si se producían exposiciones prolongadas o de mayor intensidad terminarían sufriendo daños irreversibles. La capitana activó su comunicador.

—*Estrella Fugaz*, aquí la capitana Prescott. —No hubo más respuesta que el silencio—. ¡*Estrella Fugaz*, aquí Prescott! ¿Me reciben?

—No podemos comunicarnos con la *Estrella Fugaz*, capitana —informó Sonia—. Nuestra señal es demasiado débil para poder traspasar el casco de esta cosmonave.

—Entonces no hay más que hablar, abortamos la misión. Volvemos a la lanzadera —ordenó Silvana, que se puso al lado de Leonardo mientras retrocedían—. ¿Estamos en peligro, Sonnenborn?

—Según mis lecturas no, capitana; fue un pulso corto y concentrado, con lo que no debe habernos afectado demasiado. Si hubiéramos estado más cerca, habría sido muy diferente. En cualquier caso, se adelantó a mi recomendación: si estos pulsos aumentan de intensidad podemos vernos afectados, a pesar de la protección de los exotrajés. Es mejor volver a la *Estrella Fugaz* y que un equipo preparado para altas radiaciones se encargue.

—Es posible que hayamos llegado a una zona cercana a los motores, capitana —dijo Sonia—. Mi teoría es que esta nave no se propulsa con motores hiperlumínicos, sino con energía nuclear. Por eso es tan grande, para poder aislar los motores de las zonas habitables. Siendo nuclear, eso explicaría que todavía funcionaran los sistemas automáticos y que se hayan activado con nuestra presencia. Puede que incluso nuestra presencia haya provocado una sobrecarga y esta haya traído como consecuencia ese pulso radioactivo.

Mientras caminaban apresuradamente de vuelta, los efectos de la gravedad ligeramente superior comenzaban a hacerse notar en los miembros del equipo de salida, que se sentían mucho más cansados de lo habitual. La tensión que sufrían ahora por la exposición a la radiación hacía que inconscientemente fueran más deprisa. Gale tuvo que indicarles que se calmaran y anduvieran normal, ya que estaban a punto de echar a correr y, si lo hacían, podían agotarse antes de llegar a la lanzadera. Justo cuando aminoraron la marcha, volvieron a apagarse las luces.

—¡Todo el mundo quieto! —Prescott activó la luz de su casco—. Correr a oscuras no nos salvará de la radiación, solo conseguirá que nos perdamos. Sonnenborn, dime qué tienes.

Leonardo comprobó los datos de su sensor portátil y chequeó los datos dos veces en su *pad*. Finalmente, respondió tragando saliva:

—700 rads, capitana. Este nuevo estallido ha sido más fuerte.

Las luces volvieron a la vida entre parpadeos. Todos los miembros del equipo de salida miraron a la capitana Prescott esperando sus órdenes.

—¿A cuanta distancia nos encontramos de la lanzadera, teniente?

—Nos llevó unos cuarenta minutos alcanzar este punto caminando a paso normal, capitana. Vamos a tener que apretar el paso si queremos salir de aquí en menos tiempo y la gravedad de este sitio no nos va a ayudar.

—Pues no nos queda más remedio. —Prescott repasó en su mente la ruta que había seguido hasta allí y comenzó a trotar—. Seguidme todos y mantened el ritmo;

si las luces se apagan, pararemos. Sonnenborn, a mi lado; quiero que me informes de los niveles de radiación en cada nuevo pulso. Zatorski, si alguno no puede seguir el ritmo, tienes mi permiso para darle con el látigo.

Al principio todos pudieron mantener un ritmo constante, pero en cuanto pasaron un par de minutos, el efecto de la gravedad aumentada se hizo notar. Leonardo hizo un rápido cálculo mental y apretó los dientes cuando comprendió que sus 70 kilos se habían convertido en 95; incluso con lo ligero que era el exotraje, este añadía otros cuatro kilos más en aquella gravedad aumentada. No sabía si podría aguantar el ritmo hasta llegar a la lanzadera y sus compañeros luchaban contra el peso adicional, igual que él.

Por lo menos, las luces no habían vuelto a fluctuar, y no detectaba ningún nuevo estallido de radiación. Lo único que los había salvado hasta entonces del envenenamiento radioactivo era que los picos de radiación eran cortos y no dirigidos, y ninguno tenía ganas de seguir tentando a la suerte. La propia capitana Prescott había reducido el ritmo para conservar energía, y todos habían acompasado la carrera a un trote lento y constante.

Al seguir a la capitana en su giro a la derecha, Leonardo reconoció la sala en la que estaban entrando. Cuando entraron en ella la habían identificado como un comedor, con sus mesas y sillas dispuestas para atender a los comensales. Al igual que el resto de la cosmonave, todo se encontraba impecablemente limpio y recogido, como si la nave estuviera recién construida y esperase a la tripulación para su bautismo. Pero en esta ocasión había una diferencia. La compuerta por la que habían cruzado estaba sellándose y ya estaba a menos de un metro del suelo.

—¡Corred! —gritó Melaru.

Incluso mientras corría, Leonardo se maravilló de la camaradería y disciplina de los miembros del equipo de salida. Melaru y Gale habían adelantado a todos los demás, pero en vez de cruzar al otro lado estaban sujetando la compuerta con las manos y animando a los demás a que cruzaran.

Ochenta centímetros.

La puerta seguía descendiendo lenta e inexorablemente, mientras la capitana Prescott se deslizaba.

Sesenta centímetros.

Sonia fue la siguiente en pasar, agachándose para pasar por la cada vez más estrecha apertura.

Cincuenta centímetros.

Leonardo se arrastró por debajo, con su corazón latiendo a mil por hora.

Cuarenta centímetros.

Con el resto del equipo de salida al otro lado, Melaru y Gale dejaron de sujetar la compuerta, que bajó con un poco más de velocidad.

Treinta centímetros.

Ambos legionarios se lanzaron al suelo y reptaron para escapar. Melaru, que era un poco más grande, fue arrastrado por las manos de sus compañeros.

Veinte centímetros.

Gale Zatorski quedó atascado cuando la compuerta presionó sobre su columna. Sonia, Leonardo y Silvana tiraron de él para ayudarlo a salir, mientras Melaru agarraba la compuerta con las manos y empujaba hacia arriba, sin éxito ninguno. Finalmente, la presión de la compuerta se tradujo primero en el rictus de sufrimiento en el rostro de Gale y después en un grito agónico cuando finalmente aplastó su espalda.

Diez centímetros.

Leonardo cayó de rodillas, incapaz de soltar el brazo de Gale, aunque este ya no se movía. No podía creer que aquello estuviera pasando. Era la primera muerte en una expedición de salida a la que se enfrentaba y no entraba en su cabeza que un ser humano completo, con sus sueños y sus aspiraciones, que hace pocos minutos había estado a su lado, hablando y bromeando, hubiera desaparecido de aquella manera, como quien apaga una luz.

La compuerta se cerró por completo, y en ese momento las luces volvieron a fluctuar. Todos permanecieron quietos, esperando que, como las otras veces, se restableciera la iluminación. Leonardo sacó su sensor y midió la radioactividad maquinalmente, todavía en *shock* por la muerte de Gale. Cuando la luz dejó de parpadear, comprobó de nuevo los resultados de su escáner. Sus compañeros lo miraron, expectantes.

—Casi 800 rads. Cada nuevo estallido es mayor que el anterior. A este paso, en cuanto llegue a los 1000 empezaremos a sufrir directamente sus efectos y si sigue subiendo, el envenenamiento será irreversible. —Extrañamente, esta información ni siquiera lo desanimó; parecía como si todo aquello le pasara a otra persona y él tan solo observara desde lejos.

—¡Ya habéis oído, muchachos, tenemos que movernos! —exclamó la capitana—. Es difícil con esta gravedad, pero no tenemos más remedio. Más tarde vendremos a por... los restos de Gale.

El rostro de la capitana Prescott se ensombreció cuando comenzó a correr y tuvo que dirigir conscientemente sus pensamientos de la trágica muerte de Gale a la seguridad de los legionarios bajo su mando. Ya habría tiempo para un duelo apropiado cuando salieran de aquella maldita cosmonave. Ahora lo único que importaba era correr lo más rápido posible y rezar para que no se produjeran más pulsos radioactivos en su camino a la lanzadera.

Melaru se obligó a seguir corriendo mientras pensaba en lo que había pasado. Ambos habían pasado casi al mismo tiempo por la compuerta y sus compañeros le habían agarrado las manos a él, que tenía los brazos más largos que Gale. Si no lo hubieran hecho, él también habría quedado atrapado y habría muerto partido en dos.

No había manera de poder salvar a ambos. Quizás si se lo seguía repitiendo terminaría creyéndolo. Apretó la mandíbula y siguió corriendo.

Sonia mantuvo el ritmo constante de carrera que había adoptado, que equilibraba la necesidad de rapidez con el esfuerzo extra de su organismo en aquel entorno de gravedad aumentada. Se mordió los labios recreando de nuevo en su mente la muerte de Gale e intentando averiguar si alguna decisión alternativa por su parte podría haberla salvado. Pero todo había sido demasiado rápido, incluso para ella, que se preciaba de tener una mente rápida. Había sido demasiado lenta y eso había costado una vida. En cualquier caso, todo sería inútil si los estallidos continuaban aumentando de intensidad. Y con el ritmo que llevaban no creía que pudieran llegar a la lanzadera. Necesitaban más tiempo...

Los ojos de Sonia se abrieron de repente y paró. Si lo que su mente acababa de conjeturar era correcto, tenían una oportunidad; si no lo era, tampoco empeoraría su situación, así que sin mediar palabra se dio la vuelta y comenzó a correr.

—¿Dónde demonios vas, Sonia? —Melaru, que cerraba la marcha, la bloqueó—. ¡El camino a la lanzadera no es por ahí!

—Déjame pasar, Melaru. Creo que sé cómo podemos ganar tiempo para llegar a la lanzadera.

—¿En qué estás pensando, Sonia? —preguntó Leonardo, que se había parado unos metros más adelante. La capitana Prescott había hecho lo mismo y los miraba con interés, escuchando la conversación a través del canal de radio.

—A poca distancia de aquí se encuentra la habitación en la que vimos aquellas cuatro grandes columnas rodeadas de pequeños cilindros. Creo que es una de las salas que regula el sistema de gravedad de la cosmonave. Si podemos anular la gravedad en esta zona de la nave, llegaríamos mucho más rápido y sin problema a la lanzadera.

—¿En qué te basas para ello, Pukacz? —preguntó Prescott.

—Capitana, es tan solo una conjetura, pero la disposición de las columnas me recuerda a la colocación de los repulsores antigravitatorios en nuestras propias cosmonaves, y los cilindros serían el equivalente de nuestros nodos de control. Si tengo razón, bastará con manipular los cilindros igual que hacemos con los nodos y anular la gravedad, o al menos rebajarla. Al ritmo que llevamos, no llegaremos a tiempo a la lanzadera antes de que los pulsos radioactivos sean mortales.

Leonardo cerró los ojos y pensó. Ahora que Sonia le había dado la idea, no era una conjetura tan descabellada. Efectivamente, la disposición de las columnas en aquella sala era idéntica a la que usaban en sus propios repulsores antigravitatorios; daban igual los materiales o los constructores, la configuración óptima para generar gravedad artificial era la misma en todas las cosmonaves a partir de cierto tamaño, y tenía sentido que una cosmonave tan grande necesitara varias salas dedicadas a mantener la gravedad en toda su superficie.

—El tiempo se agota, capitana —dijo Sonia—. O conseguimos anular la gravedad artificial o moriremos todos.

Como si las palabras de la oficial científica hubieran sido una señal, las luces comenzaron a parpadear de nuevo, en esta ocasión durante más tiempo. Cuando terminó, Leonardo revisó las lecturas del sensor en su *pad* y tragó saliva.

—Hemos pasado los 900 rads, capitana.

—Adelante, Pukacz. Tampoco es que tengamos muchas opciones...

Los legionarios siguieron ahora a Sonia que abría la marcha y en un par de minutos llegaron a la sala. Cuando pasaron por ahí la primera vez, habían descartado explorarla, confiando en encontrar otras maravillas tecnológicas en el interior de la nave. Leonardo solo había realizado un examen superficial, y tras la muerte de Gale se le había olvidado por completo, por lo que agradeció la memoria y capacidad de Sonia, que bien podría salvar ahora sus vidas.

Leonardo ya estaba examinando una de las columnas y Sonia se dirigió a otra, mientras Melaru y la capitana los observaban trabajar, visiblemente nerviosos. Aunque los efectos de la radiación todavía no podían ser percibidos, Sonia sabía que sus cuerpos ya tenían que estar sintiéndolos y cuanto más tiempo permanecieran dentro de la cosmonave, más posibilidades tenían de sufrir daños celulares. *¡No! No pienses en eso.* Se obligó a concentrarse en la tarea que tenían por delante y se fijó en la columna frente a ella. Estaba cubierta de múltiples muescas que trazaban líneas y contornos en su superficie. Los cilindros dispuestos a su alrededor tenían una textura metálica y terminaban en una superficie plana. Puso su mano encima de uno de ellos y comprobó que cedía a la presión. Todo concordaba, solo necesitaba una última comprobación y configuró su sensor portátil para efectuarla. Sin ser consciente de ello, Sonia contuvo la respiración hasta que aparecieron los resultados. *Bingo.*

—Señor, creo que mi conjetura ha resultado acertada. Detecto una gran cantidad de gravitones en esta sala.

—Es cierto. —Los dedos de Leonardo volaron sobre su *pad*, corroborando las observaciones de su compañera—. Estas columnas deben generar y mantener el flujo constante de gravitones necesario para la estabilidad del campo gravitatorio en toda esta sección. Ahora, tenemos que buscar la manera de interrumpir ese flujo y reducir la intensidad del campo.

—Estos cilindros dispuestos alrededor de las columnas tienen que servir para eso, señor. Deben actuar como nuestros nodos de control, regulando y modificando cada segundo el flujo de gravitones para asegurar la estabilidad general de la gravedad en la cosmonave.

—Nuestros nodos pueden ajustar la cantidad de gravitones hasta las 2 g, pero aquí la gravedad es mayor. Estos controles tienen que ser más precisos para poder mantener un campo gravitatorio más intenso. —Leonardo sonrió—. En teoría, cualquier manipulación que hagamos se traducirá en un cambio instantáneo de los efectos del campo.

—Estos cilindros parecen responder a la presión, señor —dijo Sonia, que había vuelto a poner la mano encima de uno de los cilindros—. Deduzco que los operarios

de esta sala los manipulaban para ajustar el flujo de gravitones y conseguir el efecto deseado, o los dejaban en su configuración estándar durante el viaje, según necesitaran.

—Creo que tienes razón, Sonia. —Leonardo apretó levemente un cilindro y este cedió—. Ahora deben estar en esa configuración estándar, que lógicamente corresponderá a la gravedad del planeta natal de quien construyera esta cosmonave. Solo tenemos que modificarla a un nivel más tolerable.

—Leo, no tenemos todo el día; haced algo ya —dijo Melaru.

—Señor, no es por menospreciarlo, pero mi doctorado fue sobre la teoría cuántica gravitatoria y tengo más conocimiento sobre los gravitones que nadie en esta sala —dijo Sonia—. Ya he estado observando la disposición de estos cilindros y cómo se corresponden con nuestros nodos; creo que tengo una idea de cuáles son los que me permitirán regular el flujo de gravitones para conseguir el efecto que buscamos.

—Sonia, justo te iba a pedir tu opinión, ya sabes que no me duelen prendas en reconocer cuando alguien sabe más que yo. Pero hay un problema, no vas a tener ninguna pantalla de flujo que te indique los efectos de tus acciones. Vas a tener que hacer las modificaciones a ciegas y experimentar por ti misma los cambios de gravedad.

—Ya lo sabía, señor, nunca dije que fuera a ser fácil. Le recomiendo que se aleje.

Leonardo se retiró a la entrada, junto a Melaru y la capitana; Sonia puso sus manos sobre dos cilindros frente a ella y comenzó a bajarlos lentamente. Aparentemente nada sucedió, pero aquella manipulación alzó otros cilindros anexos y Sonia se movió rápidamente entre las cuatro columnas repitiendo la misma operación en todas ellas. Después volvió a la primera, donde tomó con la mano un cilindro grueso y tiró hacia arriba, sin conseguir nada. Lo agarró con las dos manos y tiró con fuerza, logrando elevarlo un par de centímetros. En aquel momento, varios de los cilindros comenzaron a descender y las luces comenzaron a parpadear, pero en esta ocasión eran solo las de la sala, reaccionando a las manipulaciones en la maquinaria. La pantalla translúcida de un campo de fuerza aisló la sala de columnas del resto de la nave y, al otro lado de la misma, los miembros del equipo de salida notaron la disminución de la gravedad. Se enderezaron, como si les hubieran quitado un peso de encima, y en cierto sentido, así había sido. Sonia volvió a tirar del cilindro hacia arriba, subiéndolo otro par de centímetros y gritando mientras lo hacía.

—Pukacz, buen trabajo, otro poco más y podremos escapar de aquí.

—¡Nnnnarrrrggghhh! —El grito de Sonia mientras daba otro tirón sobrecogió a los legionarios. Leonardo vio en sus instrumentos que la gravedad se había reducido a 0,5 g, suficiente para que pudieran escapar de allí. Dio un paso para entrar en la sala y felicitar a su compañera.

—¡No entre, señor! —Sonia respiraba agitadamente y tenía su pecho apoyado contra el cilindro—. Ya no hay salida... deben... escapar...

—¿De qué estás hablando, Sonia?

—No sé cómo... ha sido... pero la gravedad... ha aumentado aquí... creo que rondará... las 6 g o más...

—¡Dios mío! ¿Cómo podemos sacarte de ahí, Sonia? Rápido, dime qué podemos hacer.

—No pueden... hacer nada... deben escapar...

—¡Pukacz, aguanta ahí, volveremos a por ti! —gritó Prescott.

—No, capitana no vuelvan... no aguantaré tanto... demasiado peso...

—¡¡Pukacz!!

Pero Sonia Pukacz ya no habló más. Con sus últimas fuerzas volvió a tirar hacia arriba del cilindro, y su grito de agonía inundó el canal de radio del equipo de salida. El aumento de gravedad hizo que se desmayara tras ese último esfuerzo y quedara apoyada sobre el cilindro, que se clavó en su pecho, traspasando el exotraje y su propia piel. Leonardo estaba apoyado sobre la pantalla del campo de fuerza que los separaba de la zona de mayor gravedad, con las lágrimas corriendo por su rostro e insensible a los gritos de sus compañeros. Prescott sujetaba a Melaru, que estaba dispuesto a entrar a rescatar a Sonia y en aquel momento, las luces de la cosmonave comenzaron a parpadear de nuevo. En esta ocasión, los parpadeos fueron seguidos por unos segundos de total oscuridad, solo iluminada por las luces frontales de los expedicionarios. Cuando regresó la luz, Leonardo miró incrédulo los datos del sensor volcados en su *pad*.

—¿Qué pasa Leonardo?

—Son... 1000 rads capitana, o salimos ya o no lo contamos.

—¡Entonces vámonos!

En cuanto se giraron y comenzaron a andar, reconocieron la familiar sensación de ingravidez de las cero g. El último esfuerzo de Sonia había anulado por completo la gravedad en aquella sección y les había dado una oportunidad. Así que se apoyaron contra las paredes y se impulsaron, flotando por el aire en dirección a la lanzadera. Aunque flotar en ausencia de gravedad era un método mucho más rápido de moverse, no estaba exento de riesgos. Su masa no había disminuido y debían tener cuidado con su inercia al chocar contra las paredes. Pero todos estaban habituados a la ausencia de gravedad y en apenas tres minutos cubrieron la distancia que les habría ocupado veinte si Sonia no se hubiera sacrificado.

Llegaron al último pasillo que debían recorrer y, cuando se dieron impulso, las luces parpadearon una sola vez y se apagaron. Aunque tenían sus luces frontales activadas, la súbita oscuridad los sorprendió. Leonardo había tenido tiempo de fijarse en la dirección de su vuelo y sabía que tenía mucha distancia hasta topar contra la pared, así que giró, iluminando a la capitana y Melaru. Prescott iba unos metros por detrás y Melaru se dirigía hacia Leonardo demasiado deprisa. Seguramente habría calculado mal la velocidad al darse impulso la última vez, y gritando «¡Cuidado Leo!», se abalanzó sobre él. Chocaron y Leonardo notó como su compañero se apoyó sobre él para impulsarse hacia arriba y separarse. Por virtud de la tercera Ley de

Newton, Leonardo fue despedido en dirección contraria hacia el suelo. En ese momento volvió la luz y presencié con horror como Melaru se dirigía directo a una lámpara, que estalló en una nube de chispazos.

Cuando Leo pudo rehacerse e impulsarse hasta su amigo, Prescott ya lo estaba sujetando. El exotraje había protegido a Melaru de la explosión, pero esta había anulado la carga eléctrica que mantenía activas las nanofibras del mismo, quedando inertes y desgarrándose en varios puntos. Entre los dos, consiguieron llevar a Melaru hacia el suelo, donde recuperó la consciencia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Chocaste con una lámpara, Melaru —contestó Leonardo—. Tu exotraje ha resultado dañado...

Todos callaron por un momento, conscientes de lo que eso significaba.

—¡Mierda, Tabua! ¿No tenemos gel sellador aquí?

—Sí, capitana. Lo llevaba Gale. —Melaru se quitó el casco y respiró el aire alienígena; ya le daba igual la posible contaminación biológica—. Pero no pierdan más tiempo, en cualquier momento puede haber un nuevo pulso. ¿De cuánto fue este último, Leo?

—Ha sido de 1.100 rads. El más fuerte que hemos experimentado. Mierda, Melaru... —Comenzó Leonardo, pero no acabó la frase. Ambos sabían que no daría tiempo a llegar a la *Estrella Fugaz* y regresar con un nuevo exotraje antes de que la radiación tuviera efectos irreversibles.

—Está bien, Leo. —Melaru los acompañó hasta la escotilla, quedándose atrás mientras ellos la cruzaban—. Solo asegúrate de que el nombre de mi cosmonave quede registrado, ¿eh? Esta cosa se llama *Ambición de Melaru*.

—Nos aseguraremos, Tabua. Y volveremos a por ti —dijo Prescott, con voz entrecortada—. La Legión no abandona a los suyos.

—La Legión no abandona a los suyos. —Melaru repitió tristemente el lema, uno de tantos que todo legionario aprende en su adiestramiento—. Ahora voy a cerrar aquí y ustedes van a salir corriendo de mi nave. Nos vemos en un rato, capitana; Leo... hasta luego, amigo.

—Hasta luego...

Melaru cerró la escotilla y Leonardo se quedó mirando, mientras Prescott abría la otra escotilla y el oxígeno de la sala se perdía en el espacio. Como en un sueño, ambos regresaron a la lanzadera y arrancaron los motores para regresar a la *Estrella Fugaz*. Ni siquiera se habían quitado los exotrajes, no tenían ánimo para ello, así que además de por los altavoces de la lanzadera, escucharon la voz de Melaru también por los cascos.

—Leo, Silvana, no sé si todavía me escucháis, pero os estáis perdiendo un gran espectáculo. Ya no ha vuelto a haber apagones, y las luces de aquí están haciendo cosas raras, es como si fuesen de colores diferentes a los nuestros...

Los dos legionarios supervivientes se miraron, y después a la pantalla de la lanzadera que estaba fija en la cosmonave, que volvía a la vida, con luces encendiéndose por toda su superficie. Leonardo no supo decir si era efecto de ellos alejándose o si realmente lo estaba haciendo, pero le parecía que la *Ambición de Melaru* se estaba moviendo y rotando sobre su eje. Cuando abrió la boca para intentar comunicarse con su amigo, un fulgor blanco y cegador inundó la pantalla y todo el espacio alrededor de la lanzadera. Los cristales fotocromáticos de los exotrajés los protegieron, aunque ambos giraron la cara instintivamente.

Cuando volvieron la vista a la pantalla, la *Ambición de Melaru* ya no estaba.

3. Las entrañas de la bestia

Leonardo terminó su historia y se levantó de la silla del copiloto. Los rostros serios de Innis Sofka y Chaka Gutionov lo observaban, y no supo interpretar su expresión. En el caso de Tenok Pol, ni siquiera lo intentó. El zor-huano había replegado sus patas y estaba apoyado sobre una de las sillas libres mientras escuchaba su relato.

—La capitana Prescott y yo volvimos a la *Estrella Fugaz* y barrimos este cuadrante con todos nuestros sensores, sin conseguir ningún resultado. El comandante Vanth emprendió una búsqueda completa, pero la cosmonave había desaparecido, como si jamás hubiera estado ahí. Durante décadas, los dos intentamos encontrar algún rastro, alguna pista sobre el lugar que se había cobrado la vida de al menos dos de nuestros compañeros, pero nunca encontramos nada. Con el tiempo, llegamos a ser miembros del Consejo y yo acabé retirándome. Así que imagínense mi sorpresa hace un par de días cuando recibí la llamada de mi antigua capitana para decirme que, después de más de cuarenta años, la *Ambición de Melaru* había aparecido de nuevo.

—No se llama así, es la *XT-9761* —dijo Innis.

—Exploradora, creo que comprenderá que el nombre de esa nave es lo que menos me importa. —Leonardo se masajeó entre los ojos—. Mi plan original era mantenerlos a todos aquí con algún pretexto mientras exploraba la cosmonave...

—¿Con qué objetivo, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico?

—Buscar respuestas, Tenok Pol. Y entre ellas, los restos de mis compañeros legionarios para poder enterrarlos y cerrar ese capítulo de mi vida.

—Ese es un procedimiento altamente irregular y no creo que haya localización en las regulaciones para una actuación de esta naturaleza. Le conmino a reflexionar, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, carece de toda lógica el que usted penetre en esa cosmonave.

—Hay momentos en los que la lógica debe dar paso a las emociones —dijo Innis—. Puede usted llevarse los restos de sus amigos si están en esa cosmonave, consejero. Yo misma le ayudaré a encontrarlos, pero luego esa nave regresará a la Autarquía, donde pertenece.

Leonardo se quedó mirando a la exploradora, que se había acercado hasta él y le ofrecía la mano. Aceptar su ofrecimiento supondría volver a arriesgar más vidas en lugar de únicamente la suya propia, como tenía planeado originalmente; pero tampoco es que tuviera otra opción. Tomó su mano entre las suyas y la estrechó con fuerza.

—Siento lo que le pasó viejo, perder a tus compañeros de tripulación es una putada, lo sé por experiencia —dijo Chaka, y su rostro se ensombreció—. Pero no es

mi problema. Puede entrar en la cosmonave, pueden entrar todos si quieren, pero yo no voy a arriesgarme. Tengo un cargamento que entregar en Taurus III y me parece que aquí ya he perdido suficiente tiempo.

—¡Cobarde! —exclamó Innis—. ¡Puedes estar seguro de que esto no quedará así, maldita rata!

—Una rata que estará calentita y a salvo en su cosmonave, mientras vosotros os jugáis la vida persiguiendo fantasmas.

—No lo entiendo Chaka Gutionov. Si antes estaba dispuesto a llegar a una concordancia de posiciones, ¿por qué ahora no?

—Es muy simple, Tenok. Antes eran créditos fáciles en mi cuenta, ahora son créditos fáciles después de una empresa difícil y con resultado posiblemente mortal. No me convencen los requisitos. Y además ¿qué hago justificándome? ¡No les debo nada!

—Está usted en lo cierto, Chaka Gutionov. —Tenok Pol estiró sus piernas y levantó su cuerpo de la silla, acercándose a Leonardo—. Como dije antes, no hay localización en las regulaciones para una situación como la actual. Es mi firme convicción que esta situación es excepcional y requiere medidas excepcionales. Consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, como edil del Cuerpo en el sector, es mi labor ayudarlo en todas las averiguaciones relativas al proceso de arbitraje. Entra en mi entendimiento que para concluir ese proceso, debemos solucionar las incógnitas planteadas hace cuarenta y tres años. Le acompañaré en su expedición a la cosmonave.

Leonardo se quedó mudo. Ni en el mejor de sus sueños imaginaba que Tenok tomaría esa decisión; contar con su apoyo y el de Innis podría ser de gran utilidad en la cosmonave. No era el plan que tenía trazado cuando comenzó el proceso de arbitraje, pero no importaba. Su mente consciente quería que entrara solo en la cosmonave, pero su mente inconsciente tenía un plan mejor y sabía que contar la historia de su primera visita a la *Ambición de Melaru* era el paso necesario para poder contar con apoyo. Ahora lo veía claro.

—Muchas gracias Innis, Tenok. Estaré encantado de contar con su ayuda. —Sonrió y contuvo la emoción; se estaba volviendo un viejo sentimental.

Leonardo vio a Chaka levantarse de la silla, y pudo apreciar en su rostro el conflicto librándose en su interior, a pesar de lo que había dicho. Leonardo quería contar con el contrabandista, no solo porque así podría controlar el paradero de todos los que conocían de la cosmonave, sino porque su aportación podía ser muy valiosa. Una vez que había decidido que no entraría solo en la cosmonave, quería rodearse del mayor número de apoyos posible y para eso, debía convencerlo. Ser el último en sumarse a un grupo siempre tiene un efecto psicológico —a nadie le gusta verse excluido—, así que Chaka necesitaría un pequeño empujón.

—Gutionov, ¿a qué se refería cuando dijo que conocía por experiencia lo que es perder compañeros de tripulación?

—Eso es una historia de mi pasado, viejo, y no creas que no sé lo que intentas hacer. Quieres convencerme para que vaya con vosotros.

—No lo necesitamos, consejero. —La expresión de asco en Innis era tan evidente que solo le faltó escupir a Gutionov, y Leonardo alzó la mano para poner paz.

—Tranquilos, aquí nadie está obligando o convenciendo a nadie. Solo estamos hablando, y aunque no venga con nosotros sí me gustaría conocer tu historia, Chaka.

—Comenzó a tutearlo; era un ardid muy viejo, pero podría funcionar.

—Olvídalo, no tengo interés en hacer amistades. Estoy en esto por el beneficio.

—¿Y no has pensado en las ventajas de ayudar a un consejero? —preguntó—. Por no hablar de que si quieres sacar algún beneficio del proceso de arbitraje, sería bueno que te ganases al que va a decidir sobre ese proceso...

El consejero casi podía ver la mente de Chaka trabajando a toda velocidad, decidiendo si valía la pena retractarse de sus palabras para conseguir beneficios. Al fin y al cabo, y aunque era arriesgado, ayudar a Leonardo era su mejor opción de poder sacar algo de todo este asunto.

—Ese es un argumento de peso, Leonardo. He replanteado mi postura y aunque aún soy reticente, le acompañaré. ¿Puedo llamarlo Leo? —dijo, sonriendo.

Los preparativos no tomaron mucho tiempo. No precisaban de una lanzadera para acercarse a su objetivo; la *Antares* los llevaría hasta la misma superficie de la *Ambición de Melaru* si fuese necesario. La cosmonave que le había proporcionado el Gran Consejo contaba con los últimos avances tecnológicos y su ordenador de a bordo la alejaría automáticamente si detectaba algún movimiento de la *Ambición*. Mientras se acercaban a la gran cosmonave, repasaban una y otra vez los planos y las lecturas de la sonda en la sala de mando.

—Hay algo que no entiendo —dijo Chaka—. Si hace cuarenta años encontraron tan fácilmente la escotilla de la cabina de despresurización ¿por qué la sonda no la ha localizado aún?

—Es un interrogante muy pertinente, Chaka Gutionov. El hallazgo de esa escotilla nos permitiría reproducir el trayecto del equipo de salida del *Estrella Fugaz* y hacer averiguaciones sobre qué fue de sus componentes.

—¿No hay registros de aquella misión, Leo? Alguna grabación, algo que nos pudiera ayudar.

—Por desgracia no los hay —contestó Leonardo—. El mismo fogonazo blanco en el que desapareció la *Ambición* actuó sobre los sistemas como si fuese un pulso electromagnético. Todos los datos que había recogido la lanzadera y nuestro equipo se perdieron; si no hubiéramos tenido puestos los exotrajés, habríamos muerto cuando falló el soporte vital.

—Fue una afortunada concatenación de hechos que todavía estuvieran introducidos en los exotrajés, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico.

—Gracias, Tenok. Pero concentrémonos en nuestra situación. ¿Debemos entrar por el agujero por el que entró la sonda o por el hangar?

—Hay algo extraño en esa nave —dijo Innis; la exploradora había estado concentrada estudiando los mapas y las lecturas de la sonda mientras los demás hablaban—. El recorrido de la sonda por el interior concuerda con los planos de la *XT-9761*, pero el exterior... Es como si lo hubieran rehecho.

La pantalla de la sala de mando se iluminó mostrando las imágenes del exterior de la cosmonave que la exploradora había seleccionado, junto con la representación en tres dimensiones de los planos originales. Las diferencias eran abismales: secciones que en el plano correspondían a accesos y escotillas de entrada se convertían en paneles cerrados de maquinaria en la cosmonave que flotaba en el espacio.

—Ahí está. He repasado todo el exterior de la cosmonave y es así en todas partes, menos en los dos puntos que detectó la sonda. Es como si algo o alguien hubiera cerrado todas las posibles vías de entrada... y de salida.

—Excepto dos —dijo Chaka—. No sé a vosotros, pero esto me da mala espina. ¿Por qué modificar una cosmonave tan grande y con qué objetivo?

El consejero observó con atención la comparación en la pantalla. Todos sus instintos le gritaban que era una trampa, pero la pregunta de Chaka resonaba en su mente una y otra vez. ¿Quién podía hacer tantos cambios en una cosmonave de ese tamaño y, lo más importante, para qué? Necesitaban respuestas y todas estaban dentro de aquel gigante. No tenían otra opción que entrar y buscarlas.

—Esa es una pregunta que vamos a responder entrando en esa cosmonave, Chaka. —Leonardo señaló el hangar—. Y lo vamos a hacer por ahí.

—¿Y cuáles son los motivos para decidir ese curso de acción, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico? —preguntó Tenok.

—Es simple, la sonda ya entró por el agujero y ya ha explorado toda esa zona; dado que no hay más entradas visibles, usaremos la otra que está disponible. Además, que tenga ese tamaño nos beneficia; si conseguimos abrirla, podemos meter mi cosmonave dentro del hangar. Junto con la sonda, eso nos permitirá explorarla desde dentro sin necesidad de arriesgarnos, al menos en un primer momento. Y tendremos una vía de escape rápido si es necesario.

—Parece un curso de acción adecuado, pero tengo mis prevenciones. Es como si todos los elementos aleatorios fuesen favorables a nuestra intención —dijo Tenok Pol.

—En otras palabras, esto es demasiado fácil —dijo Gutionov.

—Soy consciente de ello, y sé que es un riesgo. Pero después de lo que pasó en mi primera visita a esa cosmonave, no pondré un pie sobre ella hasta que esté muy seguro de lo que me puedo encontrar.

—Estoy de acuerdo —dijo Innis—. Estaba segura de que esa era la *XT-9761*, pero cuanto más la examino y estudio las lecturas de la sonda, más dudas me entran. Su

interior es indudablemente de antigua manufactura Jikka, y la sala dedicada a Hanu es característica de aquella época, pero las modificaciones del exterior no tienen sentido. Debemos tener cuidado, aquí hay más de lo que nuestros ojos ven.

—Entonces será mejor que nos preparemos bien —dijo Chaka, poniendo una gran maleta encima de la mesa y abriéndola para mostrar varias armas láser pulcramente dispuestas; sonrió ante la mirada incrédula de Leonardo—. ¿Qué? Nunca salgo de mi cosmonave sin mi neceser.

Chaka Gutionov terminó de ajustar su exotraje y realizó las últimas comprobaciones de seguridad. En cuatro décadas, la tecnología de los exotrajes había avanzado bastante, y los modelos que llevaban puestos eran muy superiores a los que usaron los legionarios de la *Estrella Fugaz*. Más ligeros, flexibles y resistentes a la radiación, los cascos disponían ahora de una pantalla interna donde proyectar las lecturas de los sensores y mayores medidas de seguridad para evitar el fallo que dejó atrás a Melaru. Tenok Pol tenía un exotraje diseñado para su especie, con unas nanofibras especialmente flexibles cubriendo sus extremidades, que le permitirían usarlas con total libertad. Los dos habían sido los elegidos para buscar la manera de abrir la compuerta del hangar, pues eran los que más experiencia tenían en actividades extravehiculares. Desde la sala de mando del *Antares*, Innis y Leonardo les brindarían todo el apoyo necesario. Chaka conectó su suministro de oxígeno y abrió un canal con el *Antares*.

—Probando comunicaciones, ¿me reciben todos bien?

—Te escucho alto y claro, Chaka —respondió Leonardo desde la sala de mando.

—La audición es aceptable, Chaka Gutionov —respondió Tenok.

—Muy bien, podemos empezar la fiesta cuando quieran. —Se ajustó el rifle láser al costado; Leonardo había insistido en que la misión no tenía riesgo y que no lo necesitaba, pero Chaka replicó que no había misión sin riesgo y que el rifle iba con él.

La escotilla de salida se abrió lentamente ante ellos, y el aire que había en la habitación se dispersó en el espacio.

—Tienen luz verde, buena suerte —dijo Leonardo.

—Que Hanu les guíe —añadió Innis.

Chaka dio un pequeño salto adelante y quedó flotando en el espacio, con la mole de la *Ambición de Melaru* frente a él. Innis todavía protestaba cada vez que oía el nombre, pero era mucho mejor que *XT-9761*, así que era el que usaban para referirse a la cosmonave. Tenok se lanzó detrás de él, encogiendo las patas contra sí y haciéndose una bola. Pequeños chorros de CO₂ les impulsaron en dirección a la *Ambición*, que se encontraba a cincuenta metros de distancia. Los dos se aproximaron flotando lentamente, observando los detalles de la superficie.

—Encuentro que el casco exterior de la cosmonave está demasiado limpio, Leo.

—¿A qué te refieres, Chaka? —contestó Leonardo a través de la radio.

—Ya sabes que en todo viaje por el espacio, puedes chocar contra pequeños cuerpos estelares. Hoy disponemos de tecnología de escudo para evitarlo, pero antes tenían que confiar en cascos gruesos para poder sobrevivir, y esta cosmonave tiene el casco bien gordo, no cabe duda. Hay un agujero en el casco y bien grande, lo que me extraña es que no haya nada más, ni un pequeño impacto siquiera.

—Entiendo su pensamiento, Chaka Gutionov. Si esta cosmonave ha errado por el cosmos durante tantos ciclos temporales, debería mostrar probaciones de ello en su estructura externa.

—¡Exacto! Pero no hay nada, exceptuando el agujero por el que entró la sonda.

—Está en lo cierto —dijo Innis—, y es otro de los motivos por los que cada vez estoy menos segura de que estemos ante la *XT-9761*. Esta región del espacio es rica en meteoritos y cuerpos aún más pequeños; debería estar bastante más dañada de lo que está.

—Puede que quien se preocupara de sellar todas las aberturas quisiera tener también el casco limpio. —Bromeó Chaka.

—Es posible que sea así —dijo Leonardo—. La verdad es que hace cuarenta años no me fijé especialmente en el estado del casco, pero eso no significa nada. Ni entonces ni ahora me atrevería a afirmar que esa cosmonave está deshabitada, y no sabemos cómo reaccionará ante nuestra presencia. Manteneos prevenidos y tened mucho cuidado ahí fuera.

—Recibido, viejo. Estamos a punto de tomar contacto, mantén un ojo sobre nosotros.

Chaka maniobró para posarse sobre la cosmonave con los pies por delante y plantó las suelas magnéticas de su exotraje firmemente en el casco. Tenok no necesitó ninguna maniobra, tan solo desplegó todas sus extremidades y, con un movimiento grácil, giró y se agarró a diferentes puntos con cuatro de ellas para quedar sujeto. Mientras lo hacía, Chaka desenganchó el rifle láser de su compartimento y examinó los alrededores.

—Parece que no hay nadie en casa.

—No se ha producido ninguna reacción a nuestra presencia —dijo Tenok, mientras se movía sobre la superficie con una rapidez que ningún humano podría igualar—. Tampoco detecto ninguna perforación en la estructura externa de la cosmonave, y tengo la convicción de que eso se debe a que no ha estado mucho tiempo en el cosmos.

—No digas tonterías, Tenok. Está muy limpia, cierto, pero tiene cientos de años de antigüedad.

—No creo que haya articulado ninguna tontería, Chaka Gutionov, y esa contradicción entre su estado y su antigüedad es la que me produce preocupación. Como edil del Cuerpo en el sector, puedo corroborar la afirmación de la exploradora Innis Sofka. Una cosmonave que se desplace sin escudo en esta región del espacio corre el riesgo de sufrir impactos de meteoritos y otros cuerpos estelares. He tenido

que prestar asistencia en varias ocasiones a pilotos que pensaron que no valía la pena activar el escudo para un trayecto estelar de corta duración. Estaban errados.

—Muy bien Tenok, entonces ¿dónde ha estado esta cosmonave?

—No lo sé, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, pero sí puedo dar afirmación de dónde no ha estado: flotando en esta región del cosmos.

En la sala de mando, Leonardo pensó en las palabras de Tenok. Para que el zorhuano afirmase algo tan categóricamente, debía de estar mucho más que seguro. La *Ambición de Melaru* suscitaba demasiadas preguntas y era el momento de empezar a conseguir respuestas.

—Leo, pincha mi cámara frontal; mira lo que he encontrado. Si no es el panel de apertura del hangar me pego un tiro.

—No tiene que atentar contra su propia existencia si está errado, Chaka Gutionov, no hay necesidad de actos punitivos de esa naturaleza por equivocarse —dijo Tenok.

Mientras Chaka intentaba explicar al aracnoide lo que era una hipérbole, Innis y Leonardo observaron la imagen captada por su cámara. Era un panel de control, con un conjunto de treinta y seis pulsadores con símbolos grabados, dispuestos en una cuadrícula de seis por seis, y una pantalla en la parte superior.

—¡Esos símbolos corresponden al alfabeto Jikka! —dijo la exploradora—. También están los números, del 0 al 9; es un teclado para introducir el código correcto y abrir el hangar.

—¿Hay alguna manera de averiguar esa contraseña, Innis?

—Lo veo muy difícil, consejero. Incluso si está en los archivos que tenemos del *XT-9761*, algo ya complicado de por sí, no tenemos forma de saber si fue cambiada por la tripulación mientras preparaban el viaje.

—Considero que debemos explorar otras opciones si la contraseña no aparece —dijo Tenok—. Hallarla en un ejercicio de aleatoriedad es prácticamente imposible. Desconocemos el número de caracteres que la componen y las posibles combinaciones son innumerables.

—Más de dos mil millones de combinaciones para una contraseña de seis caracteres —dijo Chaka, que se agachó y apretó varios pulsadores al azar—. Creo que sería más fácil descubrir el planeta de origen de la vida. Leo, ¿qué armamento tienes en esa cosmonave? Parece que vamos a tener que echar la puerta abajo.

En cuanto Chaka se levantó, notó una vibración en la suela de sus pies. Antes de que pudiera decir nada, vio como la compuerta del hangar comenzaba a abrirse.

—¡Gutionov! —gritó Innis—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Qué combinación has usado?

—No lo sé —respondió, con la incredulidad manifestándose en su voz—. Simplemente toqué unos cuantos pulsadores, ni siquiera me fijé en cuáles eran.

—Parece que acabamos de presenciar un milagro matemático, entonces —dijo Leonardo—. ¿Se te dan bien los juegos de azar, Chaka?

—Hay otra posibilidad, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico —dijo Tenok—. Que algo o alguien quiera que entremos en la cosmonave y nos haya abierto el paso.

Las palabras de Tenok hicieron que el silencio invadiera el canal, y Leonardo rememoró lo que había pasado hace cuarenta y tres años. En aquel momento no le pareció que hubiera una mano inteligente detrás de todo lo que ocurrió, pero ahora no estaba tan seguro. Estaba la cuestión de los pulsos radioactivos y por qué habían comenzado cuando los legionarios ya estaban bien dentro de la cosmonave y no antes; o por qué el casco exterior era extrañamente diferente a cómo debía ser y tenía la mayoría de sus accesos clausurados; y el propio hecho de que la *Ambición de Melaru* apareciera de nuevo en el mismo sector del espacio cuatro décadas después, sin signos de deterioro por el paso del tiempo. Todo apuntaba a la misma conclusión: algo o alguien usaba la *Ambición* quién sabe con qué oscuro propósito.

Y Leonardo estaba determinado a averiguarlo.

—Creo que tienes razón, Tenok, así que será mejor que todos estemos preparados para cualquier sorpresa que nos encontremos. De momento, vamos a entrar en la *Ambición*.

Chaka y Tenok se apartaron de la gran compuerta del hangar, un cuadrado de unos veinte metros de lado, y la *Antares* comenzó a atravesarlo lentamente. Leonardo estaba pendiente de la maniobra de ataque, pero todo el trabajo estaba siendo realizado por el ordenador, que calculaba cada segundo la distancia a los bordes de la compuerta y maniobraba en consecuencia. Los motores de impulso ya estaban apagados, una vez que habían dado el impulso inicial a la cosmonave, y las pequeñas correcciones de rumbo las efectuaba automáticamente el ordenador mediante otros motores más pequeños en los laterales, que impulsaban la nave en la dirección requerida. Después de quince minutos de maniobras, la *Antares* se posó en el suelo del hangar de la *Ambición*.

Leonardo cogió el casco de su exotraje y se dirigió a la cabina de despresurización, donde Innis lo esperaba lista para salir al exterior. La exploradora también tenía su rifle láser preparado y Leonardo ya no discutió, como antes con Chaka. De hecho, él tenía su láser de mano enfundado en el cinturón; no sabía qué encontraría en la cosmonave, pero quería estar preparado.

En el hangar, Tenok Pol se desplazaba por el techo del mismo, aprovechando las capacidades de su cuerpo aracnoide y la ausencia de gravedad. Chaka optó por la vía más tradicional y caminaba lentamente por el suelo, en dirección a la escotilla por donde iban a salir Innis y Leonardo.

—No hay manifestaciones de actividad en el hangar, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico. Pueden salir cuando deseen.

Chaka se paró frente a la escotilla en forma de iris, que ya estaba abriéndose y revelando las figuras de sus compañeros, y aguardó a que salieran al hangar con el rifle láser cruzado sobre su regazo. La exploradora de la Autarquía salió primero,

observando a su alrededor y alerta ante cualquier cosa que pudiera pasar. Leonardo caminó detrás, terminando de ajustarse la mochila donde llevaba su equipo científico

—Ordenador, cierra la compuerta y sella la cosmonave.

El iris se cerró y las luces exteriores de la nave se apagaron, dejando el hangar en una total oscuridad, solo rota por los focos de luz de los exotrajados. Leonardo revisó el *pad* que llevaba en el antebrazo, donde tenía descargados los planos de la *XT-9761*. Su objetivo era alcanzar la sala de mando de la cosmonave y conectarse a los ordenadores para intentar ponerla en funcionamiento. En el caso de que comenzaran de nuevo los pulsos radioactivos, estaban protegidos por sus exotrajados, y no deberían tener problemas en regresar al *Antares* y escapar.

Habían pensado en todo lo previsible. Ahora faltaba enfrentarse a lo imprevisible.

—Ya estamos dentro Leo, ahora te toca a ti guiarnos —dijo Chaka.

El consejero echó un vistazo al *pad*.

—¿Habéis encontrado la cabina de despresurización del hangar? —preguntó.

—Puedo contestarle con una afirmación, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico. Si siguen cuarenta metros al norte, hallarán el pasillo donde me encuentro presente ahora mismo y que desemboca en dicha cámara.

Los tres exploradores siguieron las indicaciones de Tenok y pronto se reunieron con él frente a la puerta de acceso a la cabina de despresurización. Innis entró en primer lugar, con su rifle dispuesto para disparar; tras ella fue Chaka, igualmente alerta y preparado para el combate. Pero nada ocurrió, la cámara se encontraba vacía y ambos se relajaron. Tenok pasó encogiéndose sus patas para atravesar la compuerta, con láseres de mano diseñados especialmente para los zor-huanos en dos de ellas. Finalmente, Leonardo los siguió y miró a su alrededor; aquella cámara era muy parecida a la que usó hace tantos años, tanto que casi esperó encontrar a Melaru detrás de la otra puerta, aguardando a que lo rescataran. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y centrarse en el ahora.

—Llegó el momento, amigos —dijo Leonardo—. En cuanto cerremos esta compuerta y abramos la otra, podemos encontrarnos cualquier cosa. Os agradezco que estéis aquí conmigo, pero si habéis cambiado de opinión y no queréis seguir más allá, este es el momento. No será ninguna deshonra, esto es algo que tengo que hacer, aunque sea solo.

—No tengo por costumbre retractarme de la palabra dada, consejero —dijo Innis.

—Mi labor es ayudarle en las averiguaciones que tenga que hacer, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, y yo siempre cumplo con las obligaciones de mi puesto.

—Yo me echaría para atrás y volvería a mi cosmonave, pero ¿dónde estaría el beneficio de eso? Qué demonios, puede que incluso sea divertido. Cierra la puerta, Leo, y penetremos en las entrañas de la bestia.

Leonardo sonrió y cerró la compuerta, girando la rueda hasta que llegó al tope. Después caminó hasta el otro lado de la sala y comenzó a manipular la rueda de apertura, pero Tenok Pol se acercó a él.

—Es mi pensamiento que a partir de aquí entramos en terreno desconocido, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico. Como edil del Cuerpo en el sector, es mi deber protegerle; permanezca usted a salvo mientras yo abro la compuerta.

Por un momento, Leonardo se planteó una negativa, pero Tenok tenía razón. Ya no era un hombre joven. Cualquiera de los tres se encontraba mucho más capacitado para lidiar con algo inesperado que él, y no tenía sentido correr riesgos innecesarios. Se echó atrás y observó como Tenok se apoyaba en cuatro patas, y giraba la rueda con dos de sus extremidades mientras otras dos apuntaban con sus láseres. Innis y Chaka se pusieron a los lados de la puerta, con sus rifles preparados y apuntando.

El consejero aguardó a que la cabina se presurizase y las luces se encendieran, pero nada ocurrió. La compuerta se abrió y pudo ver un pasillo sumido en la total oscuridad durante unos instantes antes de que el cuerpo de Tenok ocupara la compuerta al pasar por ella.

—Parece que la cosmonave no está activa —dijo Innis.

—Así parece, guapa, pero no sé si eso es una noticia buena o mala —afirmó Chaka—. ¿Detectas algo, Leo?

Las lecturas de los sensores no dejaban lugar para la duda o, mejor dicho, la ausencia de lecturas. El sensor portátil de Leonardo no recogía ninguna emisión de energía, ni movimientos más allá de los que ellos producían.

—No hay nada, Chaka; hasta donde puedo determinar, la cosmonave está totalmente inerte.

—Este corredor se encuentra despejado de obstáculos. Podéis proceder con cautela. —Informó Tenok por la radio—. Aguardaré a que os reunáis conmigo en la intersección.

Anduvieron por el pasillo, usando las suelas magnéticas de sus exotrajés para poder caminar por el suelo. No había necesidad de la rapidez que les daría el aprovechar la ausencia de gravedad. En cuanto llegaron a la bifurcación, Leonardo consultó su mapa y les indicó el pasillo de la derecha.

Poco a poco, establecieron una rutina de movimientos. Tenok iba en vanguardia, desplazándose por paredes y techos y esperándolos en cada nueva intersección. Ellos le seguían y Leonardo decidía el camino según el plano. En ningún momento se activó la gravedad artificial o el sistema de iluminación, como sucedió en la expedición de la *Estrella Fugaz*, así que se movían en absoluta oscuridad y silencio, solo roto por sus palabras y las luces de los exotrajés.

Tras media hora yendo de una estancia a otra, Innis abrió un compartimento de su cinturón y sacó una barra de luz química, que partió en dos para mezclar sus componentes. Un resplandor fluorescente iluminó la habitación en la que se encontraban, que era parte de la sección de ingeniería a juzgar por las mesas de trabajo y las piezas desperdigadas entre las mesas.

—¿Por qué has hecho eso, Innis? —preguntó el consejero.

—Aunque sigamos los planos, podemos perdernos igual, con esto podremos orientarnos —contestó la exploradora con gesto serio—. Sigamos adelante.

Continuaron su camino, repitiendo la rutina que ya les era familiar y penetrando cada vez más en las profundidades de la cosmonave. La tensión con que habían comenzado la exploración se había convertido en relajación, después de casi una hora de camino sin que hubieran encontrado ningún elemento hostil. Los sensores que manejaba Leonardo tampoco habían detectado ninguna actividad o señal energética. Chaka resumió su parecer cuando puso de nuevo el rifle en el costado.

—Esta cosmonave está muerta.

Leonardo se negaba a aceptarlo. Había demasiados acontecimientos extraños en torno a la *Ambición de Melaru* para que ahora fuera un cascarón vacío. Consultó de nuevo el plano y se tranquilizó. Solo les quedaban otras dos secciones para llegar a la sala de mando, unos quince minutos como mucho. Una vez allí podría conectarse a los ordenadores de la cosmonave y conseguir respuestas. Hasta entonces, actuaría como si en cualquier momento fueran a empezar de nuevo los pulsos radioactivos. Tenía que averiguar la verdad, se lo debía a Melaru, a Sonia y a Gale. Y nada en la *Ambición de Melaru* se interpondría en su camino.

—¡Consejero Leonardo Sonnenborn-Rico! ¡Detecto luminosidad!

La transmisión excitada de Tenok tuvo un efecto casi eléctrico en ellos, y comenzaron a correr en su dirección. Cuando lo alcanzaron, pudieron comprobar que, efectivamente, al final de aquel corredor había una tenue luz proveniente de una habitación más adelante.

—Por fin ocurre algo en esta cosmonave —dijo Chaka.

—¿Debemos explorar la fuente de esa luminosidad o continuamos en nuestro rumbo prefijado, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico?

—Esa luz se encuentra en el camino que debemos seguir hasta la sala de mando, Tenok —dijo Leonardo—, así que podemos hacer las dos cosas a la vez. Pero por favor, tened cuidado todos, no sabemos qué puede emitir esa luz.

En esta ocasión, avanzaron todos juntos, con Tenok moviéndose por el techo y Chaka e Innis por el suelo, con Leonardo detrás vigilando la retaguardia. Aunque no había atmósfera que propagase el sonido, guardaron silencio. La tensión que había abandonado al grupo había regresado, y en esta ocasión los cuatro estaban con todos sus sentidos concentrados en la luz que tenían delante. Cuando llegaron al final del corredor, vieron que la luz provenía de la habitación posterior a la que se encontraban. Tenok continuó por el techo y susurró en su canal de audio.

—Estimo conveniente un ataque sorpresivo. Mejor errar por exceso de precaución.

—Me parece bien —contestó Chaka, preparando su rifle.

—Quédese aquí, consejero —dijo la exploradora—. Te seguimos, Tenok.

Leonardo se quedó atrás, observando como sus tres compañeros se movían rápida y sigilosamente en dirección a la luz. En aquel momento, solo se le ocurrió pensar

que su plan inicial de explorar la cosmonave en solitario habría sido un suicidio y agradeció el impulso inconsciente que le había hecho confiar en aquel grupo tan heterogéneo. Con un poco de suerte, podrían empezar a conseguir respuestas.

—¡Ahora!

Entraron rápidamente en la habitación iluminada siguiendo el mismo orden que habían utilizado en la cámara de descompresión: Innis primero, luego Chaka y por último Tenok. Leonardo aguardó unos interminables segundos en los que nada ocurrió, hasta que el silencio de radio fue roto por Gutionov.

—¡Que alguien me explique qué mierdas es esto!

Un rosario de maldiciones siguió a aquella frase. Leonardo caminó extrañado en dirección a la luz, mientras escuchaba a Tenok llamarle por radio. Cuando entró en la habitación, vio a Innis en cuclillas, Chaka a su lado agitando enfurecido los brazos y Tenok subido en el techo, todos ellos iluminados por la fuente de luz: una barra de luz química, la misma que la exploradora había colocado como referencia. Leonardo examinó la sala; efectivamente, era la misma parte de la sección de ingeniería que habían explorado antes. Consultó el mapa en su *pad*; según este, se encontraban en un pasillo de acceso que llevaba directamente a la sala de mando, pero evidentemente no lo estaban.

—¿Dónde has aprendido a leer un mapa, viejo? —dijo Chaka—. Nos has tenido una hora dando vueltas como idiotas.

—No tengo explicación, Chaka... estos planos deben de ser incorrectos. Deberíamos estar llegando a la sala de mando...

—Pues tengo una noticia de última hora para ti. ¡No estamos en ninguna maldita sala de mando!

—Haya paz y sosiego, Chaka Gutionov —dijo Tenok—. No vas a obtener nada exaltándote.

—¿Qué no voy a obtener nada? ¡Voy a obtener la satisfacción de poder decir bien alto que este maldito viejo nos ha metido en una nave muerta y se ha perdido!

—¡Silencio! —El grito de Innis tuvo el efecto de hacer callar a Chaka, que se giró hacia ella con el rostro mudado de furia—. No digas nada más, Gutionov, y escucha bien lo que voy a decir. Leonardo no nos ha guiado mal. Hemos estado moviéndonos siempre en dirección norte y hemos bajado tres niveles desde que cruzamos por esta habitación.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—¡Algo muy sencillo, maldito indolente, y si tuvieras un poco de cerebro, te habrías dado cuenta! Es materialmente imposible que hayamos podido regresar a esta sala. —Innis miró a su alrededor—. Hay algo en esta cosmonave que retuerce las leyes de la física y nos ha hecho volver a esta habitación. No estamos solos aquí.

Leonardo examinó el rostro de Innis. La exploradora estaba tensa y apretaba sus labios; en su mirada podía ver nerviosismo y miedo, un miedo que estaba empezando a contagiársele.

—Consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, debe existir alguna falla en los planos que ha usado. No hay otra explicación.

—Los planos están bien, Tenok; nada de lo que hemos encontrado en el interior de la cosmonave los invalida. Todos los puntos de referencia que había determinado para nuestra ruta están donde se supone que debían estar.

—Y sin embargo, aquí nos encontramos —dijo Chaka, visiblemente más calmado.

—En esta situación, creo que debemos enfocar nuestros esfuerzos en salir de la cosmonave —dijo Tenok—. Los sucesos que están ocurriendo carecen de toda lógica, por lo que considero que tenemos que regresar y diseñar un nuevo curso de acción.

—No creo que la cosmonave nos deje —murmuró Innis, aferrándose a su rifle como si esperase un ataque inminente—. ¿No lo sentís? Nos observa, está jugando con nosotros...

—Es mi parecer que está errando en sus apreciaciones, exploradora Innis Sofka. Esta cosmonave es un ente inanimado y no podemos atribuirle inteligencia o intenciones. Desconozco la explicación para los sucesos que estamos experimentando, pero...

—Yo tampoco tengo explicación, Tenok —dijo Leonardo, tragando saliva—. Solo sé que no me he equivocado al seguir el mapa, y que para llegar de nuevo a esta sala tendríamos que haber dado una vuelta imposible. He leído algunas teorías especulativas según las cuales el espacio puede doblarse sobre sí mismo, pero jamás imaginé que lo experimentaría en persona. Antes de entrar en la *Ambición*, pensaba que encontraría respuestas, pero no esto. —Mientras hablaba, desenfundó su láser de mano y lo activó—. Tenemos que salir de aquí como podamos.

—Me encantas, Leo. Te equivocas con los mapas y de repente esta cosmonave es un monstruo maligno que juega con nosotros —dijo Chaka—. Muy bien, volvamos a casa, pero no intentéis por un minuto que me crea vuestra historia; el espacio no se puede doblar y las cosmonaves no tienen consciencia para jugar con sus pasajeros.

De repente, todos fueron conscientes del tirón de la gravedad sobre sus cuerpos. Tenok se dejó caer del techo y se unió a sus compañeros en el suelo. Las luces de la habitación se encendieron, parpadeando en varias ocasiones hasta que quedaron fijas; por el pasillo, podían ver como el resto de la sección se iba iluminando. Leonardo revisó su sensor portátil y las lecturas que volcaba en su *pad*, y un escalofrío recorrió su espalda, a pesar de la climatización del exotraje.

—Consejero, la vuelta de la gravedad y la iluminación... ¿es lo que me temo que es? —preguntó Innis.

—Me temo que sí. Nos encontramos en un campo gravitatorio artificial de 1,36 g, y hace apenas unos segundos, se ha registrado un pulso radioactivo de 600 rads. —Leonardo volvió a tragar saliva, pero no pudo porque tenía la boca seca—. Está reproduciendo lo que pasó hace cuarenta y tres años. Incluso está llenando estos corredores de aire respirable.

—Entonces...

—Si la pauta es la misma, después del sexto estallido radioactivo, la cosmonave desaparecerá y nosotros con ella.

Leonardo observó a sus compañeros, sintiéndose extrañamente tranquilo. Aunque volvía a estar en una situación con la que había tenido pesadillas durante años, no estaba preocupado. El breve conato de miedo que había tenido hace unos momentos había pasado y se encontraba calmado, analizando desapasionadamente lo que le ocurría como si fuese algo lejano que le pasaba a otra persona. Se sentía como si hubiera estado esperando que se produjera el pulso desde que entró en la cosmonave, y ahora que ya había tenido lugar, toda la tensión acumulada hubiera desaparecido.

En cambio, Innis estaba todavía más tensa. No apartaba el dedo del gatillo de su rifle láser y observaba constantemente los alrededores, pendiente de cualquier posible ataque. Podía ver su rostro preocupado a través del casco del exotraje y como cambiaba de postura cada pocos segundos, controlando su perímetro. Leonardo había visto a soldados en pleno combate con esa misma actitud.

La actitud de Tenok Pol era más difícil de interpretar. El aracnoide se encontraba al fondo de la sala, apoyado sobre seis patas y con sus dos láseres modificados en las dos extremidades restantes. El minúsculo pero constante balanceo de su cefalotórax arriba y abajo era el único signo exterior que podía apreciar Leonardo, aunque era incapaz de determinar su significado.

Finalmente, Chaka estaba mucho más tranquilo. Cuando se encendieron las luces había empuñado de nuevo su fusil, alerta ante lo que pudiera pasar, pero después lo había dejado de nuevo colgando de un enganche en su exotraje modificado, y ahora estaba apoyado en una pared, con sus brazos cruzados y mirando a sus compañeros.

—Eso sí que es una amenaza, Leo, ¿lo ves? Algo tangible y concreto que puede acabar con nosotros, mucho mejor que una cosmonave sentiente que intenta devorarnos. —Movi6 las manos en un gesto teatral—. Ahora marchémonos de aquí, pero esta vez déjame que yo decida el camino; así al menos no nos moveremos en círculos.

Innis volvió la vista airada hacia Chaka y estaba a punto de contestar cuando una voz desconocida apareció en el canal de radio que compartían, diciendo una sola palabra.

—Ayudaaa...

Leonardo notó como todos los vellos de su cuerpo se erizaban. Aquella era la voz de Melaru Tabua.

4. La cosmonave perdida

—Melaru ¿eres tú? ¿Me recibes? —preguntó Leonardo.

—¿Leo? Menos mal que has vuelto amigo, esto se está poniendo feo. Creo que la radiación me está afectando... ¿dónde te encuentras?

Innis hizo un gesto negativo con la cabeza a Leonardo.

—Estoy cerca de ti, Melaru. Sigue hablándome, concéntrate en mi voz. ¿Qué síntomas tienes?

—He estado vomitando, Leo, hasta la primera papilla. Y creo que tengo varias quemaduras en la piel... tío, me alegro de oírte, por un momento pensé que no lo contaba.

Mientras hablaba, Innis fue corriendo hacia la entrada sur de la sala con su rifle dispuesto a abrir fuego. Chaka la imitó, tomando su arma y yendo hacia la entrada norte, con lo que tenían cubiertas las dos entradas a la habitación donde se encontraban. Tenok permaneció en el centro de la habitación, con sus láseres dispuestos para apuntar a un lado u otro según fuera necesario, protegiendo al consejero. Leonardo siguió hablando en el centro de la habitación.

—Esos son síntomas de envenenamiento por radiación amigo, pero no te preocupes, podemos tratarlos. —Innis le indicó por gestos que continuara—. Sigue hablando, Melaru, cuéntame qué ha pasado desde que la capitana y yo te dejamos.

—Después de que cerré la compuerta, me senté en el suelo; no creía que os fuera a dar tiempo a llegar a la lanzadera y volver. Las luces comenzaron a hacer cosas extrañas y creo que me quedé traspuesto un momento. Cuando abrí los ojos de nuevo tuve unas nauseas tremendas y vomité varias veces. ¡Menos mal que ya no tenía puesto el casco! También sentía la piel caliente, por eso creo que tengo alguna quemadura por la radiación... ¿Dónde estás Leo? No es que esté en muy buen estado, pero puedo caminar en tu dirección si me indicas cuál es.

Los labios de Innis formaron claramente la palabra «No».

—Aguanta un poco colega... Estamos intentando abrir una escotilla para acercarnos hacia ti...

—De acuerdo Leo. —Melaru tosió con fuerza—. Solo no tardes mucho en llegar, no me siento nada bien, pero aguantaré. No pienso dejar que te quedes con el mérito de descubrir mi cosmonave. —Volvió a toser—. La *Ambición de Melaru*... Espero que hayas hecho lo que te dije, es mi nave y solo yo puedo ponerle nombre.

—No he podido hacer nada, Melaru. Hemos cogido el equipo que necesitábamos y hemos vuelto corriendo a por ti, ¿qué pensabas? ¿Qué te íbamos a abandonar?

—Sabía que no lo haríais Leo. La Legión no abandona a los suyos. Además, tú y la capitana sois las mejores personas con las que he trabajado y sabes que he estado en unas cuantas tripulaciones. ¿Capitana, está ahí?

—Ha tenido que quedarse en la *Estrella Fugaz*, amigo.

—¿Y con quién más has venido? ¿Addison? ¿Nasir? No, no me lo digas, seguro que Kacie está contigo. ¿Doctora, me oye?

Leonardo cerró los ojos. Sabía que aquella no podía ser la voz de su amigo, pero sonaba exactamente igual y conocía a los miembros de la *Estrella Fugaz*. Después de lo que habían experimentado en esa cosmonave, ¿qué suponían el tiempo y el espacio que los separaban? Estaba dispuesto a creer que, de alguna manera, Melaru había viajado en el tiempo cuarenta y tres años para ponerse al alcance de su radio. Abrió los ojos, para ver que la exploradora había desaparecido.

—¿Leo? ¿Dónde estás amigo? ¡No me dejes aquí!

—Tranquilo Melaru, estamos luchando con esta escotilla, parece que está atascada.

—¿Por qué no me contestas? Te he preguntado quién más está contigo. Es imposible que hayas regresado tu solo.

—Eso no importa ahora, amigo. Tan solo concéntrate en aguantar hasta que lleguemos. La ayuda está en camino.

—¡No juegues conmigo Leonardo! Te he hecho una pregunta muy sencilla y espero una respuesta. Sigo siendo tu superior, así que no me toques las narices.

—Hazme caso Melaru, será mejor que lo veas por ti mismo. Es difícil de explicar. —Leonardo aguardó la respuesta, pero esta no llegaba—. ¿Melaru? ¡Háblame!

Después de unos pocos segundos que le parecieron una eternidad, escuchó la voz de su amigo, apenas un susurro.

—Hay alguien más aquí, Leo... —escuchó un sonido seco, como de un golpe y la comunicación se cortó.

—¿Melaru? ¿Qué ha pasado? ¡Contesta!

—Me he encargado de él, consejero —dijo Innis a través de la radio—. Tranquilo, solo está inconsciente. Será mejor que vengan todos aquí, estamos al sur de su posición, en la tercera sala que encuentren.

En toda su vida, Leonardo no había corrido nunca tan deprisa como lo hizo en esos pocos metros. Llegó bastante antes que Chaka y Tenok, y encontró a Innis montando guardia al lado de un hombre inconsciente, tirado en el suelo. Lo reconoció al instante como Melaru, exactamente igual a como lo había dejado años atrás, con los mismos desgarros en el exotraje que recordaba. Se agachó a su lado y lo examinó con su sensor portátil, que confirmó lo que veía en la piel quemada y pelo caído de Melaru: sufría un envenenamiento masivo por radiación y si no recibía tratamiento inmediato, moriría. Se levantó y se dirigió hacia la exploradora.

—No era necesario que lo golpearas, Innis —dijo, en un tono más duro de lo habitual—. Este hombre...

—Este hombre ni siquiera debería estar aquí. —Interrumpió la exploradora—. En todo el tiempo que llevamos en esta cosmonave no hemos encontrado ninguna señal

de vida, excepto ahora, cuando queremos irnos, y es entonces cuando convenientemente aparece su amigo perdido hace décadas. Qué casualidad.

—No soy el mayor fan de Doña Alegre, pero tiene razón —dijo Chaka—. Este tipo no puede ser su amigo. Usted mismo vio estallar la cosmonave.

—Después de todo lo que estamos experimentando aquí, esto no sería tan raro. Hemos llegado a la misma habitación dos veces caminando en la misma dirección, así que estoy dispuesto a aceptar que, de alguna manera que no alcanzo a comprender, un hombre al que tuve que abandonar hace cuatro décadas sigue con vida e igual que lo dejé.

—Consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, créame que comprendo su razonamiento —dijo Tenok—. Una vez que aceptamos las imposibilidades, cualquier imposibilidad puede ser cierta. Pero incluso cuando las aceptamos, hay fundamentos que no pueden ser alterados. Da igual si ese hombre es o no su amigo, porque su existencia se halla próxima a su terminación; incluso yo, que puedo entrar en confusión cuando visualizo a un humanoide, puedo apreciar que su estado es crítico.

Lo peor era que Tenok tenía razón, por mucho que a Leonardo le costase reconocerlo. Melaru estaba más muerto que vivo y cualquier intento de trasladarlo en su delicada situación podría acabar con su vida. Además, todavía tenían que hacer frente al problema de los pulsos radioactivos; si se repetían de nuevo, ellos podrían sobrevivir, pero para su antiguo compañero supondrían una muerte dolorosa e inmediata. De todas formas, tenía que hacer algo. No podía dejar morir a Melaru, por lo que pasó el brazo por su hombro e intentó levantarlo. Lo consiguió, con bastante menos esfuerzo del que pensaba, y lo achacó a la desesperación.

—No importa su estado —dijo—, Melaru se viene con nosotros.

—Leo, no seas idiota —exclamó Chaka—. Es más grande que tú, no podrías avanzar más de doscientos metros cargando con él en gravedad normal. En esta gravedad aumentada caerás rendido antes de llegar al siguiente pasillo.

El consejero comenzó a caminar, arrastrando como pudo el cuerpo inconsciente de Melaru. Los demás se quedaron mirando cómo se movía cada vez con más dificultad; como había dicho Chaka, el legionario era más alto y pesado que él, y el esfuerzo que realizaba Leonardo era cada vez mayor. Finalmente, no pudo más y dejó que Melaru se deslizara de nuevo al suelo, donde se sentó a su lado con la respiración agitada.

—Consejero —dijo Innis—, si no maté antes a ese hombre, fue por la mínima posibilidad de que realmente fuera su amigo, pero ahora mismo eso nos da igual. Llevarle con nosotros solamente nos retrasaría, y mírelo bien; por Hanu, está más muerto que vivo. Tendría que haberle disparado antes y ahorrarle sufrimientos.

En ese momento, el cuerpo de Melaru comenzó a convulsionar. Leonardo intentó sujetarlo, pero los temblores eran demasiado fuertes y no pudo más que agarrar los brazos e intentar mantener el tronco de su amigo quieto. Los ojos de Melaru se habían puesto en blanco y comenzaba a expulsar espuma por la boca.

—¡Innis! Abre mi mochila y busca el botiquín. ¡Rápido!

La exploradora todavía no había comenzado a moverse cuando el estallido de un rifle láser inundó el corredor. Un agujero limpio y recién cauterizado de cuatro centímetros de diámetro había surgido en la sien izquierda de Melaru, cuyas convulsiones cesaron inmediatamente. Leonardo, que lo seguía sujetando, notó como el cuerpo de su amigo se relajaba y caía al suelo. Sorprendido, miró a su alrededor y vio a Chaka con su rifle apoyado en el hombro después de disparar. Se levantó y caminó lentamente hacia él.

—¿Qué demonios te crees que has hecho, Gutionov? —preguntó con voz fría.

—No te escandalices tanto, viejo —contestó Chaka soltando su rifle—. Me he ocupado de lo que ninguno teníais agallas para hacer, pero sabíais que era necesario. Le he dado una muerte limpia a tu amigo.

—¿Con qué derecho te crees para decidir? ¡Has matado a un hombre!

—¡Ese hombre ya estaba muerto! Le he evitado sufrimientos y nos he evitado a nosotros tener que cargar con él hasta nuestra cosmonave. ¡Sabes que he hecho lo correcto, así que nada de hipocresías! ¡Es nuestro pellejo el que está en juego!

—¡No tenías derecho a tomar esa decisión! —La mano de Leonardo se acercó a su láser de mano—. Ahora soy yo el que podría decidir evitarte más sufrimientos y pegarte un tiro...

Las luces parpadearon repetidamente y se apagaron durante unos segundos. Cuando volvieron a la vida, Leonardo dejó de lado su furia por un momento y comprobó las lecturas de su sensor portátil.

—Hemos tenido un nuevo pulso radioactivo de 1200 rads. Si siguen doblándose...

—¡Consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, mire!

El grito de Tenok hizo que todos dirigieran su mirada al lugar donde estaba el cadáver de Melaru, pero ya no estaba. El cuerpo de Melaru había desaparecido.

Innis bajó su rifle asombrada, y se acercó para examinar la zona. Nada indicaba que hacía menos de un minuto allí había habido un ser humano; el único rastro de su presencia era la marca en la pared del disparo de Chaka.

—Muy bien, esto está empezando a mosquearme. ¿Qué ha pasado aquí? —pregunto el contrabandista.

—Si antes el consejero leyó mal el mapa, igual es que tú ahora has disparado mal, y Melaru ha aprovechado la oscuridad para escapar —dijo Innis—. Yo lo haría para evitar estar cerca de un asesino.

—Exploradora Innis Sofka, esa hipótesis es altamente improbable. El disparo de Chaka Gutionov fue mortal; hemos podido ver la terminación de la vida de ese hombre, no ha podido levantarse. No hay explicación para este suceso que tenga lógica.

—Nada en esta nave tiene lógica ninguna —dijo Chaka—. Y cuanto antes salgamos de aquí, mucho mejor para todos. Yo voy a marcharme, el que quiera que

me siga.

—Chaka, no sé qué ha pasado aquí, pero no creas que esto ha terminado —dijo Leonardo—. Si salimos de aquí, tú y yo vamos a tener una conversación muy seria.

—Si salimos de aquí, no pienso tener ninguna conversación con nadie; me marcharé por mi camino y os dejaré con vuestra maldita cosmonave. Así os atragantéis con ella.

Comenzaron a caminar siguiendo a Chaka, que se orientaba con aparente facilidad por la cosmonave y seguía un rumbo decidido. Leonardo consultó disimuladamente su mapa y vio que su ruta los llevaría directamente a la *Antares*, que se encontraba a unos veinte minutos de camino. Imaginó que Gutionov habría descargado los mapas en su exotraje, aunque no había visto en qué momento. El contrabandista era un hombre de recursos, sin duda. Durante el siguiente cuarto de hora, caminaron por la cosmonave, con Chaka y Tenok en vanguardia y Leonardo e Innis por detrás, pasando de una estancia a otra con un rumbo definido. Leonardo estaba perdido en sus pensamientos cuando de repente chocó con Chaka, que se había quedado quieto.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó la exploradora, que iba detrás de él.

Leonardo apartó a Chaka, que no opuso resistencia y, por segunda vez en menos de una hora, se erizaron todos los vellos de su cuerpo. Frente a él se encontraba la sala de ingeniería donde habían estado ya dos veces, y en el suelo, la barra de luz química seguía emitiendo su fulgor. Miró a Chaka y en su rostro pudo observar la perplejidad del que está presenciando algo imposible.

—Ahora resulta que tú también lees mal los mapas. —Innis entró en la sala y miró desafiante a Chaka, que apartó la vista—. Tendremos que encontrar otra forma de movernos por esta cosmonave.

—No comprendo qué ocurre, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico. En esta ocasión, he estado comprobando el camino que seguíamos y nos hemos alejado siempre de esta habitación. No teníamos que estar aquí, es una imposibilidad.

—Yo tampoco sé qué está pasando, Tenok —respondió Leonardo—. Ojalá lo supiera, así podría intentar encontrar el modo de salir de esta cosmonave, pero parece que, sigamos el camino que sigamos, siempre venimos a parar a esta habitación.

En ese momento, una voz ya familiar sonó por la radio.

—¿Leo? ¿Eres tú?

Todos se quedaron mudos de asombro y temor al escuchar de nuevo la voz de Melaru Tabua en sus comunicadores. Gutionov fue quien más nervioso se puso; agarró su rifle y apoyó su espalda contra la pared, apuntando nerviosamente de un lado para otro.

—¿Me oyes? ¿Leonardo? Dime que eres de verdad y no una maldita alucinación.

—Melaru... —dijo Leonardo—. ¡Estás vivo!

—No por mucho tiempo si no vienes a rescatarme amigo; te juro que pensaba que a la capitana y a ti no os daría tiempo a llegar a la *Estrella Fugaz* y volver. ¿Dónde

estás? Dime y me acercaré a vuestro encuentro; no estoy en plena forma, pero puedo moverme.

—¿Qué dices, Melaru? ¿No recuerdas nada?

—Bueno, me he quedado un poco traspuesto después de que os marcharais, pero no ha podido ser más de una hora. Me he despertado fatal, con vómitos y sintiendo quemazón en la piel... Creo que si hubieras tardado un poco más, ya no lo contaba.

—Escúchame —dijo Leonardo—. Hace unos minutos nos hemos encontrado contigo y hemos estado hablando por radio. ¿No recuerdas nada de eso?

—Leo ¿de qué estás hablando? —La voz de Melaru tembló—. ¡Tío, me estoy muriendo y tú me vienes con esas! ¿Qué clase de broma macabra intentas hacer?

—No es ninguna broma. —Mientras hablaba, comenzó a caminar en dirección al corredor donde Innis había encontrado antes a Melaru—. Es la segunda vez que hablo contigo por radio, te lo juro. No tengo una explicación lógica, no sé qué es lo que pasa, pero sí te digo una cosa: estoy caminando hacia ti, amigo, aguanta.

Leonardo no se fijó en si lo seguían o no, preocupado por la salud de su antiguo compañero. Tampoco pensó en lo imposible de la situación, únicamente tenía la mente fija en llegar junto a su amigo, sentado en el suelo. Cuando lo hizo, no importó que ya lo hubiera visto antes; el impacto emocional de reencontrarse con él después de cuatro décadas fue igual que antes, o incluso mayor, pues cuando se agachó para abrazarlo, Melaru le devolvió el abrazo.

—¿Qué te ha pasado Leonardo? ¿Por qué estás tan viejo?

—Es una larga historia, colega. —Se soltó la mochila y sacó el botiquín—. Pero puede esperar, lo más importante es intentar estabilizar tu estado. —Cogió la pistola inyectora y buscó una cápsula de radioprotector; quizás no sirviera de nada en el estado tan avanzado de Melaru, pero era mejor que nada; también cogió una cápsula de sedante y le inyectó las dos en rápida sucesión—. Con esto te sentirás mejor.

El alivio en la cara de Melaru era claramente visible, y sus ojos brillaron a medida que los medicamentos hacían su efecto. Se reclinó contra la pared y miró fijamente a Leonardo; este aguantó unos segundos y después apartó la vista de la cara de su amigo, cubierta de quemaduras por la radiación.

—Mírame Leo. Ya sé que debo tener una cara horrible, pero nos hemos visto en peores situaciones y hemos salido airosos. Siempre lo hemos conseguido cuando hemos confiado el uno en el otro, así que cuéntame que está pasando y por qué pareces mi abuelo.

Leonardo miró a Melaru, deseando poder sincerarse con él. Pero muy en el fondo sabía que aquel no podía ser su amigo; aceptar que lo fuese supondría quebrar la estabilidad del universo que conocía y no podía hacerlo. Simplemente, no era capaz de asumirlo. Era más fácil distanciarse, pensar que no era Melaru y seguir buscando la forma de escapar de aquella cosmonave. ¿Entonces, por qué sentía que estaba traicionándolo?

—Es una historia muy larga y ahora mismo no tenemos tiempo. Lo importante es que estoy ahora contigo y juntos vamos a salir de aquí.

—Está bien Leo, te dejaré que lleves la fiesta a tu modo. —Melaru se lamió los labios resecos—. ¿Con quién más has venido, con Addison? ¿Kacie? ¿Nasir? ¿Dónde te has dejado al resto del equipo?

—Ninguno de ellos está aquí, amigo. El equipo es bastante más variopinto de lo que podrías pensar. —Leonardo miró al corredor y vio a Innis, Chaka y Tenok, aguardando; Melaru miró en la misma dirección e intentó levantarse, aunque sus débiles piernas no pudieron aguantar el peso—. ¡Tranquilo, Melaru! Aunque no lo parezcan, son aliados. El zor-huano es Tenok Pol, un edil del Cuerpo; la mujer es la exploradora Innis Sofka de la Autarquía Jikka, y el hombre del rifle es un contrabandista llamado Chaka Gutionov. Te disparó a la cabeza hace unos minutos.

—Leo, esto no tiene la más mínima gracia. ¿Dónde está la *Estrella Fugaz*? ¿De dónde ha salido esta gente? —Melaru retrocedió a rastras con los ojos abiertos de miedo y su respiración cada vez más agitada—. Esto es otra alucinación, ¿verdad? Ahora las recuerdo... ¡Es esta maldita cosmonave!

—Melaru, tranquilízate. No es ninguna alucinación, yo soy real y ellos también lo son. —Leonardo omitió decir que no estaba seguro de si su antiguo compañero era real—. Cálmate y podremos llegar al fondo de todo esto.

—Es otro truco, intentas engañarme. —Melaru comenzó a llorar entrecortadamente—. Ocurre lo mismo una y otra vez. Me despierto y estoy solo y no recuerdo nada. Unas veces muero agonizando. Otras veces encuentro otros seres atrapados como yo. Y otras son ellos los que me encuentran a mí. Y entonces me vuelve la memoria y siempre vuelve a empezar. No puedo más, Leonardo, ya no puedo más. Que pare ya, por favor, que pare. Haz que pare...

Las luces comenzaron a parpadear y Leonardo agarró la mano de su amigo. Por un instante, los ojos de ambos se cruzaron. El consejero pudo ver entonces el dolor y la desesperación de la mirada de Melaru, el dolor de alguien que no ha sido capaz de descansar en más de cuarenta años y la desesperación de quien no es capaz de ver una salida a su propio infierno. Apretó fuerte la mano para no soltarlo y que su viejo amigo notara que él estaba allí, que todo saldría bien. Leonardo creyó ver en sus ojos un breve destello de esperanza...

Y Melaru desapareció.

Leonardo parpadeó asombrado. Un segundo estaba sujetando la mano de Melaru y mirándolo a los ojos, y al segundo siguiente, se había desvanecido. Su mano se había cerrado en un puño al desaparecer la mano de Melaru y la miró incrédulo. Estaba delante de él y de repente ya no estaba. Cuando Innis se agachó a su lado, ni siquiera le prestó atención. La exploradora pasó la mano por delante de sus ojos, pero no reaccionó.

—Está conmocionado.

—No me extraña —dijo Chaka, aferrándose a su arma—. Si yo estuviera sujetando a un amigo y desapareciera así delante de mí es lo menos que podría ocurrirme, te lo aseguro.

—Debemos centrarnos, Chaka Gutionov, Innis Sofka. El sensor de mi exotraje no da lugar a equivocación. La intensidad de este último pulso radioactivo ha experimentado una incrementación hasta los 2400 rads. Si continúa en esta progresión geométrica, el siguiente pulso alcanzará el límite de tolerancia de nuestros exotrajes, y el siguiente a ese supondrá la terminación de nuestra existencia. En estos momentos, el consejero Leonardo Sonnenborn-Rico sufre una incapacitación y no puede tomar decisiones, así que somos nosotros los que debemos hacerlo. El objetivo primero y principal es salir de aquí.

—Estoy totalmente de acuerdo Tenok. Pero no sé cómo podemos salir de aquí. —Chaka miró en su *pad* los planos de la *Ambición de Melaru*; el virus que el ordenador del *Bribón* introdujo en el *Antares* cuando conectaron le había permitido descargar toda la información sin que nadie se diera cuenta (nunca está de más tener un as en la manga)—. Orientarse a través de estos planos no es posible, ya hemos visto a dónde nos traen.

—Es la cosmonave —dijo Innis—. Actúa como cualquier otro depredador; ha dejado que nos adentremos en su territorio y luego ha cortado nuestra vía de escape.

—Disiento, Innis Sofka —dijo Tenok mientras balanceaba su cefalotórax arriba y abajo—. No voy a conceder a esta cosmonave inanimada el beneficio de la consciencia. Y si así fuera, no podría dar afirmación de que es un depredador; los depredadores atacan y devoran a sus víctimas movidos por pulsiones primarias como el hambre. Esta cosmonave está jugando con nosotros y en mi experiencia vital como miembro del Cuerpo, eso solo lo hacen los asesinos.

—Gracias por las palabras de ánimo, Tenok. No sé qué es mejor para mi tranquilidad, una cosmonave depredadora o una cosmonave asesina.

—Déjese de bromas, Gutionov —exclamó la exploradora—. Tenok tiene razón, tenemos que centrarnos en buscar una salida, o estar listos para luchar si es necesario.

—¡Está bien, está bien! Maldita sea la hora en que saltó la alarma de mi sensor de aproximación. —Chaka dio una patada a la pared—. Si alguna vez vuelvo a encontrarme una cosmonave perdida, juro que pasaré de lar...

Gutionov quedó en silencio y Tenok se acercó a él.

—¿Le ocurre algo Chaka Gutionov? ¿Está su salud en óptimas condiciones?

—Lo tengo Tenok, ya sé cómo salir de aquí —se giró y agarró por los hombros a Innis—. ¡La sonda sigue aquí! Con todo lo que nos ha pasado la había olvidado...

—¿De qué nos va a servir eso, Gutionov? —La exploradora se apartó bruscamente—. No podemos contactar con ella y tampoco podemos llegar hasta ella. Quién sabe en qué lugar de esta maldita cosmonave se encuentra.

—Entonces tendremos que hacer que venga hasta nosotros. Podría mandar un programa de búsqueda, pero necesito más potencia y no la tenemos. —Chaka

caminaba mientras hablaba, cada vez más excitado—. ¡Pero sí la tenemos! Si Leonardo tiene el equipo necesario en su mochila...

Chaka le quitó la mochila al consejero y echó sus contenidos sobre el suelo. Además del botiquín, llevaba un paquete de herramientas y un kit de supervivencia, pero lo que más interesaba a Gutionov era el equipamiento científico. Revisó cada uno de los aparatos que había en el suelo, hasta que finalmente se levantó con uno de ellos.

—¡Sí, aquí está! Este polarizador de partículas nos servirá. —Gutionov desmontó el *pad* de su antebrazo, lo colocó en el suelo y lo abrió—. Puede que vosotros no lo sepáis pero el polarizador, que normalmente se usa para eliminar residuos en líquidos, puede aumentar también la potencia de un emisor portátil de hiperonda. El truco está en invertir la polaridad y que no te importe que queden destrozados después. Esto es un truco que solo puede usarse una vez.

Mientras hablaba, Gutionov continuó manipulando el *pad* hasta dejar a la vista el minúsculo circuito que controlaba el emisor de hiperonda de su traje. Cogió el polarizador y lo abrió para modificar la configuración de polaridad. Una vez que quedó satisfecho, lo cerró de nuevo y preparó en su *pad* la orden programada que iba a transmitir y que, si todo iba bien, sería recibida por la sonda que seguía vagando por la cosmonave.

—Creo que ya está.

—¿Y a qué esperas? —dijo Innis—. ¡Actívalo!

Gutionov accionó el polarizador y, con mucho cuidado, lo acercó al circuito del emisor. Accionó la orden programada y aplicó el polarizador sobre el circuito, que empezó a echar humo. A los pocos segundos, estalló en una minúscula llama y Gutionov soltó el polarizador, que también se había sobrecalentado.

—Listo. Si ha funcionado, la sonda viajará a esta posición. Tan solo nos queda esperar. Y de paso, intentar espabilar a Leo.

Leonardo seguía de rodillas en la misma posición que hace unos minutos, con su mente intentando asimilar lo que había visto. Tenok lo sujetó por los hombros con dos de sus patas e intentó ponerlo de pie, pero sus piernas cedieron y quedó en el suelo.

—No me gusta la situación del consejero Leonardo Sonnenborn-Rico. Parece que su consciencia se encuentra impresente. En esas condiciones, va a ser difícil proceder con su evacuación.

—Si es necesario lo llevaré a cuestas, tampoco pesa tanto —dijo Innis.

—Si no aparece la sonda, da igual que cargues o no con él; no nos queda otra que esperar —dijo Chaka.

—¿Esperar qué? ¿Quiénes sois?

Al escuchar aquella voz, se giraron instintivamente. No procedía de su canal de radio, estaba allí en aquel corredor. Incluso Leonardo reaccionó al sonido de la voz,

girando la cabeza para ver a un redivivo Melaru Tabua tumbado en el suelo del pasillo, con un láser de mano apuntándolos.

—¿Quiénes sois? —repitió, con voz cansada.

—Saluciones, teniente Melaru Tabua. Soy Tenok Pol, edil del Cuerpo en el sector 4182. Me encuentro a bordo de esta cosmonave en misión de asistencia y ayuda al consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, al que creo que conoces...

—Prueba una historia diferente, bicho. El Leonardo que yo conozco es oficial científico de la nave de la Legión *Estrella Fugaz*, y entre sus aspiraciones te aseguro que no está el ser miembro del Consejo.

—Han pasado unos cuantos años, Melaru, ya no soy el mismo que conociste. —Leonardo se puso de pie con esfuerzo y se adelantó—. Por favor, amigo, baja el arma, tenemos mucho que hablar y muy poco tiempo.

—¿Leonardo? ¿Eres tú de verdad? ¿Qué te ha pasado?

—No me ha pasado nada, tan solo los años. —Escuchar la voz de su antiguo compañero había servido para sacar a Leonardo de su estado, y se sentía extrañamente decidido; sabía qué tenía que hacer—. Baja el láser, te contaré todo.

—¿Dónde está la capitana Prescott, Leo? —Los ojos de Melaru se llenaron de lágrimas—. Solo cerré los ojos un momento, no ha podido pasar más de una hora desde que os marchasteis.

—Hay algo extraño en esta cosmonave. —Leonardo se sentó a su lado y tomó el láser de sus manos—. La capitana Prescott y yo conseguimos escapar de ella, hace cuarenta y tres años, y vimos cómo se desintegraba. No sé cómo ni por qué, pero ha vuelto a aparecer y estábamos explorándola cuando apareciste tú.

—¡Cuarenta y tres años! ¿Cómo es posible?

—No lo sé, Melaru. Desde que subí de nuevo a esta cosmonave no han dejado de pasar cosas para las que no tengo explicación. Entre ellas, tu aparición. Es la tercera vez que me encuentro contigo.

—No vayas tan deprisa, Leo. —Melaru se secó las lágrimas y su gesto se volvió más resolutivo—. Explícame qué ha ocurrido, desde el principio.

Aquella petición era más propia del Melaru que recordaba Leonardo; le hizo un rápido resumen de todo lo que les había pasado desde que subieron a la cosmonave. La expresión de Melaru se mantuvo impassible incluso cuando le contaron cómo había sido disparado por Gutionov y cómo había desaparecido en su segunda «encarnación». Finalmente, Leo paró de hablar y miró a su amigo, que lo observaba seriamente, hasta que al final habló.

—¿Qué has fumado, Leonardo? Quiero un poco de esa mierda.

Melaru y Leonardo comenzaron a reír a carcajadas, liberando toda la tensión que tenían acumulada. Chaka no pudo evitar contagiarse y rio con ganas. Innis tan solo sonrió, mientras montaba guardia. Tenok se limitó a mirarlos con curiosidad.

—Eres un cabrón, Leo; me estoy muriendo y tú quieres matarme de risa. Si esa historia es cierta, estamos en un lío de los gordos.

—Es una manera muy diplomática de definirlo —dijo Chaka—, pero tenemos una posibilidad de salir de aquí. Mientras Leo estaba ido, busqué en su mochila un polarizador de partículas, que me sirvió para sobrecargar el emisor de hiperonda de mi exotraje y mandar un mensaje a la sonda de mi cosmonave. Tiene que estar a punto de llegar y cuando esté aquí podemos usarla como medio de transporte para salir.

—¡La sonda! ¡Pues claro, teníamos que haberlo pensado antes! Eres un hombre de recursos, Gutionov, enhorabuena —dijo Leonardo—. Por curiosidad, ¿cómo has descubierto ese uso de los polarizadores de partículas?

—En mi campo de trabajo hay que improvisar bastante a menudo; no siempre podemos tener el equipamiento que necesitamos, así que hay que buscar usos alternativos para todo.

—Una política muy sabia —dijo Melaru, levantándose con esfuerzo—. ¿Y cuánto tardará esa sonda en llegar aquí?

—No tendría que tardar mucho. Si no me equivoco, y esta sala sigue estando donde los mapas dicen que está, debería aparecer en cualquier momento, por allí. —Gutionov giró mirando los planos y terminó apuntando a una pared al final del pasillo—. Aunque esa pared parece bastante sólida, igual tiene que dar un rodeo.

—No podemos perder más tiempo —dijo Innis—. Apartaos todos de ahí.

La exploradora abrió un compartimento de su cinturón y sacó un módulo que acopló a su rifle láser. De otro bolsillo, extrajo cuatro pequeños objetos que fue introduciendo en el módulo recién instalado.

—Recomiendo precaución, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico. —Tenok uso una de sus extremidades para hacer retroceder a Melaru y Leonardo—. Parece que Innis Sofka venía preparada para cualquier eventualidad; esos objetos son granadas antorianas de impacto, altamente peligrosas. Mi recomendación es que se pongan a cubierto.

La exploradora apoyó el rifle en el hombro y se plantó a una distancia prudencial de la pared que había señalado Gutionov. Respiró lentamente y apuntó al lugar donde calculó que la granada podría hacer más daño estructural, en el punto donde la pared se unía al suelo. Exhaló el aire y accionó la palanca del módulo lanzador.

La explosión causada por la granada fue mucho más potente de lo que esperaba y la onda expansiva habría lanzado a Innis para atrás si no hubiera estado firmemente sujeta por las suelas magnéticas de su exotraje. El agujero así creado afectaba a la pared y al suelo, y cuando el humo se disipó, pudieron ver otra habitación llena de trozos de metal retorcido lanzados por la detonación. Sin moverse, Innis lanzó otra granada por el agujero hasta la pared del fondo de esa sala y la nueva explosión produjo otro boquete de considerable tamaño, que comunicaba con un corredor que antes no habían visitado.

—¿Crees que será suficiente, Gutionov? —preguntó la exploradora.

—Creo que sí; si no, siempre podemos hacer otro agujero. Con un poco de suerte, la sonda encontrará su camino por ahí.

Leonardo sonrió; por fin parecían tomar la iniciativa. Se giró para hablar con Melaru, que estaba apoyado sobre una pared, con la mano sobre la cara y la mandíbula apretada como si sufriera la peor de las migrañas. Se acercó a él y lo sujetó por los hombros.

—Aguanta, Melaru, aguanta. Ya estamos a punto de salir.

—No lo entiendes, Leonardo —dijo, hablando con dificultad—. Habéis cabreado a la cosmonave.

—¿Qué quiere decir, teniente Melaru Tabua? —preguntó Tenok.

—Están volviendo mis recuerdos... estamos en peligro.

De repente, el suelo bajo sus pies tembló violentamente. No llegaron a caerse, pero tuvieron que apoyarse en la pared. Tenok se afianzó con todas sus extremidades.

—¿Qué ha sido eso?!

—Eso es la cosmonave desperezándose, Gutionov... o más bien la inteligencia que la maneja, si es que podemos definirla como inteligencia.

—Melaru, creo que ahora eres tú quien tiene que explicarse —dijo Leonardo.

—Es difícil de explicar, Leo... Cuando os marchasteis, quedé atrapado en la cosmonave cuando volvía a... ¿Has pescado alguna vez? Piensa en esta nave como un anzuelo con cebo, un anzuelo lanzado por seres de una dimensión diferente a la nuestra. Durante cientos de años han tirado el anzuelo aquí y allá en nuestro cosmos, capturando todo tipo de presas, yo incluido. —Los ojos de Melaru brillaron, casi febriles—. Cada vez que recuperan su anzuelo lo desmaterializan y después vuelven a reconstruirlo, pero nunca es exactamente igual. Quién sabe cómo dieron con el modelo original de la cosmonave o lo que hicieron con ella y sus tripulantes. En mi caso, desmaterializaron la cosmonave conmigo dentro, no sé si por error o como un macabro experimento...

Melaru hablaba y la atención de todos estaba fija en él, por lo que ninguno se fijó en que las luces de los pasillos más alejados se estaban apagando.

—Cuando rehacen la nave, yo formo parte de la estructura que reconstruyen. Una y otra vez despierto de nuevo en esta maldita cosmonave, a punto de morir de envenenamiento radioactivo. —Melaru hablaba cada vez más deprisa, como si fuera lo único que lo mantuviera con vida—. Y cuando muero, la cosmonave nota que le falta algo y me rehace otra vez... Cuando despierto, mi memoria no está completa, pero a medida que pasa el tiempo recupero los recuerdos, como ahora. Es un infierno, Leonardo, pero hay cosas mucho peores. A veces, me rehacen cuando la cosmonave está en la otra dimensión y aquello sí que es el infierno. Un abismo de colores extraños, ángulos que no se corresponden con nuestra geometría y seres tan profundamente alienígenas que solo nos consideran curiosidades científicas sin valor. —Agarró a Leonardo—. ¡La Unión está en peligro, tienes que avisar a la Legión, al

Cuerpo, a quien sea! Están ahí, estudiándonos ¡y cuando consideren que saben lo suficiente pasarán a nuestra dimensión y todo arderá!

Las luces iban apagándose alrededor del corredor en donde estaban. O quizás sería más adecuado decir que la oscuridad estaba rodeándolos, pero no se daban cuenta, pendientes del relato de Melaru.

—Ven con nosotros —balbuceó Leonardo—. Buscaremos un modo de ayudarte y curarte.

—Ya es tarde para mí, Leo. Morí hace mucho tiempo, lo que necesito ahora es que te encargues de darme sepultura. —Agarró las manos de su amigo—. Destruye esta maldita cosmonave, Leonardo. Hazlo antes de que recojan el anzuelo. Solo así podré descansar.

—Lo haré, Melaru, te lo juro.

Quizás Leonardo había hablado demasiado pronto, pero no iba a defraudar a Melaru. Encontraría la forma de destruir la cosmonave aunque fuera con él dentro. Entonces vio la expresión de pánico en los ojos de su amigo.

—¡Corred! ¡He visto antes esa oscuridad, no dejéis que os coja!

En ese momento, todos fueron conscientes de la negrura que los estaba rodeando. Era una materia extraña que absorbía toda luz, apareciendo a sus ojos como del negro más absoluto; se desplazaba lentamente como si fuese un líquido viscoso, y ya había taponado una de las salidas del corredor en que se encontraban. Los agujeros que habían abierto las granadas de Innis seguían libres así que allí se dirigieron, pero Melaru quedó atrás, sin moverse.

—¡No! —gritó Leonardo—. Vuelve con nosotros, encontraremos la forma de ayudarte. ¡No te rindas!

—No te preocupes, Leo, ya estoy muerto. Pero volveré a morir si no consigues destruir la cosmonave. Destruyela, amigo; hazlo por mí.

Con esas palabras, Melaru se giró y caminó dentro de la negrura, desapareciendo por completo con un leve siseo. Leonardo tragó saliva.

—Consejero Leonardo Sonnenborn-Rico, creo que deberíamos hacer caso al consejo del teniente Melaru Tabua y salir de aquí.

Sin mirar atrás, Leonardo corrió junto con Tenok al encuentro de sus compañeros, que lo estaban esperando en el boquete creado por las granadas. Los cuatro se apresuraron por el camino abierto por las explosiones, sorteando los trozos de metal y escombros. Finalmente, llegaron al corredor que habían visto antes, un gran pasillo que se extendía a izquierda y derecha durante decenas de metros.

—¿En qué dirección debemos ir, consejero? —preguntó Innis.

—No lo sé... Podría consultar los planos, pero no tiene sentido ya. —Detrás de él, la negrura se acercaba, más rápido que antes—. ¿Por dónde va a venir la sonda?

—Ehh... por allí —contestó Chaka señalando a la derecha.

—¿Estás seguro?

—¡Por supuesto que estoy seguro, seguidme!

Chaka comenzó a correr a la derecha y los demás lo siguieron. Cuando llevaban unos treinta metros, Leonardo miró por encima de su hombro y vio como la negrura ya había llegado a aquel pasillo y estaba expandiéndose. Si el contrabandista se había equivocado, estaban condenados.

Llegaron al final del pasillo y entraron en un espacio mucho más grande. Debía de haber sido una sala de reuniones, pues una mesa grande y con diseños elaborados presidía la estancia, con varias sillas elegantes dispuestas alrededor. Si hubiesen tenido más tiempo, habrían explorado esa habitación, pero la negrura que los perseguía no admitía tregua. Salieron por el otro lado de la sala a un nuevo corredor en curva.

—¡Gutionov! —dijo Innis mientras corrían—. Si este camino no nos lleva a la sonda, te mataré personalmente antes de que esa cosa nos alcance.

—Te diré una cosa, Sofka —contestó sin dejar de correr—. Si no encontramos la sonda, te agradeceré que me mates, y si no lo haces tú, lo haré yo mismo. Cualquier cosa antes que acabar como ese pobre diablo de Melaru.

Leonardo escuchó el intercambio por el canal de radio y pensó con tristeza que Gutionov tenía razón. En el caso de que todavía estuvieran en aquella cosmonave cuando se desmaterializara, podrían correr la misma suerte que Melaru. Hace tan solo cuatro horas habría tomado por loco a cualquiera que le contase una historia sobre seres de otra dimensión actuando en la nuestra, pero después de todo lo que había vivido en la cosmonave ya no le cabía duda de que su amigo, o más bien la copia de su amigo, le estaba diciendo la verdad. El Gran Consejo tenía que conocer aquella información.

Si lograban escapar con vida, claro está.

Por delante de él, Innis y Chaka seguían corriendo; cada pocos metros, este último se quedaba parado examinando las lecturas que aparecían en la pantalla de su casco, soltaba una maldición y continuaba corriendo. Habían atravesado cuatro salas más y la negrura estaba cada vez más cerca. De repente, se paró y dio un salto de alegría.

—¡Al fin! Sofka, necesito que lances otra granada en esa dirección.

La exploradora apuntó y disparó en la dirección indicada. La onda expansiva de la explosión hizo que Leonardo tropezara, y Tenok lo ayudó a levantarse. Detrás de ellos, a apenas una decena de metros, la negrura continuaba persiguiéndolos. Por delante, el agujero creado por la explosión conectaba con una especie de invernadero, pero ya no había ninguna planta en las macetas. Lo que sí había, flotando entre las lámparas, era la sonda que Chaka había lanzado dos días atrás.

—¿Por qué no nos dijiste que tenías un sensor para detectar la sonda? —preguntó Innis.

—¿Por qué no os fiáis de mí? —contestó a su vez el contrabandista.

Leonardo y Tenok los siguieron y entraron en el invernadero. A una orden radiada de Gutionov, la sonda se posó en el suelo; el contrabandista abrió un panel y comenzó

a modificar la programación de la misma.

—Estoy confundido, Chaka Gutionov, creía que habías mandado una orden a la sonda para que acudiera a nuestra posición.

—Y así lo hice Tenok, pero introduje una subrutina para que, si encontraba el camino bloqueado, se quedara en espera; no quería ir por un camino y que la sonda fuese por otro. —Los dedos de Chaka volaban sobre el teclado—. Si hacía falta, podía usar los sensores de mi exotraje para localizarla, como así ha ocurrido. Ahora la usaremos para propulsarnos por la nave hacia el hangar y esperemos que no le ocurra como antes a nosotros. Al menos iremos mucho más rápido.

—¡No! —exclamó Leonardo.

—¿Cómo qué no? ¿Qué le ocurre consejero? ¿Quiere quedarse aquí y esperar a esa... oscuridad? —preguntó Innis.

—Claro que no, exploradora. Pero no debemos volver al hangar, eso nos llevaría a través de esa cosa que nos sigue. ¿Puedes hacer que recorra en sentido inverso el camino que ha seguido hasta aquí, Chaka?

En ese momento, las luces parpadearon nuevamente, durante unos interminables segundos en los que Gutionov siguió tecleando como un poseso. Al finalizar, Leonardo comprobó las lecturas de radiación y abrió los ojos aterrorizado: 4800 rads.

—Estamos en el límite de tolerancia de los exotrajes. Debemos salir de aquí cuanto antes. ¿Chaka, puedes hacer lo que te he dicho?

—No solo puedo, sino que ya lo he hecho. —Cerró el panel y se puso de pie—. Tenemos que prepararnos bien. La sonda va a desandar el camino andado en estos dos días a la máxima velocidad posible. Tendremos que anclarnos unos con otros...

—Permíteme, Chaka Gutionov. —Tenok se puso encima de la sonda y activó los anclajes magnéticos de la parte inferior de su exotraje para sujetarse a la parte superior de la sonda; un sonido seco indicó que la unión se había completado—. Hagan el anclaje en la sonda; para una mayor seguridad la rodearé con mis extremidades y así podrán realizar una sujeción más firme.

—Vamos a ir muy deprisa, Tenok —dijo Chaka—. ¿Estás seguro? No querría que perdieras una de tus patas...

—No provoque pérdidas de tiempo, Chaka Gutionov. No tenemos mucho.

La negrura ya estaba entrando en el invernadero, y cada vez iba más deprisa. Leonardo ancló sus suelas magnéticas en la sonda y, quedando de rodillas, abrazó con todas sus fuerzas una de las extremidades de Tenok. Innis y Chaka hicieron lo mismo, y este último mandó la orden a la sonda para que ejecutase el programa.

Con un leve zumbido, la sonda se elevó cargando con los cuatro expedicionarios y comenzó a moverse siguiendo el rumbo contrario al que le había traído al invernadero. Aunque al principio el movimiento de la sonda fue lento, comenzó a acelerar cada vez más propulsada por su pequeño motor de impulso, y pronto alcanzó una gran velocidad, la suficiente para dejar atrás por completo a la negrura.

Leonardo había quedado mirando al frente y se vio incapaz de calcular la velocidad que estaba alcanzando la sonda, que seguía su recorrido con computarizada eficiencia, doblando esquinas, entrando en corredores y pasajes de ventilación, y recorriendo largos pasillos, de los que solo podía ver breves destellos. Después de un par de minutos de giros y contragiros, el consejero se sentía ya un poco mareado, pero se forzó a aguantar sujeto a la pata de Tenok, y deseó poder aguantar hasta el final del viaje.

—¿Alguien puede ver a dónde vamos? —pregunto Chaka por el canal de radio.

—Vamos muy deprisa para poder apreciarlo, Chaka Gutionov. Mis calculaciones dicen que estamos moviéndonos a una media de entre veinte y veinticinco metros por segundo.

—¡Eso es muy lento! ¡Nos está alcanzando! —dijo Innis.

—¡¿Qué?!

Tan solo la exploradora, que había quedado mirando hacia atrás, se había dado cuenta, pero la negrura los perseguía. Ya no era un líquido viscoso y espeso moviéndose despacio, sino una corriente fétida que inundaba todo a su paso.

—¡Esa cosa, la negrura, nos está siguiendo! ¡Y cada vez está más cerca!

—¡La sonda no puede ir más rápido hasta que llegue a espacios más grandes! —exclamó Gutionov—. ¡Las curvas y los giros no permiten mantener la velocidad máxima!

—Intentaré ponerle freno —dijo Tenok.

El aracnoide retrajo con gran esfuerzo una de sus extremidades y cogió su láser de mano, con el que apuntó sin mirar. El rayo láser perforó por un instante la negrura, pero al momento volvía a estar intacta. Tenok disparó un rayo más continuo, pero el efecto era el mismo: la negrura volvía a rellenar el hueco creado por el láser.

—¡Es inútil, Tenok! —dijo Innis—. ¡El láser destruye una parte, pero se regenera!

—¿No puedes lanzarle una granada? —preguntó Leonardo.

—¡Solo me queda una! ¡No podemos malgastarla!

Mientras hablaban a voz en grito, la sonda seguía desandando el camino que había recorrido, modificando su velocidad según lo necesitaba. En los corredores más largos, aceleraba y cuando debía tomar curvas, frenaba. Pero siempre, pegada a ellos, les perseguía la negrura. Leonardo no quería mirar hacia atrás, así que concentraba su visión en el frente. Esto le daba una razón para concentrarse y evitar que el mareo fuera a más. Cuando entraron en una sala amplia, el giro realizado por la sonda mientras enfilaba en su nueva dirección, le permitió ver un mural en el que un humanoide alzaba sus brazos.

—¡Estamos en la sala del culto a Hanu! —Eso eran buenas noticias, ya habían hecho un poco más de la mitad del camino, solo debían resistir un poco más.

—¡No podremos aguantar hasta el final! ¡Esa cosa se nos viene encima! —dijo Innis.

Leonardo arriesgó un vistazo atrás y lo que vio le heló la sangre. La negrura se había convertido en un torrente furioso que arrasaba todo a su paso. Aquello ya no tenía nada que ver con el muro casi inmóvil que había terminado con Melaru; era un frenético caudal de maldad en movimiento que les perseguía sin descanso.

—¡Usa la granada! —dijo Chaka—. ¡No tenemos otra opción!

—¡Pero tenéis que avisarme, no puedo lanzarla de cualquier manera! Necesitamos un pasillo, cuando la sonda acelera nos separamos. ¡Si es demasiado cerca, la explosión nos alcanzará!

—¡Tenok! ¿Puedes avisar a Innis para lanzar la granada? —preguntó Leonardo.

—¡No puedo! —La voz de Tenok sonaba entrecortada por la tensión—. Estoy esforzándome por mantener mis extremidades pegadas a la sonda.

El aracnoide abrazaba la sonda con siete de sus ocho extremidades, pues aquella con la que había disparado el láser colgaba inerte, arrastrada por el movimiento de la sonda. Solo Gutionov había visto cómo había chocado contra varios obstáculos y se había quedado totalmente quebrada e inerte. Por suerte, las nanofibras del exotraje habían aguantado, manteniendo al zor-huano aislado del exterior, pero el esfuerzo y dolor de Tenok tenía que ser enorme a estas alturas.

—¡Vas a tenerlo que hacer tú, Leo! —gritó Gutionov—. ¡Eres el único que está mirando al frente!

—¡Lo intentaré! —Leonardo apretó los dientes y miró hacia delante.

—Creo que puedo ganar tiempo —dijo Gutionov, que agarró su rifle láser y, sujetándolo como pudo entre su brazo izquierdo y el cuerpo, comenzó a manipularlo—. Voy a sobrecargar mi rifle y dejarlo caer, puede que la explosión frene algo a esa cosa.

—Asegúrate de que lo haga frente a ella. Si entra dentro de esa negrura, no sabemos si llegará a explotar —dijo Innis.

Chaka reprimió una maldición y siguió ajustando la carga del rifle para que estallara. Tenía que ser muy preciso en el cálculo, y sobrecargarlo en la justa medida. A pesar de la climatización del exotraje, tenía la frente perlada de sudor y sus ojos se movían nerviosos entre la negrura que los seguía y los controles que estaba manipulando. En su cabeza, estaba estimando la distancia que los separaba de la negrura y el tiempo que tardaría el rifle en explotar por la sobrecarga. Cerró los ojos mientras terminaba de calcular e hizo un último ajuste. Activó el rifle y este comenzó a sobrecargarse, tan solo tenía unos segundos antes de que le estallara en las manos. Encomendándose a todos los dioses habidos y por haber, levantó el rifle y lo soltó.

El arma salió disparada hacia atrás, recorriendo en un instante la distancia que separaba la sonda de la negrura. Chaka pudo ver claramente como el rifle daba varias vueltas sobre sí mismo y se le heló la sangre cuando fue absorbido por la negrura antes de explotar. Había desaparecido por completo, solo había una total oscuridad detrás de ellos. Pero de repente una pequeña luz surgió en mitad de la oscuridad, una explosión ralentizada que se fue expandiendo dentro de la negrura. Habría sido

hermoso verlo si no se estuvieran jugando la vida: una explosión a cámara lenta, una flor de luz abriéndose en medio de un abismo negro. Pero lo importante era que había logrado su objetivo, la negrura frenó su avance y la sonda aumentó la distancia.

—¡Funciona! —gritó Chaka—. ¡Se está frenando!

Leonardo no fue consciente de escuchar las palabras de Chaka; las vueltas y revueltas de la sonda habían terminado de marearle y notaba como la cabeza le daba vueltas. Con toda su fuerza de voluntad mantuvo abiertos los ojos e intentó concentrarse en mirar al frente para avisar en el momento que entraran en una sala grande o un pasillo largo. No tuvo éxito y sentía que iba a desmayarse de un momento a otro, así que puso la lengua entre los dientes y cerró la boca con fuerza. El dolor tuvo el efecto instantáneo deseado y su cabeza se despejó; el mareo había remitido, aunque su boca se llenó con el sabor metálico de la sangre. Y fue en ese momento que lo vio: el pasillo por el que había entrado la sonda. Estaban a punto de escapar y no encontrarían mejor lugar para usar la última granada.

—¡Innis! ¡El pasillo! ¡Ahora!

La exploradora se concentró en cuanto escuchó las palabras de Leonardo. Tenía su rifle ya preparado y esperó a que la sonda entrara en el corredor antes de disparar. La artimaña de Gutionov con el rifle les había dado unos preciosos segundos de ventaja que la negrura todavía no había recuperado, y durante un instante, estuvieron solos en el pasillo. En cuanto la negrura entró, Innis disparó la granada, que cayó en el comienzo del pasillo, justo antes de que penetrara por completo. En cuanto impactó en el suelo, la energía liberada hizo retroceder a la oscuridad y la onda expansiva fue canalizada por el pasillo, empujando la sonda en su giro final, en el que entró en el cuarto con los contenedores esparcidos en el suelo, el mismo que habían visto en la pantalla hacía apenas unas pocas horas. En ese cuarto estaba el agujero realizado por algún meteorito que les daría la libertad. El impulso adicional de la onda expansiva empujó la sonda con sus cuatro pasajeros y salieron al espacio exterior.

—¡¡¡Yuuuuuuuu!!!

El grito de júbilo de Chaka inundó el canal de radio y fue seguido por las exclamaciones de alivio de Innis, Tenok y el propio Leonardo, que se sorprendió al escucharse a sí mismo gritar de alegría. La sonda siguió moviéndose, impulsada por la inercia ahora que su motor de impulso se había parado, una vez cumplido su programa. La dirección les daba igual, lo único que importaba era que estaban vivos y que habían escapado de la *Ambición de Melaru*. El recuerdo de su compañero legionario actuó como un jarro de agua fría sobre Leonardo. Él había escapado pero su amigo, o las copias de su amigo, seguían dentro de la cosmonave, renaciendo una y otra vez para volver a morir. Sabía lo que tenía que hacer. El consejero activó el *pad* de su antebrazo y abrió un canal con la *Antares*, que había quedado en el hangar hace una vida, o al menos así le parecía.

—Ahora que nos encontramos en el vacío del espacio, puedes dejar de rodear la sonda, Tenok.

—Chaka Gutionov, no tengo palabras para expresar lo que siento al poder elongarme. Esta experiencia ha sido muy estresadora para mí, y creo que he perdido el uso de una de mis extremidades. Aunque lo doy por bien utilizado.

—No puedo creerlo... —dijo Innis—. Esto no ha acabado, ¡mirad!

Habían cubierto una gran distancia gracias a la inercia de la sonda, ayudada por el impulso extra de la explosión, y seguían alejándose de la *Ambición*. Cuando volvieron la vista hacia la cosmonave, pudieron ver como se encendían los motores de la misma, y comenzaba a girar lentamente en su dirección.

—¡Maldita hija de puta! ¡Viene a por nosotros! —gritó Chaka.

—Parece que la inteligencia que maneja la cosmonave no está conforme con nuestra escapada, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico.

—Eso parece Tenok, y menos conformes van a estar cuando los haga explotar. —Leonardo acabó de introducir los códigos de autodestrucción—. Mi cosmonave sigue metida en el hangar y voy a transmitir los códigos de autodestrucción.

—Estamos muy cerca, consejero —dijo Innis—. Moriremos en la explosión.

—Es un sacrificio que no tengo derecho a pedirles, pero no queda otra opción. No podemos volver ahí dentro, ya saben lo que nos espera, y no hay lugar donde escapar. Estamos muy lejos de sus cosmonaves, no llegaríamos a tiempo.

—¡Espere, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico! Lo que está planteando es un suicidio y disiento por completo.

—¡No hay tiempo para discutir! Cuanto más tarde en mandar los códigos, más posibilidades hay de que la cosmonave nos alcance o desaparezca de nuestra dimensión. ¡No podemos permitirlo!

—Me encuentro totalmente en acuerdo con usted, pero frente a una muerte segura siempre hay que elegir la muerte posible. Escuche mi proposición. La sonda todavía se halla en disposición de su motor de impulso; proceda con el lanzamiento de la señal de autodestrucción, y accionemos el motor para situar la mayor distancia posible entre la cosmonave y nosotros antes de que explote. Si conseguimos distanciarnos lo suficiente, podremos evitar nuestra terminación, consejero Leonardo Sonnenborn-Rico.

—Estoy de acuerdo, Leo —dijo Chaka—. No me hace ninguna gracia morir; si puedo, me gustaría evitarlo... ¿Y no deberíamos informar al Consejo o a alguien de lo que nos ha pasado?

—Después de todo lo que hemos pasado ahí dentro, nuestro destino no es morir por esa cosmonave, estoy convencida.

—Muy bien. —Leonardo modificó los códigos de autodestrucción y los transmitió a su cosmonave—. He activado la autodestrucción para dentro de tres minutos, es todo lo que estoy dispuesto a arriesgar. La cuenta atrás ha comenzado, así que será mejor que reprogrames la sonda, Chaka.

—¡Ya estoy en ello!

En el hangar de la *Ambición de Melaru*, la *Antares* volvía a la vida, respondiendo a la señal de Leonardo. El ordenador de a bordo activó los motores de impulso, que la nave usaba para velocidades sublumínicas, y los puso a máxima potencia. La energía liberada produjo chispazos eléctricos en las válvulas de seguridad, que habían sido desactivadas, y comenzó a acumularse en las células energéticas.

Chaka había abierto el panel y estaba tecleando nuevas órdenes para la sonda; después de un minuto de frenética actividad, pulsó la tecla que activaba el programa. La sonda comenzó a alejarse de la cosmonave, que estaba ya moviéndose lentamente en su dirección.

—¡Quedan dos minutos! —dijo Leonardo.

—No sé si será suficiente para que podamos poner distancia de por medio, así que me gustaría decirles que, a pesar de todo, ha sido una... experiencia que no querría volver a repetir, pero si lo hago, querría que fuera con vosotros.

—Así que el contrabandista al final tiene un corazón de oro y no se rige solo por el beneficio —dijo Innis.

—¿Qué puedo decir? La cercanía de la muerte me produce ataques de sinceridad.

—Quizás no muramos después de todo, Chaka Gutionov —dijo Tenok—. En el vacío del espacio, la sonda está alcanzando su velocidad máxima; si mis calculaciones no fallan, hemos superado ya los noventa metros por segundo. Y seguimos acelerando.

—¡Sí! Si el motor aguanta, podremos ponernos fuera del alcance de la explosión —exclamó entusiasmado Chaka.

La *Ambición de Melaru* seguía persiguiéndolos, pero la distancia entre ambos aumentaba poco a poco. Una cosmonave tan masiva tardaría bastante en poder alcanzar velocidad de crucero, mientras que la pequeña sonda, con sus cuatro improvisados ocupantes, se veía beneficiada por su pequeño tamaño.

En la *Antares*, los motores KS se pusieron en marcha, como siguiente paso en el proceso de autodestrucción. Los condensadores de flujo comenzaron a brillar a medida que el ordenador de astrogación introducía las coordenadas para el transporte hiperlumínico. Unas coordenadas espaciales exactamente iguales a las que estaba ocupando la *Antares* en ese momento.

—¡Un minuto para la explosión! —gritó Leonardo.

—Amigos, creo conveniente que procedamos con nuestras preparaciones. No tenemos conocimiento de la fuerza destructora de la detonación o si alcanzaremos la distancia suficiente, así que mi proposición es que hagamos una repetición del esquema que usamos dentro de la cosmonave. —Tenok dobló sus patas y abrazó la sonda como una araña a su capullo y los demás se agarraron a sus extremidades—. Que sus deidades los protejan.

—Hanu estará con nosotros, no me cabe duda —dijo Innis—. Gracias, Tenok, por esforzarte para que todos pudiéramos salir de ese infierno con vida; y gracias a usted, Leonardo, por haber confiado en mí contándome su historia.

—¿A mí no me das las gracias, guapa? —preguntó Chaka.

—No tienes tu suerte, Gutionov.

—¡Treinta segundos!

Los motores KS intentaban cumplir las instrucciones del ordenador de astrogación, transportando la nave a las coordenadas establecidas a través del espacio hiperlumínico. Pero cada vez que lo hacían, un relé de seguridad abortaba el transporte, al detectar que ambos juegos de coordenadas coincidían. Esos intentos sucesivos sobrecargaban los motores KS, que se acercaban inexorablemente a su límite de tolerancia.

—¡Quince segundos!

El motor de impulso, obedeciendo la secuencia de autodestrucción, seguía funcionando y generando energía, y así lo haría hasta el final. Las células energéticas, repletas más allá de su capacidad, no pudieron contener más energía y comenzaron a resquebrajarse. Al mismo tiempo, la sobrecarga de los motores KS hizo que estos terminaran explotando, llenando el hangar con una bola de fuego blanco.

—¡Cinco segundos! —dijo Leonardo—. Cuatro, tres, dos, uno... ¡Ahora!

La explosión de la primera célula causó una reacción en cadena, con las otras nueve explotando a la vez. La bola de plasma ardiente resultante devoró todo a su paso, expandiéndose a velocidad de vértigo por toda la estructura de la cosmonave y desintegrando todo lo que encontraba. En uno de los pasillos, la negrura que había perseguido a Leonardo y sus compañeros fue engullida por el fuego abrasador y en otro corredor, un rematerializado Melaru Tabua había recuperado sus recuerdos una vez más, la última, y solo tuvo tiempo para musitar «gracias» antes de morir vaporizado instantáneamente.

Un observador externo habría visto como la *Ambición de Melaru* era envuelta por una bola de fuego que surgía de su interior, haciéndola desaparecer por completo en medio de un holocausto. Pero la bola de fuego no paró ahí y siguió creciendo, una pequeña estrella recién nacida que devoraba la distancia con la sonda, que de repente se había convertido en una minúscula mota huyendo de un nuevo sol. Leonardo, Innis, Tenok y Chaka cerraron los ojos, aguardando el inevitable fin.

5. El fin

—... y justo cuando pensaba que no saldríamos de esa, la explosión alcanzó su máximo diámetro. ¡Nos salvamos por apenas un kilómetro! Aunque no escapamos sin secuelas —dijo Leonardo, mostrando su tez quemada a la imagen de Silvana Prescott—. Además de un envenenamiento radioactivo leve, Innis, Chaka y yo tuvimos varias quemaduras y el pobre Tenok perdió una extremidad. Cuando hablé con él la última vez, iba a tomarse un tiempo de permiso.

—Ya me he comunicado con sus superiores en el Cuerpo para que lo asciendan, como pediste —contestó Silvana, cuyo rostro era emitido por el receptor de hiperonda situado en la habitación donde Leonardo descansaba en la cama.

—Tenok lo merece. Si no fuese por él, nunca habríamos podido aguantar tanto tiempo en la sonda. Tuvimos mucha suerte, Silvana.

—Prefiero pensar que los hados han decidido ponerse de nuestro lado por una vez. Y si lo miras bien te ahorraste trabajo, al destruir la *Ambición de Melaru* no tuviste que solucionar el procedimiento de arbitraje.

—No, pero creo que hemos sacado un buen resultado de todo este asunto. Innis se siente en deuda conmigo ya que según ella me porté siempre con honor, «actuando según los dictados del bien mayor», creo que me dijo. Y esta experiencia le ha enseñado que hay vida más allá de la Autarquía, así que quizás pueda meter algo de cordura en su pueblo y que salgan de su aislamiento. Además, se ha comprometido a avisarnos si aparecen más cosmonaves-anzuelo. Por suerte, pude convencer a Tenok, utilizando mi autoridad como consejero, para que olvidara el asunto del circuito de proximidad.

—¿Y Gutionov?

—Al final llegamos a un acuerdo amistoso, con una pequeña compensación por la sonda que destrozamos para escapar. A pesar de su carácter, es un hombre con recursos; yo lo pondría en la lista de candidatos a agente del Consejo. Puede que tenga un particular código ético, pero necesitamos a más como él, Silvana: gente inventiva capaz de enfrentarse a las situaciones más extremas y encontrar el modo de salir airoso.

—Lo tendré en cuenta, Leo. —El rostro de Silvana se endureció—. Nos hará falta si esa... dimensión vuelve a atacarnos.

—Sé que es difícil de creer, vieja amiga, pero la amenaza a la Unión es muy real. Melaru fue bien claro: nos están estudiando por algún oscuro motivo. Cuando consideren que ya no pueden aprender más, vendrán, y tenemos que estar preparados.

—El Consejo ya está trabajando en ello —dijo Silvana—. De hecho, quería hacerte una propuesta. ¿Por qué no te reincorporas? Podrías dirigir la sección que estamos creando para investigar cómo defendernos de esta amenaza.

Leonardo abrió la boca para contestar, pero quedó mudo. Su primer impulso era aceptar; todo el asunto de la *Ambición de Melaru* le había recordado lo que era estar en activo y luchar por tu vida contra amenazas increíbles. Pero su tiempo ya había pasado, y con la destrucción de aquella cosmonave perdida durante tantos años, sentía que había cerrado una etapa de su vida. Era el momento de apartarse y dejar paso a los que venían detrás.

—Muchas gracias Silvana, pero no puedo aceptar. Os puedo ayudar desde aquí con lo que necesitéis, pero ya no tengo intención de salir de este planeta. En cuanto me recupere, volveré a mi granja, me ocuparé de mantener mis cultivos y de negociar los precios en el mercado. Esa es toda la aventura que deseo.

—Me esperaba esa respuesta, pero tenía que intentarlo. —Silvana sonrió—. Recupérate Leo, te llamaré en un par de días.

—Muchas gracias, Silvana. Un beso muy fuerte.

La imagen se difuminó y desapareció, y Leonardo se apoyó con cuidado en la cama. Tenía toda la piel cubierta por quemaduras de primer y segundo grado y los doctores le habían recomendado reposo, pero sentía la necesidad de salir a la terraza. Abrió la puerta y escuchó el río Zyana en la oscuridad de la noche, en el fondo del valle. Aspiró hondo el aire otoñal, fresco y limpio, y miró al cielo, tachonado de estrellas.

En el firmamento, las estrellas parpadeaban y una ráfaga de aire frío estremeció a Leonardo. Entró de nuevo en la habitación y cerró la puerta para que no se escapara el calor. Se tumbó en la cama y estiró las piernas para poder dormir.

—Lo hice, Melaru, lo hice. Descansa en paz, amigo mío. —Apagó las luces de la habitación—. La Legión no abandona a los suyos.

Cerró los ojos. Por fin podía descansar.

Índice de contenido

Cubierta

Título

Nota del autor

1. Procedimiento de arbitraje
2. Hace cuarenta y tres años...
3. Las entrañas de la bestia
4. La cosmonave perdida
5. El fin

Miguel Ángel Alonso Pulido

La Cosmonave Perdida



Lectulandia

